

Jazmin

LO QUE EL TIEMPO NO BORRO

Sara Craven

Lo que el tiempo no borró

Amanda tenía su futuro bien planeado: un feliz matrimonio con Nigel, el hombre a quien quería y que había jurado amarla. El día en que la traicionó, su mundo seguro y estable de pronto quedó destrozado. No sabía a quién recurrir hasta que Malory se hizo cargo de todo. Era un hombre en quien apenas se había fijado; casi un extraño para ella. Entonces, ¿por qué Amanda aceptó casarse con él?

Capítulo 1

Había llovido toda la semana y el río estaba muy crecido, estrellándose contra las márgenes y precipitándose contra el puente de piedra, como si quisiera arrasarlo.

Una rama desgajada de algún árbol descendía, corriente abajo, arrastrada impotente por las enfurecidas aguas parduzcas. Desde su ventajosa posición en el puente, Amanda la vio sumergirse, arrastrada hacia el fondo por algún invisible vórtice, y sus manos se apretaron sobre las piedras del parapeto hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

"Es cuestión de unos cuantos segundos", le dijo la fría vocecita en su mente, y después... el olvido. No más sufrimiento. No más traiciones que te cortan como un cuchillo, arrancando todo lo que fuera cálido, alegre y confiado en tu vida. Nada.

El embate de las aguas, el rugido del viento entre los árboles, parecían invadirle la mente como un grito de cólera contra !a vida, que se había vuelto en su contra.

Levantó el pie, buscando un agujero en donde apoyarlo, mientras sentía que la áspera superficie del puente desgarraba sus mallas, arañándole las piernas. Jadeó y se impulsó sobre el parapeto; durante un momento se quedó agazapada allí, cerrando los ojos para defenderse del instantáneo vértigo que la invadió.

Por su mente cruzó un ridículo pensamiento: Odiaba las alturas.

Poco a poco y con cautela, se puso de pie. Todo lo que necesitaba era dar un solo paso, se dijo y se inclinó ligeramente. O quizá la fuerza del viento lo haría por ella.

Se sintió levantada, arrebatada de allí y gritó al darse cuenta de que caía, no hacia adelante en dirección al agua, sino hacia atrás, hasta encontrarse de nuevo sobre el puente.

Una voz de hombre, que arrastraba las palabras y un tanto familiar, que parecía venir desde miles de kilómetros de distancia, le dijo:

—No es tan simple como parece, debes creerme.

Amanda pronunció un nombre con una angustiada incredulidad, pero se perdió en el tumulto interno que la consumía, abrumándola y por último se entregó al oscuro olvido que había buscado.

Abrió los ojos, aturdida al percibir el movimiento y el ruido del motor de un coche, y al darse cuenta de que se sentía muy enferma, cerró los ojos de inmediato.

Un poco después empezó a ser consciente de algunas voces a la

distancia y de la blandura de los cojines debajo de su cuerpo. La misma voz familiar dijo:

—Bebe esto —y ella bebió obediente, demasiado agotada para protestar. Fuera lo que fuera ese liquido, pareció deslizarse por su garganta como fuego, pero desvaneció su último intento de resistirse y se quedó dormida.

Despertó para encontrarse con la luz de una lámpara y el fuego encendido en la chimenea y permaneció acostada durante unos momentos, perpleja, hasta que al fin empezó a darse cuenta de que estaba en casa, acostada en el sofá de la sala de su madre.

"Pero yo fui a Calthorpe a reunirme con Nigel. ¿Cómo regresé aquí?", pensó soñolienta aún.

El recuerdo de lo sucedido la afectó como si alguien la hubiera golpeado y se irguió con un grito ahogado; sus sorprendidos ojos se encontraron con la mirada fría y distante del hombre sentado frente a ella, al otro lado de la chimenea.

Amanda exclamó:

—Tú... oh, Dios, eres tú... —y la voz se le quebró. Empezó a llorar, con el cuerpo estremecido bajo el efecto de los profundos sollozos sofocados—. ¿Por qué me detuviste? —se lamentó en medio de una gran exaltación—. ¿Por qué diablos me detuviste?

El hombre se puso de pie en silencio, le entregó un inmaculado pañuelo blanco que sacó del bolsillo de su chaqueta y desapareció de su vista.

Amanda sepultó el rostro en los cojines y lloró hasta que ya no le quedaron más lágrimas. Cuando al fin levantó la cabeza, él había regresado a la sala y estaba colocando una bandeja, con todo lo necesario para el té, sobre una mesita instalada frente a ella.

Como si estuvieran conversando, él le comentó:

—Dicen que el té es lo mejor para una conmoción, Me pregunto, ¿será cierto eso?

Amanda le respondió con voz ronca:

—¡No quiero ningún maldito té! ¿Qué estás haciendo aquí, Malory?

—Te seguí desde Calthorpe —confesó—. Tuve la impresión de que pensabas cometer alguna tontería y creí mi deber impedírtelo. Eso es todo.

—¿Todo? —repitió como un eco, llena de amargura—. ¿No se te ocurrió pensar en que no debías entrometerte en asuntos ajenos?

—Estás comprometida con mi hermano menor —replicó él—, Creí que eso me daba... cierta responsabilidad.

—Dirás tu medio hermano.

—Si quieres entrar en minucias.

—Y además ya no estoy comprometida con él.

—Eso es lo que he podido deducir.

Esa manera tan fríamente precisa de hablar era lo que le molestaba de Malory. Ella suponía que se debía a toda una vida dedicada a analizar cosas en sus malditos laboratorios, pero Amanda no era una sustancia bajo su maldito microscopio... ¿y cómo se atrevía a mostrarse tan tranquilo y despreocupado cuando sabía muy bien que ella tenía el corazón destrozado?

El le sirvió un poco de té y se lo dio. A Amanda le habría gustado arrojárselo encima, para ver si con eso lograba alterar su frío aplomo, pero en vez de ello bebió unos sorbos de la infusión, mientras contemplaba a Malory, malhumorada, por encima del borde de la taza. Se dio cuenta de que apenas era la segunda vez que él visitaba la cabaña y que no le fue difícil encontrar todo lo necesario en la cocina.

Le preguntó, frunciendo el entrecejo:

—¿Cómo entramos aquí? —con dificultad, recordó que sus llaves estaban en el coche, el cual había estacionado en el puente.

—Por suerte, la mujer encargada de la limpieza aún estaba aquí —respondió él—. Le dije que no te sentías bien y que te había traído a casa. Y también le informé que me quedaría a tu lado hasta que regrese tu madre.

—Entonces te aguarda una larga espera —declaró ella en un tono infantil—. Mamá está en Londres y se quedará con una amiga. Esa es la razón por la cual... —y se interrumpió de pronto.

"Ese fue el motivo por el cual fui a Calthorpe... para estar con Nigel. Porque me pareció una gazmoñería... ridícula en estos tiempos... negarme por más tiempo, ahora que la boda está tan cercana. Porque ya no quería más disputas... más acusaciones por ser tan anticuada, o de no amarlo lo bastante para confiar en él".

Pero eso no era algo que podía confesarle a Malory ni a nadie más.

Pensó en su madre, comprando la ropa que llevaría para desempeñar su papel de madre de la novia, y sintió que en su interior surgía otro manantial de dolor. Tratando de contenerse, bebió un poco más de té.

—Quizá no te habrías ahogado, ¿sabes? —declaró Malory con voz grave—. Sólo habrías resultado muy lastimada.

—No sé nadar —replicó desafiante.

—Tal vez no —dijo él—, pero llegado el momento, habrías luchado. Tú eres una sobreviviente, Amanda. A decir verdad,

empezabas a dudar si deberías saltar, incluso antes de que yo llegara a tu lado.

—Eso no es cierto —respondió temblorosa, dejando la taza sobre la mesita—. Quería morir. Y todavía lo deseo.

—¿Sólo porque encontraste a Nigel con otra mujer en la cama? —y sacudió la cabeza—. Creo que estás hecha de un material más resistente, muchacha. Cuando huiste, creo que te sentías herida y confusa, y de alguna manera tonta querías desquitarte de Nigel... castigarlo... herirlo como él te hirió. Te seguí, en primer lugar, porque me preocupaba imaginar que conducirías bajo las condiciones en que te encontrabas. Pensé que podrías estrellarte en el automóvil.

—Yo no te vi.

—No pretendía que lo hicieras —respondió tranquilamente—. ¿Quieres un poco más de té?

—No —contestó con muy poca amabilidad y después añadió reacia— muchas gracias —porque supuso que él trataba de ser amable, a pesar de que eso no era una de las cualidades que ella habría asociado con él.

Pero por otra parte, no sabía gran cosa de Malory, excepto que era el hermano mayor de Nigel y el director de los Laboratorios Templeton. La primera vez que lo vio, fue consciente de una vaga decepción porque suponía que esperaba una réplica de Nigel, de más edad y con el mismo atractivo y la misma apariencia lasciva.

Pero Malory Templeton resultó totalmente diferente, de menos estatura que Nigel... apenas un metro ochenta, calculó ella... y también con una constitución física más esbelta. Tenían el mismo color de tez, el cabello castaño y ojos azules, pero la piel de Malory era casi pálida en contraste con el bronceado de Nigel.

Se había mostrado cortés y cuando la saludó, le estrechó la mano con un ademán firme, pero Amanda pensó que su manera de ser era demasiado fría y se sintió absurdamente contenta al saber que Nigel y él vivían en mundos tan diferentes. Era casi la sombra de Nigel, pensó.

Ahora, en el peor momento de su vida, sus mundos parecían haber chocado y ella se sentía de lo más incómoda a causa de ello.

—¿Qué hacías en Calthorpe? Por lo común nunca vas a ver a Nigel. No te interesan las carreras, él me lo dijo.

—No, no me interesan —respondió y hubo un silencio. Al fin dijo—: supongo que fui en busca de una confrontación —frunció un poco los labios—. Verás, tú no has sido la única persona lastimada en todo este asunto —la miró de frente—. La mujer que estaba con

Nigel, era alguien en quien yo había llegado a pensar como en algo mío.

Amanda entreabrió los labios, quedándose sin aliento, pero no podía pensar en nada que decir.

—¿O acaso creías que el único objeto de mi afecto era un tubo de ensaye? —añadió con afabilidad.

La brusca respuesta a ese comentario era un "quizá", pero Amanda no lo pronunció. Sin embargo, si era sincera, le resultaba difícil imaginarse a alguien tan insulso como Malory, participando en una apasionada relación amorosa.

—Lo siento —contestó muy formal.

—También yo —dijo él—. Pero cuando menos yo tuve la ventaja de sospechar lo que estaba sucediendo. No me tropecé de lleno con la verdad —hizo una pausa y añadió—, si hubiese llegado un poco antes, tal vez habría podido detenerte.

—Pero no evitar que eso sucediera —declaró en voz baja, contemplando las llamas que oscilaban sobre los troncos.

—No —convino él y hubo otro silencio.

Por último la curiosidad la impulsó a preguntar:

—¿Y qué me dices de ti, Malory? ¿También eres un sobreviviente?

—Bien —respondió con sequedad—, al menos no estoy en busca del río crecido. Tal vez mi orgullo resultó herido, pero mi corazón permaneció intacto. Todavía no llegaba a la etapa de ofrecérselo a alguien... y tampoco mi mano —manifestó dirigiendo la mirada hacia los dedos de Amanda—. Veo que ya no llevas tu anillo.

—Se lo arrojé a él —confesó. Se había lastimado el nudillo al arrancarse el solitario. Ese ligero dolor le pareció lo único real en una situación que cada vez más se asemejaba a una pesadilla: el rostro de Nigel, arrebolado por la actividad sexual, vuelto hacia la puerta con un gesto de incredulidad, tratando de enfocar la mirada vidriosa y con la boca ridículamente abierta, como la de un pez. Todo eso, pensó, la obsesionaría por siempre. Un débil sonrojo subió a sus mejillas. Eso y la imagen de la joven desnuda, a horcajadas sobre él con un gesto extasiado.

Malory dijo:

—Sería mucho mejor no pensar en ello —le dirigió una mirada inexpresiva y el rubor de Amanda se intensificó. "¿Acaso era un clarividente?", se preguntó enojada. Ya era bastante malo que estuviera allí, inmiscuyéndose en su vida... husmeando en su infelicidad.

—¿Tienes alguna idea mejor? —le preguntó con un ligero tono

de desafío.

—Creo que deberías cambiarte la falda y las medias —comentó, de prisa—. Están bastante sucias y no querrás dar la impresión de que acabas de pasar por alguna clase de trauma cuando Nigel se presente aquí.

—¿Crees que vendrá? —preguntó anhelante.

—Apostaría todo mi dinero —contestó lacónico—. Vendrá a confesar su falta y a pedir la absolución. Pero —añadió—, no aceptará ninguna penitencia.

Amanda tenía la impresión de estar soñando.

—¿No estarás sugiriendo que debería ignorar todo esto... fingir que jamás sucedió, y perdonarlo?

—No estoy sugiriendo nada... sólo te he dicho lo que Nigel esperará. Verás, mi madrastra siempre le perdonaba todo, de manera que él creció con la idea de que jamás tendrá que cargar con sus pecadillos.

Amanda murmuró, acalorada:

—Acostarse con la novia de su hermano difícilmente es un... un lo que sea.

—No creo que él esté de acuerdo contigo. No hay una relación seria entre ellos, lo sabes. Sólo es un pequeño juego sexual, con cierta dosis de culpa para añadirle un poco de sabor —consultó su reloj—. Hace ya rato que lo espero, pero no hay duda de que todavía está preparando su defensa.

—¿Su defensa? —repitió Amanda—. ¿Qué defensa posible puede haber?

Malory meditó durante un momento.

—Pues bien, se supone que la mejor defensa es el ataque, de manera que si yo estuviera en su lugar, es probable que me decidiera por eso. Afirmaría que tú me impulsaste a la infidelidad debido a una total frustración sexual.

Amanda se sentó muy erguida y se le quedó mirando. Después dijo:

—¿Cómo sabes que... quiero decir, que Nigel y yo no... que no hemos... —se interrumpió, enrojeciendo con intensidad.

—Porque tienes unos ojos virginales —respondió Malory en un tono casi indiferente—; lo cual es una rareza en estos tiempos.

Amanda siempre había supuesto que Malory se interesaba tan poco en ella, como ella en él. Por consiguiente, se sintió perturbada al darse cuenta de que, en realidad, Malory la había estado observando tan de cerca.

—Eso es un... un maldito comentario antifeminista.

—Sí, ¿no es verdad? —expresó él con cordialidad—. No soy ajeno a las reacciones masculinas normales, o a los defectos, si así lo prefieres —hizo una pausa—. En realidad piensas que soy un tipo aburrido, ¿no es cierto, Amanda? Pues bien, en comparación con Nigel, supongo que lo soy. Y por lo visto, Clare también cree lo mismo.

A Amanda no le pasó inadvertida la ligera amargura en su voz, la cual se adentró por un momento, en sus propios sentimientos de dolor y resentimiento. Pero no quería saber nada más acerca de ese aspecto más humano de él. Lo prefería correcto, pero reservado e insensible, como siempre había pensado que era.

Veinticuatro horas antes, ni siquiera sabía que Malory sostuviera una relación, aunque fuese marginal, con nadie. Pero ahora, la imagen de esa Clare, con su bellísimo rostro y su provocadora desnudez, parecía haberse quedado grabada en su mente de manera permanente. Y no había la menor duda de que también se había grabado en la de Malory.

Se puso de pie.

—Bien, iré a cambiarme.

El se le quedó mirando a las piernas, con el entrecejo un poco fruncido.

—Y cuando lo hagas, ponte algún antiséptico en esos raspones.

Se sintió tentada a saludarlo militarmente, pero se controló. En vez de ello, se sorprendió al escucharse decir, con un ligero tono de desafío:

—Y de cualquier forma, no son medias: son mallas.

Esperaba avergonzarlo, verlo apartar la mirada a toda prisa; sin embargo, él intensificó su escrutinio, deteniendo la mirada en el punto en donde la falda se ceñía a sus muslos.

—Qué decepción —declaró arrastrando las palabras. El entrecejo se había desvanecido y ella se dio cuenta, con interés, de que aceptaba el desafío—. Como la mayoría de los hombres, yo prefiero las medias.

Sintió el deseo de decirle: "Otro comentario antifeminista", pero no pudo hacerlo, porque para entonces era ella la que estaba turbada, sabiendo que diría algún desatino, o que tropezaría con las palabras si trataba de decir cualquier cosa.

El camino más digno, a decir verdad el único que le quedaba, era una silenciosa retirada hacia la planta alta.

Una vez en su habitación, se dirigió una larga mirada frente al espejo e hizo una mueca. Se había vestido con tanto esmero para esa reunión sorpresa con Nigel. Ahora, la falda recta color crema

estaba manchada y cubierta de liquen, y también había raspado las puntas de sus sandalias nuevas.

Y su cutis estaba terrible, pensó angustiada, manchado por las lágrimas y con los ojos enrojecidos e hinchados.

Si en realidad Nigel iba en camino a casa, no quería enfrentarse a él con ese aspecto. A decir verdad, no quería volver a verlo jamás.

Se desnudó y se puso la bata antes de cruzar el angosto vestíbulo que conducía al cuarto de bañarse. Se preparó una espumeante tina.

A pesar del calor, notó que temblaba; supuso que era una reacción a todo lo sucedido. Ese mismo día había salido en dirección a Calthorpe, nerviosa como un gatito, pero al mismo tiempo consumida por la anticipación.

—Ámame —le había suplicado tantas veces Nigel con la voz enronquecida—. Confía en mí.

Y se había preparado para hacer exactamente eso, después de decirse que era absurdo concederle tanta importancia al simbolismo de una boda con un vestido blanco... a una noche de bodas. Amaba a Nigel, quería entregarse a él y el viaje de su madre a Londres, combinado con los pocos días de permiso que le concediera su jefe, que se iba de vacaciones, pareció proporcionarle la oportunidad ideal para demostrarle a Nigel, de una vez por todas, que lo deseaba tanto como él a ella.

Nigel terminó en tercer lugar en la carrera, uno de los mejores resultados que jamás había obtenido, y ella lo llamó por teléfono al hotel donde se alojaba, la noche anterior, para felicitarlo.

Pero la sorpresa que había planeado, repercutió en su contra, pensó sobresaltada al volver a sentirse atacada por el dolor de la traición de Nigel. Nunca amó a nadie más que a él; y ahora jamás volvería a amar a nadie. Jamás podría.

Conoció a Nigel el año anterior, cuando la compañía para la cual ella trabajaba patrocinó un rally en el Distrito de los Lagos y celebró una elegante recepción para los pilotos. Recurrieron a Amanda para que ayudara en cuanto a las relaciones públicas, y también debía cerciorarse de que circularan las bebidas.

Nunca supo qué fue lo que la hizo levantar la mirada en cierto momento, pero al hacerlo, descubrió que Nigel la miraba desde el otro extremo del salón. El alzó su copa en un silencioso brindis lleno de admiración, y ella desvió la mirada, enrojeciendo y mordiéndose un labio; deseó con fervor tener más madurez y un gran desenvolvimiento.

Cuando él se abrió paso hasta llegar a su lado, no podía creerlo. El ya tenía cierta fama en el ámbito de las carreras... uno de los más

brillantes jóvenes prospectos, según decían los periódicos, a pesar de que algunos comentaristas deportivos señalaban que era muy afortunado porque el dinero de los Templeton respaldaba sus ambiciones.

Amanda no se hacía ilusiones acerca de sí misma. Suponía que era lo bastante atractiva, aun cuando demasiado esbelta, con ojos verdes y una cabellera de un tono castaño rojizo que llevaba recogida en un chongo cuando trabajaba. Pero no tenia antecedentes de opulencia y tampoco ninguna cualidad de estrella para competir con Nigel.

Pero eso parecía ser lo que él quería. Y cuando después de algunos meses de triunfos, de salir juntos a cenar y a bailar, Nigel le pidió que se casara con él, aceptó sin el menor titubeo, casi sin creer en su buena suerte. Y desde entonces había vivido en un paraíso de los tontos, recordó con una furiosa amargura.

Unos imperativos golpecitos en la puerta del baño la sacaron de sus desconsolados ensueños con una pasmosa rapidez.

—¿Estás allí, Amanda? —se escuchó la voz austera de Malory—. ¿Por qué te tardas tanto?

—Me estoy dando un baño —respondió, al recordar que no había cerrado la puerta con llave, y buscó frenética la toalla más cercana.

A través de la puerta, su voz sonaba inflexible.

—Mientras eso sea todo. Voy a contar hasta diez, Amanda, y si para entonces no has salido, entraré.

Comprendió que él estaba preocupado al pensar que podría tomar una sobredosis de pastillas o cortarse las venas de las muñecas. Amanda sintió que en su interior se formaba una pequeña burbuja de histeria.

Pero mientras tanto él parecía continuar con su cuenta regresiva, así que Amanda salió a toda prisa del agua que empezaba a enfriarse, y se secó el exceso de humedad antes de ponerse la bata y de anudar el cinturón alrededor de su cintura.

Malory había llegado a "¡Dos!", cuando ella abrió de golpe la puerta y se encontró frente a él.

—No necesito un guardián —le dijo y su voz pareció más forzada de lo que ella pretendía; pero al ver que alzaba las cejas, se apresuró a modificar su actitud—. Malory, esta tarde me sentí a punto de enloquecer. No sé muy bien lo que sucedió, pero sí que no volverá a suceder.

—De manera que quieres que me vaya y te deje valerte por ti misma —dijo, terminando la frase por ella.

—Pues bien… sí —Amanda se sonrojó.

El la estudió durante un momento, con un rostro inexpresivo. Después declaró:

—Se hará como tú digas —se volvió y bajó por las escaleras. Amanda se estaba cepillando el cabello en su habitación cuando escuchó el ruido del coche que se alejaba y suspiró aliviada.

No podía negar que él había sido muy amable, y eso la molestaba. Se había comportado como la idiota histérica más grande de todos los tiempos y eso ya era bastante malo, sin tener a Malory Templeton presenciando toda su actuación como si ella fuese algún espécimen para disección.

Por supuesto, él también había sufrido un revés emocional, aun cuando parecía haberlo tomado bastante a la ligera. Amanda dejó el cepillo. Decidió que si era sincera, no podía culpar a Clare por perseguir a Nigel; tenía un atractivo del cual carecía Malory. Este último podría ser muy rico y además el cerebro de los Laboratorios Templeton, pero en otros aspectos casi era una nulidad. A decir verdad, le era difícil recordar cómo era exactamente. Pero, ¿qué importaba eso, se preguntó impaciente, cuando estaba casi segura de que jamás volvería a verlo?

Nigel llegó una hora después. Amanda no escuchó la llegada del coche, pero los dos zumbidos insistentes del timbre de la puerta eran su sello característico y, a regañadientes, se dirigió a abrirle.

Se dirigió a ella con un rostro y una voz apacibles.

—Hola, querida. ¿No vas a dejarme entrar?

Se hizo a un lado, en silencio, para que él entrara al recibidor.

Sus ojos azules la examinaron, con ironía, y después dijo:

—Y bien, puedes decirlo, mi amor. Puedes gritarme, pegarme, tacharme de sinvergüenza. Tienes derecho a decirme todo lo que quieras.

Amanda se sintió agradecida de escuchar su propia voz tan serena.

—¿Qué caso tendría insultarte? Eso no cambiará en nada las cosas. No sé para qué has venido aquí, Nigel, pero…

—¿Acaso no es obvio? —la interrumpió, apasionado—. Estoy aquí porque te amo, Manda. Oh, sé que te resulta difícil creerlo después de lo que viste hoy, pero de cualquier forma es verdad. Clare no significa nada para mi. Anoche bebimos algunas copas… y todo sucedió sin pensarlo.

—¿Qué hacía ella allí, en primer lugar? —preguntó Amanda con toda calma.

—¿En Calthorpe? —se encogió de hombros—. No tengo la

menor idea, amor mío. Supongo que fue a presenciar las últimas etapas del rally.

—Pero era la chica de Malory, ¿no es cierto? —preguntó ella.

El parpadeó y después volvió a encogerse de hombros.

—Tal vez los dos se frecuentaban, ¿quién sabe? La vida íntima de Mal es como un libro cerrado para mí y dudo mucho de que lo abra alguna vez. Después de todo, es difícil que pueda atraer a cualquier mujer, en la cama o fuera de ella.

La indiferente crueldad de su voz la hizo retroceder, disgustada.

—No deberías hablar así de tu hermano.

—Medio hermano —la corrigió él y Amanda recordó que ella había molestado a Malory por eso mismo hacía una eternidad, o por lo menos eso le parecía ahora—. Pero no estamos aquí para discutir las preferencias sexuales de Malory, si es que las tiene.

—Entonces, ¿para qué estamos aquí? —preguntó Amanda con cansancio.

—Para discutir este estúpido problema y después olvidarnos de él para siempre —manifestó con vehemencia—. Por amor de Dios, Manda, hay muchas cosas entre nosotros para permitir que un estúpido desliz de mi parle se interponga entre los dos. Después de todo, con quien deseo casarme es contigo, no con una tonta mujerzuela.

—Las cosas no son así de sencillas.

—Pero podrían serlo, si tú quisieras —y Nigel dio un paso hacia ella, pero su rostro se ensombreció al ver que Amanda retrocedía. Durante un momento, una aguda tensión los envolvió, después él se relajó y dejó escapar un pequeño suspiro.

—Entonces, ¿qué quieres que haga? —le preguntó resignado—. ¿Que te suplique? ¿Que me humille? ¿Quieres que me arrodille? Lo haré, si eso es lo que deseas. Pero recuerda, Mandy, todo esto no habría sucedido si tú no hubieras representado el papel de la frígida virgen.

Le habían advertido que debía esperar eso, pero aun así se sintió ofendida al escuchar esas palabras en sus labios.

—¿Estás diciendo que yo tengo la culpa de que no hayas podido permanecer fiel... aunque sea unas cuantas semanas más? —preguntó.

—Eso no tiene nada que ver con la fidelidad como tal —replicó impaciente—. Es sólo que mi impulso sexual es muy vigoroso y toda esa actitud tuya de "puedes ver, pero no tocar", me puso contra la pared. Si te hubieras entregado a mí, querida, todas las Clare del mundo no habrían logrado atraerme. ¿No puedes entender eso?

—Y si en realidad me amaras, como yo creía, entonces tampoco habría sucedido —declaró Amanda, agotada—. Creo que no hablamos de lo mismo. Lo siento, Nigel, pero he dejado de confiar en ti y no puedo casarme con un hombre de quien no estoy segura.

—Querida —protestó—, no puedes hablar en serio. Ya me he disculpado. ¿Qué más puedo hacer?

—No hay nada que puedas hacer —las lágrimas amenazaban con volver a aparecer y alzó la barbilla—. Por favor, lo único que deseo es que te vayas.

Nigel la contemplaba como si no pudiera creer lo que oía. Cuando habló, su voz era discordante.

—¡Ahora escucha, pequeña arpía! No vas a lanzarme así. Yo te... —se interrumpió abruptamente cuando la puerta de la cocina se abría de golpe con un crujido, y Malory entraba al recibidor.

—Creo que por primera vez en tu vida, tendrás que aceptar un "no" por respuesta —manifestó Malory, en tono desapasionado—. ¿Por qué no te vas de aquí?

Los ojos de Nigel, se empequeñecieron y miró de uno al otro.

—Bueno, todo esto me parece muy acogedor —comentó, tenso, y le dirigió a Amanda una mirada centelleante—. Querida, no me sorprende que estuvieras tan bien enterada acerca de la encantadora Clare. ¿Así que el viejo Mal vino a verte gimoteando, verdad? Me preguntaba por qué te presentaste hoy, como por casualidad en el peor momento.

Mandy estaba a punto de protestar, de decirle que estaba equivocado, que las cosas no habían sucedido así, pero se dio cuenta de que la verdad podría llevarla a la explicación del verdadero motivo de su viaje a Calthorpe, el cual prefería mantener en secreto, y le faltó el valor.

—Eso no importa ahora —dijo—. Ya nada importa. Sólo quiero que te vayas... por favor.

—¿Y dejarlos llorando al uno en el hombro del otro? ¡Qué conmovedor! —exclamó Nigel burlón—. Como dos cubos de hielo que se reúnen en un refrigerador. ¡Santo Dios, ustedes podrían ser la pareja del siglo, la Virgen y el Tipo Envarado! —les dirigió una mirada rabiosa y se dirigió a grandes pasos hacia la puerta del frente. Toda la cabaña se estremeció cuando azotó la puerta.

Amanda pensó: "Recordaré este momento hasta el día en que muera"

Sintió que el dolor volvía a empezar a desgarrarla y escuchó a Malory preguntarle con amabilidad:

—¿Te sientes bien?

—Sí —respondió, irguiendo orgullosa la cabeza.

Capítulo 2

—¿Por qué regresaste?—le preguntó Amanda.

—A decir verdad, nunca me alejé de aquí.

Estaban sentados cara a cara, ante la mesa de la cocina.

—Simplemente llevé mi coche a la parte de atrás y crucé a pie el huerto —prosiguió Malory.

—Te pedí que te fueras —dijo Amanda, inflexible—. Pensé que ya te habías ido.

El le dirigió una mirada cansada.

—Sí, lo sé y también me dijiste que no necesitabas un guardián y que ya no tenías tendencias suicidas. Pero eso no era todo. Me imaginé que pensabas enviar a paseo a Nigel y no estaba muy seguro de cómo tomaría él las cosas. Quise asegurarme de que no habría violencia.

Amanda se sonrojó por la ira.

—¡Eso fue una abominable insinuación!

—Entonces la retiro —respondió con toda calma—. Nigel habría aceptado que lo despidieras, y retirado como un corderito sin mi imprevista intervención —hizo una pausa—. ¿No es así?

Amanda se mordió un labio y no replicó. Al fin dijo, lacónica:

—Me parece algo indigno entrar en la cocina de otra persona a hurtadillas. ¿Supongamos que yo hubiera entrado y te hubiese encontrado?

—Habríamos tenido esta conversación entonces, en vez de ahora —y se encogió de hombros. .

—Crees tener una respuesta para todo, ¿no es así? —preguntó hosca.

—Por el contrario —y movió la cabeza—. Pero tengo la ventaja de que conozco a Nigel desde hace veintiséis años, lo cual me ayuda a discernir cómo puede reaccionar en una situación determinada —hizo otra pausa—. Y ésa es la razón por la cual no creo que debas quedarte sola esta noche.

—¡Dios mío! —Amanda alzó las cejas, despreciativa—. De verdad crees que debes intervenir, ¿no es así? ¿Qué te imaginas que hará? ¿Regresar aquí y violarme?

—No dije eso.

—¿Y si te digo que no te quiero aquí? —le preguntó cortante—. ¿Qué harás entonces? Después de todo, apenas te conozco y por lo que sé de ti, quizá estés planeando violarme.

—Tienes mucha razón —contestó—. Esta noche promete ser de

lo más fascinante —en su voz había un helado hastío que ella captó.

—Lo siento —murmuró—. Fue un comentario de lo más estúpido. Creo que todavía no puedo pensar con mucha claridad —y se obligó a encontrar su mirada—. Pero, con sinceridad, no quiero causarte más problemas. Estoy segura de que tus intenciones eran buenas... —volvió a interrumpirse—. Oh, Dios, eso suena aún peor. Lo que trato de decir es que debes de tener tus propios planes para esta noche y yo estaré bien... de verdad.

Parecía una excusa y lo sabía, pero ni siquiera ella estaba convencida. Se sentía tensa, irritable y vulnerable. Lo último que necesitaba o quería, era estar sola.

—Aun cuando está la habitación de huéspedes... —se encontró diciendo muy a su pesar.

—Entonces ya está decidido —su tono era despreocupado, sin rastro de presunción—. Y ahora, veamos los aspectos prácticos. ¿Dejaste tus llaves en el coche o planeabas saltar junto con ellas?

Durante un momento lo miró, boquiabierta.

—Oh, se quedaron pegadas al interruptor.

El asintió.

—Entonces vale más que yo vaya al puente y traiga aquí el coche, antes de que a alguien se le ocurra llevárselo. ¿Quieres que lo guarde en la cochera?

¡Tenía que ser una de las conversaciones más extravagantes en las que jamás había tomado parte! Se preguntó, aturdida, qué habría hecho él con el maldito auto en caso de que ella hubiera saltado. Trató de calmarse.

—Sí, por favor —hizo una pausa—. Y mientras, prepararé algo de cenar —Nigel siempre se habla mostrado demasiado quisquilloso con la comida, exigiendo que una simple carne asada estuviera cocinada en el punto exacto que él deseaba. Quizá Malory compartía ese rasgo familiar—. ¿Hay algo que te agrade o te desagrade en particular?

—No lo creo —respondió cortés—. Cualquier cosa estará bien.

Se segundo nombre muy bien podría ser Neutral, pensó Amanda enfadada después de que él salió.

Su madre siempre dejaba el refrigerador muy bien provisto, como para un estado de sitio, y Amanda sacó unas chuletas de cordero y los ingredientes para una ensalada, lavó dos papas grandes, las envolvió en papel aluminio y las metió al horno de microondas.

Se preguntó si Malory esperaría que lo recibiera formalmente en el comedor, mas decidió poner dos lugares en la mesa de la cocina.

Todavía no estaba muy segura de la razón por la cual él se había quedado y ella lo había permitido, pero tenía la impresión de que sería una noche larga y embarazosa. Quizá una bebida suavizaría la situación, pensó, y tal vez él prefiriera una copita de jerez seco. Decidió que sería mejor ir a la sala y ver qué bebidas había. Al cruzar el recibidor, sonó el teléfono.

Sintió que el alma se le cala a los pies. "Es mamá", pensó. De alguna manera, tendría que darle la noticia de que sería necesario cancelar todos los arreglos que habían hecho para la boda. Sólo esperaba que la señora Conroy aún no hubiese comprado su vestido.

Con un suspiro, levantó el auricular y saludó, pero en vez de la excitada charla femenina que esperaba, se encontró con un profundo silencio. Extrañada, volvió a saludar, pero el silencio continuó.

—Hola —pronunció dudosa—, ¿puede escucharme? —nada, mas no era un silencio muerto, se dio cuenta, porque en el otro extremo podía escuchar el sonido de una respiración.

Amanda arrugó la nariz y colgó el auricular justo en el momento en que Malory cruzaba la puerta del frente. Le dirigió una mirada sorprendida.

—¿Sucede algo?

—No —contestó, tensa—. Sólo una llamada de algún maniático —logró sonreír—. Y además en silencio, ni siquiera escuché ninguna obscenidad.

El miró hacía el teléfono y frunció el ceño.

—Bien, sé una buena respuesta. La próxima vez contestaré yo.

—Oh, no habrá una próxima vez —Amanda trató de parecer despreocupada—. Una vez que se dan cuenta de que una no les sigue el juego, lo intentan con alguien más.

—¿Ya has padecido antes esta clase de cosas?

—Miles de veces —mintió—. ¿Quieres beber algo?

Malory se quitó el abrigo.

—Gracias, tomaré un whisky doble —le dirigió una mirada inquisitiva—. ¿Dije algo gracioso?

—Oh, no —se atragantó Amanda—. Es sólo que a veces eres bastante inesperado.

—Puesto que siempre creí ser demasiado predecible, aceptaré eso como un cumplido —el teléfono volvió a sonar y él descolgó—. ¿Hola? —habló en tono frío.

"Si es mamá, le dará un ataque", pensó Amanda, pero no logró escuchar ningún grito de afrenta. Miró a Malory con una muda interrogación y él asintió. Estaba apoyado en la mesa del recibidor,

con un semblante tranquilo y el pulgar metido en el cinturón del pantalón. Y siguió parado allí mientras pasaban varios minutos.

Al fin pronunció en voz baja:

—Estoy dispuesto a quedarme aquí toda la noche, si eso es lo que quieres —y colgó el auricular con una ligera mueca—. Colgaron —declaró—. Creo que sólo hay una persona que puede jugar este juego particular —le dirigió a Amanda una larga mirada—. ¿Y bien?

—Te lo dije, es un maniático —se mordió un labio.

—Como tú digas —Malory se encogió de hombros—. Y ahora, ¿qué hay de esa bebida?

La siguió a la sala, contemplándola mientras servía una generosa dosis en un vaso de cristal, añadiéndole un poco de agua mineral según él se lo indicó.

—No es Nigel. ¡No es él! —exclamó apasionada.

—Brindo por la lealtad, aunque inmerecida —alzó la copa hacia ella con una mirada irónica.

—De verdad lo odias, ¿no es así? —preguntó con la voz temblorosa.

El meditó durante unos momentos y después respondió:

—No, no lo odio.

—Entonces, ¿por qué lo atacas así, imaginando que haría algo tan infantil como esas llamadas telefónicas?

—Porque es la clase de maldades con las que acostumbraba deleitarse —dijo Malory después de otra pausa.

—En el pasado, tal vez —Amanda trató de restarle importancia —. Pero desde hace mucho tiempo no has vivido bajo el mismo techo con Nigel. Ha cambiado, madurado. ¿No puedes entender eso?

—Ciertamente había cabida para un poco de madurez —convino Malory con acento cáustico—, pero su conducta reciente no muestra evidencia de ello.

Era exasperante no poder contradecirlo, y Amanda guardó silencio.

—¿Estás seguro de que no estás celoso... porque la dama que tú querías prefirió a Nigel? —preguntó al fin.

—Oh, de acuerdo, estoy celoso —sonreía al decirlo, pero Amanda se estremeció por el temor—. A decir verdad, no creo poder perdonarlo jamás.

Tuvo la impresión de que la máscara fría y civilizada de Malory se había deslizado por un momento y eso la perturbó. Era obvio que le importaba Clare más de lo que ella creía, decidió, y aturdida se

sintió volver al mundo convencional al escuchar su cortés:

—¿Te importa si enciendo el televisor?

—Puedes hacerlo... te lo suplico —contestó apresurada y huyó a la cocina.

Empezaba a ser evidente que Malory Templeton era un enigma, pensó mientras preparaba la ensalada. Nunca creyó que Nigel y su medio hermano se tuvieran un gran afecto, pero ahora le parecía que su ex prometido se había convertido en un verdadero enemigo para Malory.

—Es una casa encantadora —comentó él un poco más tarde mientras tomaban el helado de zarzamora que Amanda sirvió como postre—. ¿Vives aquí todo el tiempo?

—No — respondió y movió la cabeza—, casi todo el tiempo vivo en Londres. Comparto un apartamento con otras tres jóvenes —sonrió con timidez—. Pero vengo aquí siempre que tengo una oportunidad.

—No me sorprende. ¿Hace ya tiempo que tu madre está sola?

—Sí, papá falleció hace cuatro años de un ataque cardiaco. Fue algo... muy repentino.

—Casi siempre es así —replicó—. Mi padre murió a causa de lo mismo, pero en su caso tuvo varías señales de advertencia... las cuales decidió ignorar —su voz parecía apesadumbrada.

—¿Lo echas de menos?

—Sí, así es —reconoció—. Nunca llevamos una relación muy estrecha cuando yo era niño, pero a medida que fui creciendo nos hicimos grandes amigos —hizo una pausa—. Sobre todo después de que mi madrastra desapareció de la escena.

—¿No te agradaba?

—Cuando se casó con mi padre estaba dispuesto a adorarla —movió la cabeza—. Ella era lo más bello que jamás he visto en mi vida, pero no necesité mucho tiempo para descubrir que no quería mi adoración ni nada que viniera de mí. Sin embargo, la perdoné cuando tuvo a Nigel; yo siempre había querido tener un hermano menor.

—Entonces es una lástima que no tengan... una relación mejor ahora —dijo muy formal.

—Nunca hubo una oportunidad —apuntó Malory—. Camille había asumido desde antes que yo tendría celos de su hijo y que quizá trataría de hacerle daño de alguna forma, así que desconfiaban de mí cada vez que trataba de acercarme a él. Tan pronto como fue posible, me enviaron a la escuela y Nigel ni siquiera me siguió allí. Crecimos como líneas paralelas... cerca pero

sin unirnos jamás. Para el momento en que llegamos a conocernos, fue para descubrir que teníamos muy pocas cosas en común.

—Es una lástima.

—Así son las cosas —se encogió de hombros y la miró—. ¿Eres hija única?

Amanda asintió.

—¿No te lo dijo Nígel?

—Me habló muy poco de ti, excepto que estaban comprometidos y eso fue acompañado de una forzada invitación para que viniera a conocer a tu madre y a ti.

—Fue una noche bastante difícil —Amanda sonrió irónica—. Tuve la impresión de que no me aprobabas.

—Eso habría sido muy presuntuoso de mi parte —después de una pausa añadió—: Creo que sólo me sorprendió el saber que Nigel había decidido sentar cabeza. Además, discutimos cuando veníamos camino a tu casa. Cuando se case, Nigel heredará algunas acciones de la compañía, y quería que yo adelantara las cosas. Tuve que decirle que no podía hacerlo y no se sintió muy complacido. Pensó que debía modificar los estatutos en su favor.

—¿Y no habrías podido hacerlo? —preguntó con seriedad.

—No —replicó él y hubo un silencio. Después preguntó—: ¿quieres que te ayude a lavar los platos?

—No hay nada que lavar; simplemente los colocaré en la lavadora de trastos —Amanda se puso de pie—. Y como es un modelo bastante anticuado y temperamental, prefiere una mano conocida.

—Entonces prepararé el café —declaró. Amanda se dio cuenta de que él tenía unos hermosos dientes cuando sonrió—. No te sorprendas, Amanda, estoy entrenado en las labores domésticas. Si me enseñas en dónde guardas las sábanas y las mantas, yo mismo haré mi cama.

—Ya está hecha —señaló y se detuvo al escuchar el teléfono.

—Llena la lavadora de trastos —le sugirió Malory—, yo contestaré.

Amanda vio que le temblaban las manos mientras limpiaba los platos y los introducía en la máquina.

—Número equivocado —comentó Malory cuando regresó, pero ella no le creyó.

Tomaron el café en la sala mientras veían un reestreno de la película The French Connection. Al mirar de soslayo a Malory, Amanda decidió que la violencia del mundo de las drogas en Nueva York, con toda seguridad era muy diferente al medio ambiente en el

cual vivía él.

—Tiene una residencia que es una joya, en donde lo atienden con todo esmero varios sirvientes fieles —le había comentado Nigel, burlón—. Y cuando no está en los laboratorios tratando de producir algún medicamento maravilloso que cure cualquier enfermedad, está en su palco en la ópera. Para su rutina debe ser toda una conmoción entrar en contacto con el mundo real. Por fortuna para él, no tiene que hacerlo muy a menudo.

Pero hoy los acontecimientos formaron parte del mundo real, pensó Amanda con un suspiro, que a toda prisa convirtió en un bostezo al ver que él la miraba.

—¿Estás cansada?

—Creo que sí —no era verdad del todo, pero estaba ansiosa de subir a su dormitorio y cerrar la puerta. La noche se había convertido en una experiencia desconcertante y no sólo debido a las llamadas telefónicas. Le resultaba... extraño compartir esa clase de intimidad con Malory, y se alegraría cuando todo hubiera terminado.

Un poco antes trató de llamar a su madre, pero nadie respondió y se imaginó que Elaine y ella habrían ido al teatro. "Me comunicaré con ella por la mañana", pensó.

Y después, lenta y dolorosamente, trataría de reanudar su vida normal... aprendiendo a vivir sin Nigel.

Bostezó y se puso de pie.

—Bien, buenas noches. Espero que tengas todo lo que necesitas —trató de sonreír—. Siento no poder ofrecerte un pijama.

—Eso no es ningún sacrificio. Jamás las uso —también se puso de pie y caminó hacia ella. Amanda se había quitado los zapatos y se sintió muy pequeña.

—Buenas noches, Amanda, que duermas bien —le deseó en voz baja. Durante un breve momento, creyó que iba a besarla y todo su cuerpo se estremeció ante la sola idea.

Amanda retrocedió, balbuceando algo incoherente acerca de la protección contra las chispas de la chimenea, y huyó.

Aún estaba despierta una hora después cuando él subió a acostarse y paso frente a su puerta sin titubear; ella se quedó acostada, amonestándose por haberse comportado como una idiota ante Malory.

Se quedó dormida cuando se preguntaba por enésima vez qué habría tenido de malo un leve beso en la mejilla y no lograba encontrar una respuesta satisfactoria.

El estrépito pareció destrozar la habitación. Durante un momento, Amanda pensó que la cabaña había sido blanco de un bombardeo, y después buscó el interruptor de la lámpara de noche, dándose cuenta de que por alguna parte entraba una fuerte corriente de aire helado.

Gritó al encenderse la luz. Había un inmenso agujero en la ventana, y en la alfombra, un ladrillo rodeado de vidrios rotos. Vio algunas astillas más sobre sus mantas.

Se abrió la puerta y Malory introdujo la cabeza y parte de un hombro desnudo y musculoso.

—¿Qué diablos fue eso? —preguntó y de pronto se interrumpió —. ¡Por Cristo!

—No entres —la voz de Amanda temblaba—. Hay vidrios por todas partes.

—No tengo la menor intención de entrar antes de echarme algo encima —replicó—. Mientras tanto, quédate en donde estás.

Regresó en cuestión de segundos, todavía subiéndose la cremallera del pantalón al entrar en la habitación.

—Con seguridad fueron unos vándalos —sollozó Amanda.

—Por supuesto —su voz era de lo más irónica—. Siempre hay hordas de ellos en esta época del año —miró a su alrededor—. ¿En dónde están tus pantuflas?

—En el armario.

—Entonces me parece que deberé transportarte —y apretó la boca. Al acercarse a la cama, Amanda escuchó el crujido de los vidrios bajo sus pies. El se inclinó hacia adelante, haciendo a un lado tas mantas—. Pon los brazos alrededor de mi cuello y yo te llevaré —le ordenó.

—¿Llevarme a dónde? —Amanda se esforzó en tirar de la manta, agradecida por haber comprado ese austero camisón.

—A la habitación que yo ocupo —le respondió con paciencia.

—Pero —tragó saliva—, ¿a dónde irás tú?

—Quitaré los vidrios; después taparé con algo esa ventana y pasaré aquí el resto de la noche —hizo una pausa—. ¿O tienes alguna objeción?

—¿No vas a ver si puedes encontrar a... quienquiera que haya hecho esto? —quiso saber.

—"Quienquiera" que haya hecho esto —y al decirlo torció la boca— quizá viaja en un automóvil y ahora ya debe estar muy lejos. No voy a emprender una cacería de gansos silvestres a esta hora de la madrugada. Y ahora, ¿nos vamos? —se inclinó y de mal talante, Amanda dejó que la tomara en brazos.

La levantó sin el menor esfuerzo, y al sostenerse de él, sintió el movimiento de sus músculos bajo sus manos.

En el rellano, le dijo:

—Aquí no hay vidrios, así que puedes bajarme —él obedeció con tal prontitud que casi pareció un insulto.

—¿En dónde encuentro un cepillo y un recogedor? —preguntó Malory en un tono prosaico.

—En el armario de la cocina, junto a la puerta trasera —se humedeció los resecos labios con la punta de te lengua—. Y también hay cajas de cartón, que podrías usar para cubrir la ventana. ¡Oh, todo esto es una locura! —exclamó llevándose las manos a la cabeza.

—Por supuesto que no — Malory le dio un ligero empujón en dirección a la habitación de huéspedes—. Y ahora ve a descansar y por la mañana te dirás que todo fue un mal sueño.

Pero no podía relajarse. Acostada en el cálido hueco que había dejado el cuerpo de él, Amanda escuchaba, tensa, los sonidos a lo largo del pasillo. Cuando al fin cesaron, lo llamó.

—¿Sucede algo? —se detuvo en el umbral de la puerta.

—Estoy asustada —los dientes le castañeteaban, pero no de frío —. ¿Crees que él… que ellos regresarán?

Si Malory se dio cuenta de la reveladora corrección, no hizo ningún comentario.

—No lo creo. Me imagino que lograron lo que se proponían… darte un buen susto.

—¿Crees que es Nigel, no es cierto? —y se le quedó mirando.

—Así es —su voz era despreocupada.

—¡No puede ser! —negó vehemente—. Ningún hombre maduro podría ser tan… infantil.

—No creo que conozcas a muchos hombres maduros —sonrió con cierto cinismo—. Pero tal vez podamos continuar este debate por la mañana. Ahora me gustaría dormir un poco.

—No quiero quedarme sola —dijo una voz que apenas reconoció como la suya—. Quédate conmigo… por favor —pero al ver en el rostro de Malory la incredulidad, empezó a tartamudear—. Yo… yo no quería…

—Estoy seguro que no —respondió cortante, y titubeó—. Muy bien, Amanda, debí darme cuenta de que el hecho de nombrarme tu guardián tendría sus desventajas —caminó hacia la cama—. Al mismo tiempo, espero que no creas que planeo pasar el resto de la noche en ese sillón o en el suelo —se quitó los zapatos y se acostó al lado de ella, encima de las mantas—. Me parece un convenio

bastante decente, en estas circunstancias.

—Pero, ¿no tendrás frío? —se aventuró a decir—. Puedes usar el edredón si quieres.

—No, gracias —respondió tranquilo—. No te arriesgues, Amanda. A pesar de todo lo que haya podido decirte Nigel, no soy un eunuco —y estirando el brazo, apagó la lámpara—. Ahora, trata de dormir.

—Buenas noches —murmuró, con el rostro enrojecido.

Debía estar completamente loca al pedirle a Malory que compartiera la cama con ella, pero el prospecto de quedarse sola en medio de la oscuridad, en espera del próximo incidente, era más de lo que podía soportar. Ni siquiera se detuvo a pensar en las reacciones ni en los sentimientos de Malory.

Sin embargo, no podía negar la seguridad que le proporcionaban sentirlo en la cama y su acompasada respiración. No creía merecer esa clase de gentileza de parte de él, pero de cualquier forma se la había brindado.

Con un suspiro, cerró los ojos y contra todo lo que esperaba, unos minutos después se quedó dormida.

Despertó a la mañana siguiente al percibir el aroma del tocino y permaneció acostada unos minutos, contemplando el ambiente extraño que la rodeaba, y preguntándose, confusa, por qué no estaba en su propia habitación. Entonces volvieron los recuerdos y saltó de la cama, recorriendo a su habitación.

El cuadro de cartón contra el vidrio roto de la ventana era como un severo signo de admiración, pensó mientras caminaba hacia el guardarropa y sacaba unos pantalones de mezclilla y un suéter. Se aseó y después de vestirse a toda prisa, bajó.

Malory estaba sentado frente a la mesa de la cocina. Le dirigió una mirada cortés, pero precavida, y comentó:

—Estaba a punto de subir a despertarte; tu desayuno está caliente.

Sonrojándose un poco, llevó su plato a la mesa y se sentó frente a él.

—No debiste esperarme —añadió cohibida—, anoche me quedé dormida de inmediato.

—Me di cuenta —consultó el reloj—. Y ahora debo irme. ¿Hay alguien en la aldea que pueda arreglarte la ventana?

—El señor Ambrose se encarga de todos esos trabajos. Voy a llamarlo ahora mismo —sonrió desmañada—. Veo que retiraste los vidrios rotos.

—Primero usé la aspiradora mientras tú todavía estabas

representando tu papel de la Bella Durmiente.

—Oh —se atragantó Amanda—. ¿Hiciste eso? Bueno, eso me hace sentir peor que nunca... por todo lo sucedido.

—Es del todo innecesario —replicó con calma—. Anoche necesitabas un amigo. Pues bien, ya tienes uno —y le tendió la mano—. ¿De acuerdo?

Amanda dejó que sus dedos se entrelazaran con los suyos.

—De acuerdo —titubeó—. Siento haber actuado como una tonta.

—Tal vez tenías todo el derecho de hacerlo —le dirigió una mirada escudriñadora—. ¿Estarás bien si hoy te quedas sola, o hay alguien que pueda venir a acompañarte?

—Estaré bien —respondió animosa—. Y mi madre regresará más tarde.

—Excelente —dijo, poniéndose de pie—. Entonces, adiós.

Y esta vez, confirmó Amanda, de verdad se había ido. Cuando se cercioró, tratando de mostrarse indiferente, su automóvil se había desvanecido. Y al parecer también él... de forma permanente.

Caminó de regreso a la cabaña y cerró la puerta. A pesar de que él le ofreció su amistad, no esperaba volver a ver a Malory jamás. Ni siquiera estaba segura de desearlo.

"Debió pensar que estoy loca de remate", se dijo, "y lo que es peor, también una importuna".

Quédate conmigo, por favor, se remedó furiosa a sí misma. "Dios, ¿qué debió pensar?" Y tuvo suerte de que no se le insinuara, aun cuando sólo fuera por compromiso. No debió ser muy halagador para su "ego" el que ella ni siquiera hubiese considerado esa posibilidad; pero Amanda sólo había pensado en términos de compañía y consuelo.

Quizá, a pesar de su comentario impaciente, Malory no tenía una libido muy fuerte, pensó, encogiéndose de hombros. Con el corazón lleno de dolor, supuso que Nigel habría aprovechado al máximo esa oportunidad.

No, Malory era un misterio, de acuerdo, pero ella ya tenía bastantes problemas en su vida sin embarcarse en el inútil ejercicio de averiguar qué podría excitarlo.

"Somos como barcos que se cruzan en la noche", se dijo resuelta, mientras se dirigía al teléfono para llamar al señor Ambrose. Y más valía que Malory y ella siguieran así. Era mucho mejor.

Capítulo 3

Dos horas después, cuando escuchó el ruido de un coche afuera, Amanda se preparó mentalmente para enfrentarse a los reproches de su madre. La señora Conroy casi enloqueció cuando Amanda le anunció con toda claridad que había roto su compromiso con Nigel.

—¡Querida, no puedes hablar en serio! —gimió—. Han tenido alguna tonta disputa, eso es todo. Yo sé lo que es eso; iré de inmediato a casa para hablar contigo.

Y colgó antes de que Amanda pudiera explicarle que ya había pasado el momento de hablar.

Amanda apartó el crucigrama que había estado resolviendo y se dirigió al recibidor para salir al encuentro de su madre, mientras trataba de pensar en algún comentario conciliador.

Cuando sonó el timbre de la puerta, se sintió casi aliviada; debía ser el señor Ambrose, supuso. Le había prometido, en respuesta a su llamado urgente, "presentarse cuanto antes" y arreglar la ventana. Con suerte, quizá quedaría reparada antes de la llegada de su madre, quien no tendría por qué enterarse de nada.

La última persona que esperaba ver en el umbral de la puerta era a Nigel.

Si ella hubiese estado en sus cinco sentidos, le habría dado con la puerta en las narices, pero mientras se le quedaba mirando, boquiabierta, él entró al recibidor. Estaba muy pálido y tenía un "tic" nervioso en la comisura de los labios. Se quedó parado, azotando los guantes de conducir contra la palma de su mano.

—Amanda —le dijo—, tenía que venir; no podía estar lejos. Los dos hemos tenido tiempo para pensar y tranquilizarnos. Debes escucharme —miró a su alrededor—. ¿Ahora si estás sola? —la pregunta era irónica. Sabía que quería saber si Malory ya se había ido y se mostró reacia a decirle que estaba sola en la casa.

—Hay alguien arreglando la ventana de mí habitación —respondió alzando la barbilla.

—¿Oh? —su sorpresa era demasiado fingida—. ¿Está rota?

—Tú sabes que sí —replicó con voz apagada—, porque tú lo hiciste. Con eso y las llamadas telefónicas, te sobrepasaste.

El desvió la mirada, enrojeciendo.

—Lo sé... lo sé —confesó apesadumbrado—. Creo que enloquecí. Esa es una de las razones por las cuales he venido... para pedirte que me disculpes por todas esas necedades.

—Un ladrillo arrojado por la ventana no es una necedad —

señaló encolerizada—. Pudiste herirme.

—Ya te lo dije, no podía pensar con claridad —dio un paso hacia ella—. Querida, ¿no podemos sentarnos y tratar de resolver nuestros problemas, de una manera tranquila y sensata?

—No, no podemos; creía habértelo dicho con claridad —Amanda se mantuvo firme—. No hay nada que discutir, Nigel. Entre nosotros todo ha terminado... para siempre.

—Pero cuando lo dijiste estabas demasiado enojada para razonar —apuntó.

—¿Razonar? —repitió ella como un eco—. Nigel, te sorprendí haciéndole el amor a otra mujer... a la novia de tu hermano. ¿Qué explicación puede haber para eso? ¿Qué excusa?

—Eso es lo que he venido a explicar —y le tendió las manos en un gesto de súplica—. Manda, permíteme que me defienda. No puedes sólo... condenarme así. Los dos nos amamos todavía... tú lo sabes, querida.

—Tienes una forma muy extraña de demostrarlo —señaló con una gran frialdad—. Pero di lo que tengas que decir... si crees que debes hacerlo.

El guardó silencio durante un momento.

—No tienes que decirme que he sido un estúpido e insensible tonto; ya lo sé. Desde que te conocí, siempre me consideré inmune a las tentaciones de otras mujeres; pero siempre existieron —torció la boca en gesto de humildad—. Los pilotos de carreras también tienen sus admiradoras.

—Pero no puedo creer que Clare fuese una de ellas.

—No —concedió—. Pero hizo todo lo necesario, una vez que supo quién era yo. Me llamaba por teléfono... casi se echó en mis brazos.

—Entonces, ¿no estaba en Calthorpe sólo por casualidad?

—No, me siguió. Te mentí en eso. No me dejaba en paz, acosándome todo el tiempo.

—Pobre Nigel —exclamó Amanda con ironía—. Qué difícil debió ser para ti. Y supongo que al final la tentación fue demasiado fuerte. ¿O acaso te violó?

—No, por supuesto que no —un tenue rubor apareció en su rostro—. Pero no soy un santo, querida. Tengo mis debilidades y quizá sea mejor que las conozcas antes de casarnos —al ver que Manda entreabría los labios para protestar, alzó una mano para interrumpir lo que ella trataba de decir y añadió con vehemencia—, porque vamos a casarnos, mi amor. Debes aceptarlo. No vas a permitir que una estúpida y caprichosa mujerzuela arruine nuestras

vidas —al decirlo sonreía y los ojos azules de pronto parecían ingenuos y suplicantes—. Te necesito, Amanda.

Tendió las manos hacia ella, pero Amanda retrocedió, alejándose.

—Hablas como si tu… aventura con Clare fuese el único problema, pero hay más. Es la forma como has actuado desde entonces; todas esas llamadas telefónicas, mi ventana.

—Querida —Nigel aún sonreía—. Estaba fuera de mí… Llegar aquí y encontrarte en compañía de Malory fue algo que me trastornó. Anduve por aquí durante horas, esperando a que se fuera —movió la cabeza—. Al darme cuenta de que no se iría, enloquecí pensando toda clase de cosas —rió—. Me lo imaginaba en la cama contigo… en esa habitación, y de alguna manera, me convencí de que era verdad y algo… se desató en mí —dio un suspiro, como disculpándose—. Supongo que era mi conciencia culpable, pero tenía la idea que pasaría la noche contigo para desquitarse de lo de Clare. ¡Como si ese impotente pudiera tramar algo así! —le tendió la mano—. Y además, como si tú pudieras permitirlo. Después de todo, si yo no lo logré, difícilmente te acostarías con Mal.

Hubo un prolongado silencio. Amanda sentía que un intenso sonrojo le subía desde las puntas de los pies.

—Y bien, di algo, querida —Nigel parecía un tanto divertido e impaciente.

—No te quedes parada allí o empezaré a pensar que después de todo anoche compartiste tu cama con mi hermano —y cuando Amanda alzó las manos para cubrirse el rostro, él pronunció casi en un susurro—. ¡Por Cristo… es verdad! ¿Dormiste con él, no es cierto?

Una absoluta vergüenza y una inmensa cólera encendieron el temperamento de Amanda.

—Si, lo hice —exclamó, echando la cabeza hacia atrás en un gesto de desafío—. Y no me importa si fue sólo por vengarme de Clare.

Tan pronto como pronunció las palabras, se arrepintió; pero ya era demasiado tarde. No podía retroceder y explicarle la verdad porque eso expondría a los dos a las burlas de Nigel, y Malory no se merecía eso.

—¡Pequeña arpía! Ojalá que ese ladrillo los hubiera matado —exclamó Nigel con voz ronca.

—Lo comprendo —la voz de Amanda era temblorosa—. Ahora, sal de aquí y no regreses.

Se dirigió a la puerta, pero de inmediato se volvió hacia

Amanda, recorriéndola con la mirada de enfurecida codicia.

—No... ¿por qué debería hacerlo? Ahora que Malory ha sido el primero, ya no tienes la excusa de tu perpetua virginidad para mantenerme a raya —rió con crueldad—. Tal vez incluso debería estarle agradecido por abrirme el camino, por así decirlo.

Su crudeza la humilló y retrocedió un paso más.

—No te acerques a mí.

—Debiste decir eso anoche —se burló—. ¡Santo Dios... Malory y tú! No creía que eso fuese posible. ¿Acaso también tiene una fórmula química para el sexo? Es probable que en este mismo momento esté anotando los resultados de su experimento.

—¡No te atrevas a decir esas cosas de Malory! —replicó Amanda enfurecida—. El posee todas las cualidades de las que evidentemente careces... entre ellas, bondad y compasión.

—Oh, ¿es eso lo que buscas en un amante? —su voz destilaba desprecio—. Un error de mi parte, amor mío. ¿Qué hizo para excitarte... llorar en tu hombro?

—Eres despreciable.

—Y por supuesto, Malory es Sir Galahad —casi rezongó Nigel—. Si es tal dechado de virtudes, ¿por qué entonces no te casas con él?

—Es lo que pretendo hacer-—declaró precipitadamente y se interrumpió al ver que el rostro de su ex novio enrojecía de cólera.

—Eso —señaló—, si es que todavía te quiere después de que yo haya terminado contigo.

Amanda retrocedió hasta la puerta de la cocina, tratando con desesperación de abrirla, cuando escuchó que alguien entraba por la puerta trasera y después la voz impasible y segura del señor Ambrose, quien la llamaba:

—Señorita Conroy... ¿está usted allí?

—Estoy aquí, en el recibidor —respondió con la voz temblorosa.

La puerta detrás de ella se abrió y el señor Ambrose se quedó parado allí, contemplándolos con el rostro enrojecido y una mirada inquisitiva.

—¿No interrumpo nada? —preguntó.

—No —respondió Amanda sin aliento—. El señor Templeton ya se iba, ¿no es verdad, Nigel?

Por un momento, pensó que iba a pegarle. Pero entonces él dijo:

—Así es, me retiro. Pero te arrepentirás de esto, Amanda. Te lo prometo.

Cuando la puerta se cerró, Amanda sintió que las piernas le temblaban.

—Su novio parece bastante alterado —comentó el señor

Ambrose. Y después de una pausa, añadió imperturbable—. ¿Una ventana, no es cierto?

—Sí —contestó Amanda.

El hombre casi había terminado de arreglarla cuando llegó la señora Conroy. Venía con paquetes que dejó en el sofá de la sala antes de volverse a mirar a Amanda.

—Mi querida hija, tienes un aspecto terrible. Estás enfadada con Nigel, lo sé. ¿Por qué no lo llamas por teléfono y le dices que lo sientes y entonces todos volveremos a ser felices?

—¿Qué te hace pensar que soy yo quien debe disculparse? —preguntó Amanda con toda calma.

—Querida, ¿qué importa eso? —la señora Conroy se encogió de hombros—. Todo lo que se necesita es que uno de los dos dé el primer paso.

—De cualquier forma, eso sería inútil —dijo Amanda—. Nigel ya estuvo aquí y lo eché.

—¿Has perdido la razón? —casi gritó su madre.

—No lo creo... por lo menos no ahora.

—Pero, ¿cuál fue el motivo de una disputa tan drástica? —gimió la señora Conroy—. Hacían tan buena pareja... eran tan perfectos el uno para el otro en todos los sentidos, y Nigel te adoraba.

"Y a ti te halagaba", pensó de pronto Amanda, pero no lo dijo.

Se quedó sentada, contemplando la alfombra, mientras su madre seguía con su ditirambo, atribuyéndole a Nigel incontables virtudes como yerno.

Amanda quería contarle toda la historia, pero le era imposible. Lo primero que su madre querría saber sería por qué había ido ella a Calthorpe, y no podía responder a eso. Una de las piedras angulares de la filosofía de la señora Conroy era que una pareja soltera no dormía junta.

Ya era suficiente un compromiso roto para que su madre se enfrentara a algo más. La señora Conroy no tenía por qué saber que su única hija había estado a punto de rebelarse de una manera tan desvergonzada.

De pronto, la madre hizo una pausa, mirando hacia el techo.

—Hay alguien allá arriba.

—Es sólo el señor Amborse; está arreglando una ventana rota en mi habitación.

—¿Qué sucedió?... —preguntó la señora Conroy abriendo los ojos.

—Estaba haciendo la limpieza y tuve un pequeño accidente, eso

es todo —de alguna manera, también en esto debía ocultarle la verdad a su madre.

—Oh, no entiendo nada —la mujer parecía al borde de las lágrimas—. Pareces decidida a destrozar todo en tu vida —acusó injustamente—, y ni siquiera piensas en todos los problemas que me estás causando. Será necesario cancelar todos los arreglos... sólo espero que no hayan empezado a imprimir las invitaciones. Todo esto es demasiado.

Amanda le dio un ligero golpecito en el hombro.

—¿Por qué no te recuestas en el sofá, mientras yo te preparo un poco de té? —la instó con suavidad—. Siento que hayas tomado así las cosas, pero debes creerme que no puedo ser feliz con Nigel. Y en realidad preferiría no seguir hablando de esto.

Fue un fin de semana terrible. La señora Conroy se guardó para sí misma sus reproches, pero las largas miradas de sufrimiento y los suspiros eran peores que un ataque directo.

Amanda salió a dar una larga caminata y el sábado por la tarde se dedicó a excavar en el jardín, usando su inevitable agotamiento como una excusa para irse a dormir temprano.

El domingo por la mañana, un poco adormilada, supuso que sólo le quedaban unas cuantas horas de silenciosas recriminaciones antes de regresar a Londres y dedicarse en su trabajo. Se preguntó qué comentarios harían sus compañeras de departamento acerca de su compromiso roto y decidió que, aun cuando Fiona y Maggie lo tomarían como un suceso pasajero, Jane no se sorprendería del todo.

La sacudió de su somnolencia el agudo grito de su madre, desde el piso inferior.

"¿Qué habrá hecho Nigel ahora?", fue el primer pensamiento de Amanda al apañar las mantas. "¡Es probable que haya echado un gato muerto por el buzón!"

Pero el recibidor estaba libre de felinos, cuando bajó anudándose el cinturón de su bata. Según parecía, a lo único que se enfrentaba la señora Conroy era a los periódicos dominicales.

—¿Qué diablos?... —empezó a decir Amanda con hastío, pero se detuvo a ver los horrorizados ojos de su madre fijos en ella.

—Amanda —exclamó en un tono patético—. ¡Oh, Santo Dios... el escándalo... la desgracia! No puedo creerlo.

—¿Qué es lo que no puedes creer? —Amanda estaba perpleja.

La señora Conroy le acercó un periódico con una mano temblorosa.

—Léelo —dijo con un sollozo—. Ve lo que has hecho.

Los titulares del sensacionalista periódico no dejaban lugar a dudas. "¡Un piloto de rally con el corazón destrozado!" proclamaba uno. Y más abajo, otro reportaje: "Nigel, el novio plantado, dice: La perdono".

Amanda sintió que la náusea le subía a la garganta. Murmuró:

—El no pudo haber hecho esto. Oh, Dios, no es posible...

Empezó a leer la primera historia, con una febril concentración.

"Mientras Nigel Templeton, piloto de carreras, celebraba su triunfo en la prueba de Calthorpe esta semana, no sabía que sufriría un descalabro en su vida amorosa", decía emotivamente el primer párrafo. "Su prometida, la encantadora Amanda Conroy, de veintidós años, disfrutaba de una cita secreta con el propio hermano de Nigel, Malory Templeton, el millonario propietario de los Laboratorios Templeton. Y el día de ayer, el sorprendido piloto reveló que la pareja tiene intenciones de contraer matrimonio".

—¡Oh, Dios mío! —Amanda ya no pudo seguir leyendo.

La señora Conroy lloraba sin consuelo.

—Pobre Nigel, pobre muchacho. No me sorprende que no quisieras disculparte con él; estabas demasiado avergonzada. Reunirte con su hermano en un "nidito de amor secreto" —matizaba las palabras con un horrorizado desdén y después golpeó con el puño e! periódico que estaba leyendo.

—Oh, perversa muchacha —sollozó—. ¿A dónde fuiste con él? ¿En dónde se encuentra ese horrible lugar?

—Supongo que se refiere a esta casa —respondió Amanda en un tono de voz tétrico.

La señora Conroy se llevó las manos al cuello.

—¿Quieres decir que trajiste a tu... amante aquí! ¡Usaste mi casa para tu sórdido... tu repugnante!...

—No tengo de que avergonzarme —Amanda sacudió suavemente a su madre, tomándola por el brazo—. Mamá, todas esas historias son falsas.

—¿Quieres decir que nunca estuviste con ese hombre?

—No —Amanda tragó saliva—. Es cierto que lo vi el jueves. A decir verdad, pasó aquí la noche, pero...

—Entonces todo es verdad —su madre le dirigió una trágica mirada—. Lo trajiste aquí. Tú —trató de armarse de valor—... dormiste con él.

—No como tú crees —gimió Amanda—. Yo había tenido un día terrible. Tuve un altercado con Nigel y Malory lo sabía. Sólo vino a... hacerme compañía. Entonces alguien empezó a llamar por teléfono, resollaban en vez de contestar y también rompieron el

vidrio de mi ventana, de manera que Malory y yo acabamos compartiendo la habitación de huéspedes, porque yo estaba muy asustada para quedarme sola. Pero ni siquiera me tocó; sólo cuidó de mí —añadió con voz débil.

—¡Vaya una historia increíble! Si todo fue tan inocente, ¿por qué no le diste a Nigel una buena explicación?

Amanda enrojeció.

—Porque no creí que la mereciera —respondió con voz ahogada y se mordió un labio—. Pero Malory sí la merece. Tendré que hablar con él antes de que vea estas historias.

Su madre rió de manera desagradable.

—¿Estás loca? Ya las vio —leyó el periódico—: "En su lujosa residencia en Aylesford Green, el día de ayer Malory Templeton, de treinta y dos años, declaró: No hay comentarios".

Después le dirigió a Amanda una mirada furibunda.

—Eso sólo lo dicen las personas culpables. ¿Por qué no negó todas esas historias si no son ciertas? Oh, escucha esto. "Nigel, pálido y conmovido, comentó: No podía creer que la había perdido hasta que ella misma me dijo que iba a casarse con mi hermano. Amanda siempre se opuso a que yo condujera autos de carrera y no puedo culparla por elegir la tranquilidad y la seguridad al lado de Malory. El es más rico de lo que yo espero llegar a serlo jamás. Les deseo que sean felices juntos". —Pobre muchacho —dijo moviendo la cabeza—. Pobre, querido Nigel. Tan valeroso, deseándote la felicidad.

—¿Es eso lo que hace? —preguntó irónica Amanda. Se frotó la frente con el dorso de la mano—. ¿En dónde están los mapas de carreteras? Tengo que ir a Aylesford Green.

—No irás a ver a ese hombre —declaró la señora Conroy en un tono perentorio—. Le pediré a mi abogado que llame por teléfono a esos periódicos, mañana temprano, para que publiquen una convincente nota desmintiendo todo, y después, hablaré con Nigel... le diré que ha habido un terrible error...

—Madre, si lo haces —amenazó Amanda con toda calma—, saldré de esta casa y jamás regresaré. Hay algo de cierto en lo que dicen los periódicos: Nigel y yo hemos terminado. El lo sabe y ése es el motivo por el cual ha hecho que publiquen esto... por despecho —respiró profundo y añadió—: dijo que haría que me arrepintiera y lo ha hecho.

Nigel había sido muy astuto, pensó un poco más tarde mientras conducía su automóvil por la carretera en dirección a Aylesford Green. La presentó como una consumada cazafortunas y a Malory

como un incauto con dinero, mientras que se reservaba para él el papel del noble inocente engañado. Serían muy pocos los que leyeran esas historias y no sintieran una gran compasión por Nigel, traicionado en su momento de triunfo.

Llovía cuando llegó a la aldea. Estacionó el coche cerca del campo de golf y miró a su alrededor hacia las elegantes cabañas que lindaban con él. En uno de los periódicos publicaron una borrosa fotografía de la casa de Malory, pero no la identificaba con ninguna de ellas. Al fin le preguntó a un hombre que paseaba despreocupado a su perro, y el señor la guió hacía las afueras de la aldea, por un camino vecinal.

—Está un poco alejada de la carretera —le advirtió—. Busque unas puertas dobles de color blanco.

Cuando las encontró, Amanda acercó el coche al borde del camino y durante unos momentos se quedó allí, tratando de ordenar sus pensamientos. ¿O trataba simplemente de reunir el valor necesario para caminar hasta la puerta de la amplia casa de ladrillo y madera que apenas vislumbraba a través de los árboles que la rodeaban?, se preguntó burlona. Tendría su merecido si Malory se negaba a recibirla.

Hacía apenas unas cuantas horas le había dicho que era su amigo y le estrechó la mano para sellar el pacto. Pero hoy quizá pensara que esa amistad tenía sus limitaciones.

Salió del auto y lo cerró. Sus botas de tacones altos hacían crujir la grava húmeda al acercarse a la puerta del frente. Tocó el timbre. La puerta se abrió y una mujer de cabello gris, vestida con un impecable uniforme de color oscuro, le dirigió una mirada inquisitiva.

—¿Puedo servirla en algo, señorita?

—Quisiera ver al doctor Templeton, por favor.

La mujer le dirigió una sonrisa apesadumbrada.

—Mucho me temo que el doctor Templeton no puede recibir a nadie hoy. Deberá dirigirse al departamento de relaciones públicas de los laboratorios el día de mañana.

Cuando trató de cerrar la puerta, Amanda le dijo apresurada:

—Pero yo no soy reportera. Soy Amanda Conroy y necesito ver a Mal... al doctor Templeton con urgencia.

—Oh, señorita Conroy —la voz de la mujer era circunspecta—. Por favor, entre. El doctor Templeton la espera.

El vestíbulo era amplio, con un piso de losas sobre el cual había una alfombra persa. La mujer guió a Amanda y subieron dos escalones hasta unas puertas dobles de cristal que se abrían hacia

una amplia sala. Los leños crujían en una inmensa chimenea y una música inundaba la habitación… la voz de una mujer que cantaba algo dramático y desconocido para Amanda.

Malory estaba tendido en uno de los sofás al lado de la chimenea, pero cuando entró Amanda se puso de pie y se dirigió hacia el sistema de alta fidelidad; retiró el disco del aparato.

—El aria de la locura de Lucía di Lammermoor —comentó lacónico—. Por alguna razón me pareció… adecuada —después dirigió la mirada más allá de Amanda, hacia el ama de llaves.

—Señora Priddy, por favor, ¿quiere prepararnos un poco de café?

—Por supuesto, señor —cerró la puerta al salir y los dos se encontraron solos.

—¿Por qué no te sientas, Amanda, antes de desplomarte? —le indicó Malory.

Ella avanzó, vacilante hasta un sofá. Sus cojines eran tan mullidos como copos de algodón, pero por lo que a Amanda concernía, bien habrían podido ser un lecho de clavos.

—Tenía que verte para disculparme… para explicarte… —empezó a decir ella.

El la interrumpió.

—Cuando la prensa empezó a llamar, estuve a punto de desmentir todo de una manera categórica. Pero entonces algo me dijo que esperara. Según parece hice bien.

Ella asintió, sintiéndose miserable.

—De manera que, ¿puedes decirme qué sucedió?

—Nigel regresó después de que te habías ido. Tuvimos una escena y él hizo algún comentario acerca de que nosotros… —tragó saliva con dificultad— habíamos dormido juntos. Se portó de una manera detestable y yo perdí la paciencia y lo dejé que pensara que era cierto.

—Supongo que debí tomar en cuenta el tono rojizo de tu cabello —dijo él—. De manera que Nigel cree que lo decente es que me case contigo, ¿o hay algo más?

Amanda volvió a asentir, retorciéndose las manos.

—Dijo algunas cosas terribles de nosotros dos. Fue algo muy desagradable. Y después hizo un comentario sarcástico acerca de… que yo debía casarme contigo —hubo una larga pausa—. Así que le respondí que eso mismo pensaba hacer —se mordió con fuerza el labio inferior—. Era sólo una forma de anotarme un tanto a mi favor, de deshacerme de él. Jamás imaginé que haría… esto. ¡Oh, Dios, yo tengo la culpa de todo!

—Si esperas que yo te desmienta, entonces vas a llevarte una decepción. Los únicos puntos que has acumulado son en tu contra —declaró Malory, inflexible—. Has logrado que parezcamos unos tontos y algo peor que eso.

—Debiste negarlo todo —manifestó ella.

—¿Y arriesgarme a que los periódicos descubrieran una historia a la cual realmente le sacarían partido? —preguntó con frialdad—. Por favor, ten un poco de sentido común. Con suerte, la magistral tergiversación de los hechos de parte de Nigel causará una breve sensación y muy pronto todos se olvidarán de ello. Ahora el daño ya está hecho y si empezamos a publicar noticias desmintiendo todo, eso atraerá más la atención hacia todo este lío. Me imagino que tú no querrás eso.

—No —respondió ella con un estremecimiento.

—Eso es. De manera que si aceptamos la historia, con el tiempo se olvidará.

Amanda se obligó a mirarlo de frente.

—¿Qué quieres decir... con aceptar la historia?

—Es muy sencillo —respondió él—. Le has informado a todo el mundo, a través de Nigel, que vas a casarte conmigo. Pues bien... eso harás.

Capítulo 4

Amanda lo miró durante un largo rato y después preguntó:

—Esa aria de la locura que estabas escuchando… ¿es contagiosa?

—No lo creo —sonrió él.

—Entonces, ¿cómo es posible… cómo puedes sugerir algo así? ¡Es la idea más absurda y ridícula que jamás haya escuchado!

—Pero fue tuya —y alzó las cejas—. Tú me propusiste matrimonio, Amanda, de la forma más pública que habrías podido pensar. Pues bien, acepto tu propuesta, eso es todo.

—Pero no puedes… —exclamó ella con voz ronca—, yo no quise decir eso.

—Entonces, ¿qué planeas hacer acerca de ello? ¿Plantarme como a Nigel? —movió la cabeza—. De ninguna manera, querida. Lo quieras o no, me has colocado en medio de una cause célebre. No es una situación que me agrade, debes creerlo.

—Lo sé y lo siento, de verdad —declaró con acento lastimoso.

—Ya es un poco tarde para lamentaciones —habló con bastante amabilidad, pero en su voz había una nota implacable—. Detesto ver que mi vida íntima se hace del dominio público, de manera que este compromiso seguirá adelante hasta que ya no sea necesario.

Amanda se sintió aliviada.

—Oh, ¿quieres decir que sólo debemos fingir?

—Bien, difícilmente estoy sugiriendo una apresurada carrera hacia el altar —manifestó con una ligera altanería, dirigiéndole una mirada seria—. ¿Y cuál ha sido la reacción de tu madre a todo esto?

—No me lo preguntes —gimió—. Se encuentra en un estado terrible. Idolatraba a Nigel, por supuesto, e insiste en considerar todo esto como una especie de pequeña dificultad.

—¿Supongo que no le habrás dicho la verdad?

—No podría hacerlo —declaró, contundente.

—Lo entiendo —manifestó con ironía—. Entonces, ¿cómo vas a explicarle nuestro compromiso? ¿Le dirás que te convencí a pesar de toda tu sensatez… o que te hice perder la cabeza?

—La primera opción, supongo —respondió—. No creo que podría convencer a nadie, ni siquiera a mí misma, de la segunda —se detuvo con un pequeño jadeo, dándose cuenta de lo que acababa de decir—. Yo… no quería…

—Eso no importa —interrumpió, amable—. Ahora, creo oír a la señora Priddy que nos trae el café.

—En realidad, debería irme —Amanda todavía se sentía muy

avergonzada por su paso en falso. No se sentía con la suficiente ecuanimidad para proseguir el diálogo mientras tomaban el café.

—No hay ningún riesgo en aceptar mi hospitalidad, Amanda —su voz era seca—. No te obligaré a nada más, excepto, quizás, a tomar el pan casero de la señora Priddy. Y las atenciones de Harvey, por supuesto.

—¿De Harvey? —Amanda se quedó sin aliento.

—Mi perro. Se mojó cuando lo saqué a pasear hace poco y se está secando en la cocina —Malory sonrió levemente—. Pero considera eso como una especie de destierro, de manera que sin duda llegará corriendo detrás de la señora Priddy.

Al abrirse las puertas de la sala para dar paso a la señora Priddy con la bandeja, entró detrás de ella un hermoso perro cazador, moviendo la cola a la expectativa, inseguro de cómo lo recibirían. Malory chasqueó los dedos y el perro se dirigió a él, echándose obediente a sus pies.

—Ha estado arañando la puerta y gimoteando durante los últimos diez minutos —comentó, severa, la señora Priddy—. Nunca he visto un perro más escandaloso.

—Le gusta enterarse de lo que está sucediendo, eso es todo —rió Malory tirando suavemente de las orejas del perro y Harvey gruñó, extasiado—. Ve a conocer a Amanda, Harvey, y recuerda tus modales.

Amanda le tendió la mano y el podenco la olisqueó con cierta reserva antes de permitirle que le acariciara la cabeza.

—Es un encanto —declaró ella.

—Me alegro de que lo apruebes... y parece que a él también le agradas. Has salvado un obstáculo importante —declaró Malory antes de decirle a la señora Priddy—: La señorita Conroy y yo vamos a casarnos —le sonrió a Amanda—. Sírveme un poco de café, querida. Me gusta con muy poca crema y sin azúcar.

Amanda se dio cuenta de que se había quedado con la boca abierta y se apresuró a cerrarla.

—Bien, la noticia no es del todo inesperada, señor, como usted debe saberlo —respondió muy formal la señora Priddy—. George y yo les deseamos muchas felicidades —miró a Amanda—. Si quiere conocer la casa, señorita, tendré mucho gusto en mostrársela.

Amanda derramó el café en el platito.

—Quizás en otro momento —logró decir y la señora Priddy se retiró, decepcionada.

—¡Me habría gustado que me consultaras antes de decir eso! —exclamó Amanda—. ¿Era necesario?

—Por supuesto —afirmó él—. Todo esto puede ser una farsa, Amanda, pero debe ser convincente. Y es algo a lo que deberás acostumbrarte.

—¡Jamás! —replicó enfurecida y Harvey retrocedió con un gruñido de sorpresa.

—Deberás aprender a controlar tu temperamento enfrente de Harvey —dijo él—. Es mucho mas sensible que yo. Y ahora, toma tu café y dime qué clase de sortija te gustaría.

—¿Una sortija? —repitió como un eco—. No es necesario llegar a tales extremos.

—¿Y dejar que todos piensen que soy un tacaño? Deberías avergonzarte.

—¿No se te ha ocurrido que tal vez no quiera portar tan pronto el anillo de otro hombre?

—Sí lo pensé, pero al mismo tiempo, quizá podrías considerar mis sentimientos acerca de obsequiarle una sortija a una mujer que no tiene el menor deseo de convertirse en mi esposa.

Una vez más, Amanda detectó un dejo frío bajo el tono ecuánime, y declaró con voz sofocada:

—Es... una situación imposible.

—Sólo si dejas que te afecten los detalles superficiales —Malory bebió un poco de café—. Si estuvieras representando un papel en escena, usarías el traje y los adminículos necesarios, ¿no es cierto? Pues bien, considera tu argolla de compromiso bajo esa misma luz.

—Hay algo que si puedo garantizarte de todo esto —se mordió un labio— No volveré a perder los estribos —se sirvió un poco de café y una rebanada de pastel.

Mientras lo hacía, empezó a examinar la habitación, asimilando todo lo que la rodeaba. Era encantadora, pensó, y diferente del medio ambiente pulcro y apagado en que se había imaginado que viviría Malory. La sala estaba muy iluminada y bien ventilada, y las ventanas francesas daban hacia el césped, ahora inundado por el agua. Pero en el verano, sería muy agradable sentarse en el césped debajo de ese árbol y después caminar mientras el sol se ponía detrás del distante bosquecillo.

Se interrumpió. Esperaba que mucho antes del verano ya habría salido de esta terrible situación, aun cuando no tenía la menor idea de lo que haría después. Quizá trabajaría en el extranjero. La compañía para la cual trabajaba tenía oficinas en Bruselas y en Ginebra, y otras empleadas habían obtenido el traslado. Suspiró y Malory la miró interrogador.

—¿Qué sucede?

—Estoy considerando algunas opciones... una vez que esto haya terminado.

—Primero debemos encargarnos de las próximas semanas —declaró el con un dejo de severidad—. Por favor no digas ni hagas nada que pueda hacer que cualquiera piense que nuestro compromiso no es genuino.

—Lo intentaré —volvió a suspirar. Dejó la taza sobre la bandeja y miró hacia el fuego—. Hay un problema que no hemos considerado —declaró muy formal.

—¿Qué es?

—Pues bien, Nigel ha dado a todos la impresión de que sostenemos una especie de apasionada relación —trató de hablar despreocupada, pero fracasó.

—Eso no es un gran problema —respondió con lentitud—, a menos que temas que yo trate de aprovecharme de eso. No creí haberte causado esa impresión.

—Y no lo has hecho —aceptó, triste—. Ni siquiera sé por qué lo mencioné. Últimamente mi mundo parece estar de cabeza.

—Pues bien, digamos que no tienes nada por qué preocuparte —sonrió él, haciendo una pausa—. ¿Me imagino que me estará permitido un ocasional beso en la mejilla cuando estén presentes otras personas?

—Supongo que eso es inevitable —reconoció ella.

—Me alegro de no haber albergado jamás ninguna ilusión acerca de mi atractivo sexual —comentó riendo—. Diez minutos contigo, Amanda, las habrían destrozado por completo.

—No quise decirlo de esa forma —dijo enrojeciendo. Después se puso de pie—. Debo irme antes de que vuelva a cometer otro desatino.

Malory también se puso de pie. Añadió con un tono casual:

—Vale más que me anotes tu dirección en Londres... y tu número de teléfono en el trabajo.

—¿Es indispensable?

—Es un requisito bastante convencional —señaló él con un dejo de impaciencia—. Tus compañeras de apartamento... la gente con quien trabajas... todos esperarán algún contacto entre nosotros.

—Sí, por supuesto —declaró reacia. Anotó la información necesaria en una hoja que arrancó de su agenda y se la entregó—. ¿Durante cuánto tiempo crees que deberemos seguir con esta farsa?

—Hasta que nuestro supuesto idilio sea una noticia tan vieja que podamos separarnos sin despertar el menor interés en la prensa.

—¿Y si Nigel no lo deja morir? —lo miró con incertidumbre.

—El no tendrá otra elección —declaró—. De cualquier forma, muy pronto correrá en Suecia. Eso deberá absorber su atención.

—Eso supongo —guardó silencio durante un momento y después dijo un poco turbada—. A riesgo de repetirme, en realidad lamento haberte metido en todo esto —le dirigió una sonrisa titubeante—. De seguro desearías haber dejado que me ahogara.

—La única diferencia sería que ambos nos habríamos dado un buen remojón —su tono era despreocupado—. Ya deja de culparte, Amanda. El hecho de verte expuesta, por primera vez, al lado perverso de la naturaleza de Nigel, puede ser toda una conmoción. No es de sorprender que te hayas comportado de manera tonta.

—Qué agradable poder analizar la situación con tal precisión —manifestó Amanda con amargura mientras se dirigía a la puerta—. ¿Nunca te olvidas de que eres un científico?

—No con frecuencia —no parecía molesto, A decir verdad, sonreía—. Adiós, Amanda, estaremos en contacto.

Amanda sentía que la cabeza le daba vueltas mientras conducía de regreso a casa. Suponía que debía sentirse agradecida de que Malory no hubiese perdido la paciencia, reprendiéndola como se merecía, pero de cierta forma habría preferido un estallido de cólera, porque la alternativa era infinitamente peor.

Por supuesto, todo tenía sentido. Negar las historias en los periódicos sólo habría atraído hacia ellos más atención. Una tácita aceptación de la situación parecía ser la respuesta.

Pero era una perspectiva difícil verse obligada a representar una farsa como prometida de Malory, aun cuando fuese por poco tiempo. Después de todo, a pesar de lo que habían pasado juntos, era casi un extraño para ella y lo poco que sabía de él no acababa de gustarle, se dijo decidida. La fría compostura de Malory la desconcertaba, pero había algo más que eso. Bajo la cortés capa exterior, Amanda sospechaba que se ocultaba una extraordinaria personalidad.

Suspiró. Jamás podría volver a calificar a Malory de una nulidad.

Las siguientes semanas prometían ser las más difíciles de su vida.

Amanda volvió a guardar en el archivador el último expediente y cerró con alivio la gaveta. Había sido un largo día. Jeffrey Lane, su jefe, regresó esa mañana de sus vacaciones y puso de cabeza a todo el edificio. Todos sabían que Jeffrey odiaba las vacaciones y que sólo lo hacía porque su esposa insistía. Invariablemente

regresaba de muy mal humor, rebosante de energía contenida, y esta vez no era una excepción. Pero toda nube tenía su resplandor plateado y la determinación de Jeffrey, de trastornar a toda la compañía, por lo menos sirvió para distraer la atención de todos acerca de la disputa de Amanda con Nigel, y sus consecuencias.

Sintiéndose segura y felizmente comprometida con él, jamás se había dado cuenta del nido de chismes que era Lane Gerstein. Amanda había considerado su trabajo como un santuario... un refugio de las irritables e incesantes críticas de su madre... pero ahora parecía ser lo contrario. Desde su regreso, se vio expuesta a toda clase de insinuaciones y especulaciones. Sólo su orgullo le impidió reportarse enferma, para quedarse en el apartamento.

Sin embargo, allí tampoco había mucha paz. Fiona y Maggie pensaban que estaba loca por haber terminado con Nigel, aun cuando la reacción de Jane fue más amable y demostró más tacto. De pronto había demasiados silencios bruscos cuando Amanda entraba en la cocina o en la sala. Y desde el inesperado anuncio de Malory, publicando su compromiso en dos de los principales diarios y un breve renacimiento del interés de la prensa en su vida amorosa, le era imposible confiar en sus compañeras, ni siquiera en Jane.

De cualquier forma, no estaba segura de querer reconocer ante nadie que había actuado como una tonta. Al meditar en lo sucedido, se sentía consternada por su conducta y agradecida porque nadie más supiera todo el lío que había causado. Se mordió un labio. Nadie, excepto Malory Templeton, por supuesto.

Desde su regreso a Londres, la llamaba por teléfono dos veces, una a la oficina y otra al apartamento, para invitarla a salir, pero ella se disculpaba, y por fortuna ahora él parecía pensar que ya había cumplido con los requisitos de actuar como un novio atento y decidido dejarla en paz.

El viaje al extranjero, aun cuando sólo fuese temporal, empezaba a parecerle cada vez más atractivo. Si se iba a un lugar en donde nadie la conociera, quizá podría volver a empezar a unir los fragmentos de su vida.

Al salir del edificio, Amanda descubrió que había caído una ligera nevada y como resultado de ello el tránsito estaba congestionado. Tuvo que esperar durante horas el autobús, y cuando al fin logró abordarlo, se sentó encogida en su asiento, mirando sin ver a través de la ventana salpicada de nieve.

Las demás ya estaban en casa cuando ella llegó. Se estaba quitando las botas en el recibidor cuando apareció Jane, haciendo

una mueca.

—¿Tuviste un buen día?

—¿No podríamos correr un velo sobre todo este tema tan doloroso? —le pidió—. ¿Qué hay de cenar?

—Para nosotras, macarrones con queso preparados por Fiona —respondió Jane con un guiño—. Lo que tú vayas a cenar queda abierto a la especulación —y con el aire de un mago que saca un conejo del sombrero, le entregó a Amanda un ramo de rosas que tenía oculto a sus espaldas. La tarjeta que lo acompañaba decía, "Cena hoy por la noche", y estaba firmada con una simple "M".

—Ya estaban aquí cuando regresé —exclamó Jane triunfante—. ¿No son maravillosas?

—Sí, lo son —respondió Amanda con voz débil.

—Pues bien, ve a ponerlas en agua y después cámbiate —la instó Jane—. Ya es tarde y él llegará en cualquier momento —bajó la voz—. Y de seguro no desearás dejarlo bajo los tiernos cuidados de Maggie. Lo último que él deseará oír es lo mal que se han portado ustedes dos con el pobre Nigel; ella es capaz de decirle eso y mucho más —hizo una pausa—. Vaya, querida, no te preocupes; yo me encargaré de ella si tú no estás lista a tiempo.

—Gracias —le dijo Amanda con una leve sonrisa, y le entregó las rosas—. ¿Podrías encargarte de ellas?

—Si quieres —y alzó las cejas—, pero pensé que tú querrías ponerlas en agua —le dirigió a Amanda una mirada interrogadora —. ¿Estás bien, verdad? ¿No te habrás contagiado de ese virus que está causando tantos estragos?

Amanda negó con la cabeza y se dirigió al dormitorio que compartían. Todavía llevaba la tarjeta de Malory y la dejó sobre la cajonera. Al parecer, esta vez no tenía otra opción. Se preguntó si él mismo habría escrito el mensaje; las letras eran firmes y nada comprometedoras, en especial la inicial.

Se mordió un labio. No era tanto una invitación como una orden y lo resintió. También era irritante ver que Malory no estaba dispuesto a darse por enterado y mantenerse alejado de ella.

Abrió la parte del armario que le correspondía y deslizó una mirada indiferente a su guardarropa. Quizá debió aprovechar la sugerencia de Jane, acerca del virus, y pedirles a sus amigas que la disculparan cuando llegara Malory.

Sin embargo, sólo estaría demorando lo inevitable. Era obvio que Malory quería verla y lo mejor sería acabar con eso cuanto antes.

Se dio una rápida ducha en el pequeño baño, atestado como de

costumbre de medias y ropa intima húmedas, y después se vistió sin ninguna emoción, poniéndose un vestido de seda negra, de manga larga y cuello alto. Se maquilló un poco y se cepilló el cabello suelto sobre los hombros antes de verse en el espejo. Estaba bien, aunque nada incitante, pensó. Y si Malory espera algo más, entonces se llevará una decepción, pensó.

En ese momento, Jane asomó la cabeza por la puerta.

—Aquí está —murmuró—. Y Maggie está a punto de abordarlo.

Amanda entró en la sala a tiempo para escuchar a Maggie decir agresiva:

—¿No cree en los derechos de los animales, doctor Templeton?

—Creo en los derechos humanos —Malory habló frío y con fastidio.

—Pero usted prueba sus medicamentos en indefensas criaturas.

—Cuando es necesario y en condiciones humanas.

—¿Cree que eso justifica el sufrimiento que causa?

—Lo que busco es aliviar el dolor de mis congéneres —replicó Malory categórico—. ¿Quisiera ofrecerse como voluntaria para reemplazar a los animales que usamos en las pruebas?

—¡Qué idea tan ridícula! —exclamó Maggie acalorada—. Lo que quiero es que la ley ponga fin a esas pruebas.

—Trate de decirle eso a una madre cuyo hijo está muriendo de leucemia —contestó tranquilo. Al mirar hacia la puerta, vio a Amanda parada allí y le dirigió una sonrisa helada—. Vaya, querida, ya estás aquí.

—Así es —Amanda se sonrojó al caminar hacia él, quien se inclinó hacia ella; Amanda alzó el rostro para recibir el breve roce frío de sus labios sobre los de ella.

Después, la miró a los ojos con una mirada cálida y un poco burlona.

—¿Me has echado de menos?

Se arreboló aún más y murmuró algo incoherente. Podía ver las miradas que intercambiaban Maggie y Fiona, y el gesto de extrañeza de Jane, cuando ella deslizó el brazo en el de él y lo condujo hacia la puerta.

—Creo que erraste tu vocación, habrías sido un buen actor —le dijo mientras bajaban por las escaleras hacia la calle.

—Bueno, uno de nosotros tiene que serlo —su tono era cáustico —. Me trataste como si fuera el Fantasma de Marley.

Se dio cuenta de que seguía tomada del brazo de él y se soltó de inmediato.

—No esperaba verte. Tu orden me sorprendió —apuntó

Amanda.

—¿Creíste que podrías evitarme eternamente? —Malory le lanzó una mirada irónica.

—No hay ningún mal en creer —se encogió de hombros—. Quiero decir, no hay ninguna razón para que tú... hagas alguna aparición personal en mi vida. Pensé que sólo podría... fingir que te veo cuando voy a casa los fines de semana.

—Pero no fuiste este último —replicó con amabilidad.

—No —suspiró Amanda—. Mamá sigue teniendo una actitud difícil.

—Siento mucho lo que me dices —contestó—, pero el hecho es que tú no eres la única que tiene una vida y yo necesito... tus apariciones ocasionales a mi lado.

—¿Cuándo?—preguntó dirigiéndole una mirada consternada.

—Dentro de dos semanas, en la cena de la compañía —respondió Malory con prontitud—. Espero que puedas hacerlo. El personal desea conocerte.

Habían llegado al coche. Amanda defendió su posición.

—No puedo —declaró categórica—. Es imposible. No puedo presentarme a toda esa gente bajo falsas pretensiones.

—No hay nada de falso en ello —Malory abrió la portezuela del auto—. Nuestro compromiso es muy oficial —añadió inexpresivo—, lo vi en The Times.

—También yo —Amanda se dio cuenta de que estaba sentada en el coche sin saber a ciencia cierta cómo había llegado allí—. Fue un detalle innecesario, ¿no crees?

—No —respondió torciendo un poco lo boca—. Pensé que eso le daría mayor respetabilidad a un arreglo de lo más ruinoso.

—De manera que ésa es la razón por la cual me invitaste a cenar... ¿para pedirme que asista a la fiesta de tu compañía? ¿No crees que habría bastado con una llamada por teléfono?

—Tal vez, pero creí que ya era hora de saber algo de ti —el ruido del motor al ponerlo en marcha ahogó el bufido de indignación de Amanda—. Has bajado un poco en peso y eso es algo que no puedes permitirte —prosiguió, indiferente—. De manera que una buena cena es una buena idea. Además, tuve otra razón para invitarte.

—Das muchas cosas por sentadas —replicó, displicente—. ¿Supongamos que hubiera tenido otra cita esa noche?

—Entonces la habrías cancelado —declaró él de buen humor—. Creo que un prometido tiene prioridad, ¿no es cierto?

—Creo que estás llevando esta farsa a un extremo ridículo —

señaló Amanda, cortante, y después guardó silencio.

El restaurante a donde la llevó se encontraba en una silenciosa calle apartada. Era pequeño, francés y muy exclusivo. Resultó evidente que Malory era un cliente asiduo y apreciado.

Amanda también observó que no aparecían los precios en la minuta forrada de piel que le entregaron con toda solicitud.

Se le hizo agua a la boca tan sólo al leerlo. Amanda pidió mousseline de lenguado, seguido de pechuga de pato preparada con mango, y como postre, fresas con créme Chantilly. Cuando sirvieron el café y el Armagnac, se apoyó contra el respaldo del sillón, suspirando satisfecha.

—Fue una cena deliciosa, gracias.

—¿Nunca viniste aquí con Nigel?

Amanda hizo un ademán negativo.

—A él le agradan los restaurantes grandes... los lugares en donde... —y titubeó.

—En donde pueda ver a los demás, y todos lo vean —terminó Malory y ella asintió—. ¿Es también lo que tú prefieres? —le preguntó—. Podríamos haber ido a Langans, si tú lo preferías...

—Oh, no —negó a toda prisa—. Me... me gusta este lugar.

—Bien —sonrió—. Por lo menos tenemos una cosa en común.

—Sí —en la voz de Amanda había un dejo de incertidumbre. Consultó su reloj—. Se está haciendo tarde...

—Sí, ¿verdad? —aceptó con cordialidad—. De acuerdo, Amanda, te llevaré sana y salva a tu apartamento. Pero antes debemos arreglar un pequeño asunto.

—¿De verdad?

—No te aflijas —pidió Malory con aspereza—. No se trata de nada temible —sacó del bolsillo un pequeño estuche forrado de terciopelo; se lo entregó—. Es para ti. Fue mi elección, ya que estos últimos quince días te has mostrado tan esquiva.

Amanda abrió el estuche con cierto azoramiento y se quedó boquiabierta. Ante sus ojos había una fina esmeralda de corte cuadrado, rodeada de brillantes.

—Pero yo no puedo usar esto.

—¿Crees que no es de tu medida? Bien, eso se corrige rápido.

—No, no me refería a eso. Es... demasiado... bello. Debió costarte una fortuna; no debiste hacerlo.

—A decir verdad, era de mi madre. ¿Eso te hace sentir mejor?

—Entonces se trata de una joya de familia...

—No en realidad —hizo una pausa—. De cualquier forma, muchas joyas de familia se prestan temporalmente, de manera que

considéralo bajo esa luz. Además, son para lucirlas, no para estar guardadas en cajas de seguridad —se apoderó de su mano y deslizó el anillo en su dedo—. Vaya, te queda bien, Cenicienta.

Era tan diferente como era posible de la sortija que Nigel le había dado, pensó impotente, y creyó adivinar que era algo deliberado.

—Espero que disfrutes usándolo —comentó sosteniendo todavía sus dedos—. Es adecuado para la forma de tu mano.

—Ya debo irme —le pidió con una sonrisa cohibida y liberando su mano.

Malory asintió y llamó al camarero.

El viaje de regreso a casa transcurrió en silencio. Los pensamientos de Amanda eran confusos, pero la esmeralda en su dedo era real.

Cuando el coche se detuvo, Amanda dijo en un tono muy formal.

—Muchas gracias por una... velada agradable.

—Me alegro de que no haya sido la difícil prueba que esperabas.

No pudo ver si él sonreía o no, pero le vino a la mente una omisión:

—Y... gracias por las flores.

—¿Te gustaron?

—Bueno... —titubeó Amanda—. En realidad pensé que te excediste.

Para entonces parecía definitivamente divertido.

—Oh, creo que me está permitido ese viejo gesto romántico... ¿o no?

Amanda no supo qué decir. De pronto el interior del coche le pareció demasiado oscuro, limitado y... muy íntimo para esa clase de conversación. Temblando, se le ocurrió que Malory podría tener en mente una clase de gesto romántico diferente... y que si la tomaba en sus brazos, ella no sabría cómo reaccionar.

La había invitado a cenar, pensó febril, y le había obsequiado... prestado, ese hermoso anillo. Con dificultad podría contenerse de darle una bofetada si trataba de besarla.

El silencio entre ellos parecía interminable. Amanda estaba tensa, en espera de que Malory se acercara. Pero no lo hizo y cuando habló, su voz era indiferente.

—Te llamaré dentro de unos días para la fiesta de la compañía. Y ahora, es mejor que te acompañe hasta tu apartamento.

Frente a la puerta, Amanda se dio cuenta de que le temblaba la mano mientras trataba de introducir la llave en la cerradura.

—Una vez más, gracias —su voz sonó más aguda de lo normal...

tensa. Y era ridículo estar tan nerviosa. Malory no hizo más que contemplar su lucha con la llave.

—Permíteme —le quitó la llave y abrió la puerta—. No entraré —prosiguió—, no puedo enfrentarme a otra arenga sobre la protección a los animales.

Amanda trató de sonreír.

—El actual novio de Maggie es cierta clase de "activista" y eso siempre la afecta. El anterior estaba relacionado con una causa por el estilo —añadió, tropezando con las palabras.

—Qué existencia tan complicada debe llevar esa joven —declaró perezoso y, colocando un dedo bajo la barbilla de Amanda, le alzó el rostro para que lo viera de frente—. Tranquilízate, querida; no tienes nada que temer. Estaremos en contacto —añadió como despedida.

El recibidor estaba a oscuras. Amanda se apoyó contra la puerta cerrada, y respiró con tanta rapidez como si acabara de tomar parte en alguna carrera. Era perfectamente correcto, pensó; después de todo, no había nada que temer. Todo lo había imaginado.

Y debía sentir un inmenso alivio.

Entonces, ¿por qué tenía la impresión de haber recibido un desengaño?

Capítulo 5

—Es el vestido más fantástico que he visto —declaró Jane.

—¿Crees que está bien? —Amanda se analizaba en el espejo—. ¿No te parece demasiado...?

—Nada de eso —la tranquilizó su amiga—. Es obvio que no llevas sostén, porque el vestido casi no tiene nada en la espalda, pero el escote al frente es muy discreto. Me fascinan todos esos pliegues en la falda.

—En realidad es una falda-pantalón —la corrigió Amanda, frunciendo un poco el entrecejo—. No es lo que yo pretendía comprar; es muy extravagante. Quería comprar algo que me sirviera más adelante, cuando... —se interrumpió apresurada, consciente de que había estado a punto de cometer una indiscreción, pero Jane estaba demasiado fascinada con el brillo dorado del nuevo vestido para darse cuenta.

—Disfruta un poco de la vida —comentó con frivolidad—. Después de todo, vas a casarte con un hombre muy rico.

—Eso supongo —Amanda se mordió el labio, titubeando—. Debería darte una explicación, pero no puedo...

—No tienes que hacerlo —declaró Jane con energía—. Cualquiera tiene derecho a cambiar de opinión y es mucho mejor hacerlo antes de casarse, que después —a su vez, hizo una pausa—. Y a decir verdad, nunca fui una gran fanática de Nigel.

Amanda la miró asombrada.

—Pero nunca me dijiste nada.

—¿Qué podía decir? —Jane se encogió de hombros—. Parecías tan impresionada con él que creí no me escucharías y, de cualquier forma, no era asunto mío —hizo una burlona mueca—. El novio de Maggie tampoco me inspira una gran admiración.

—Eso no me sorprende —declaró Amanda.

—Y creo que Malory y tú estuvieron muy bien la otra noche —prosiguió la amiga—. Ella estuvo muy agresiva y él fue cortés, pero firme —le dirigió a Amanda una mirada significativa—. No debe ser fácil conocer a ese hombre, ¿no es cierto?

—No —convino Amanda sin ningún matiz en la voz—. ¿Crees que necesito más rubor?

—Ni una pizca —Jane la revisó minuciosamente—. Estás muy bien. Que te diviertas mucho en la fiesta y que pases un fin de semana agradable. ¿Irás a casa de tu madre?

—Sí, después de la fiesta —Amanda tomó la capa plegada que

hacía juego con el vestido, colocándosela sobre los hombros. Ir a la cabaña era una decisión a la que se vio forzada. Había tenido toda una semana de llamadas telefónicas de su madre, llenas de reproches y cedió a su presión, aun cuando sabía que la señora Conroy aún no la perdonaba por haber roto su compromiso con Nigel y por la publicidad resultante.

—Apenas ayer llamó otro reportero —fue el comentario de despedida de la señora Conroy—. Me preguntó si tú y ese hombre todavía no fijaban la fecha y le respondí que no tenía la menor idea.

Amanda se había quedado contemplando el auricular con cierta extrañeza. Según parecía, los periódicos todavía no estaban dispuestos a renunciar a su historia y eso la deprimió.

Mientras iba en el coche con Malory hacia el gran hotel en donde se celebraría la cena, comentó sin preámbulos:

—La prensa ha estado acosando a mi madre, preguntando cuándo pensamos casarnos.

—También me llamaron a mí —al decirlo, no parecía alterado, observó malhumorada.

—¿Y qué les dijiste?

—Que por el momento no haríamos ningún anuncio —hizo una pausa—. Eso pareció cubrir una vasta gama de posibilidades.

—Así lo supongo —suspiró Amanda—. Esperaba que para estas fechas ya habrían decidido dejarnos en paz.

—Qué optimista —declaró con sequedad y la miró de reojo—. ¿En realidad estás tan desesperada por salir de todo esto?

—Por supuesto. Quiero encontrar otro trabajo... hacer una nueva vida —sabía que estaba a la defensiva—. ¿No es normal?

—Claro, pero mucho me temo que, por el momento, tendrás que tener paciencia —parecía aburrido—. De hecho, los dos tendremos que ser pacientes.

—Sí —convino Amanda con docilidad y volvió a guardar silencio.

"Esta noche está de un humor extraño", pensó al mirarlo de soslayo. Había admirado su vestido, pero sólo por cortesía, como si sus pensamientos estuvieran en otra parte. Quizás él también estaba cansado de todo ese ardid y anhelaba volver a la normalidad.

O tal vez, pensó después, sólo pensaba en lo que les aguardaba esa noche.

Le dolía la boca de tanto sonreír y sentía los dedos lastimados después de los apretones de mano a que se había visto sometida, al lado de Malory. Lo peor de todo era que todos parecían tan complacidos con los dos, deseándoles incontables parabienes.

"No tenía ningún derecho de hacerme pasar por todo esto", tronó Amanda en silencio.

Alzó la mirada y lo sorprendió contemplándola con ojos burlones, como si hubiese adivinado sus pensamientos. Y por supuesto, tenía toda la razón; después de todo, ella había causado todo ese lío. Lo había involucrado en la clase de publicidad que más aborrecía, así que lo menos que podía hacer era estar a su lado esa noche.

Podía consolarse con el pensamiento de que estaba muy atractiva. Lo notaba en los ojos de los hombres que le presentaban; envidiaban a Malory y a ella le agradaba saberlo. Recordó que cuando salía con Nigel, Amanda era la envidiada.

Durante la cena, se encontró sentada al lado de uno de los químicos que trabajaban para Malory, un hombre joven, de rostro agradable, cabello escaso y sonrisa fácil. Durante algún tiempo hablaron de generalidades, pero después ella le preguntó por su trabajo y vio que su rostro se iluminaba.

Entre otras cosas, le comentó que estaban trabajando en un medicamento llamado Cinopal, que esperaban mitigaría el dolor de quienes padecían artritis.

—Es algo que me interesa mucho —declaró—. Adoraba a mi abuela y durante sus últimos años estuvo casi inválida por la artritis. Supongo que en recuerdo a ella espero que el Cinopal dé buenos resultados. Me sorprende que Malory no le haya hablado de eso —y le hizo una mueca—. Pero me imagino que tienen otras cosas de que hablar.

Amanda le respondió algo vago y cambió de tema. Suponía que si su compromiso con Malory debía prolongarse durante algún tiempo, ella tendría que mostrar cierto interés, aun cuando sólo fuese superficial, en lo que sucedía en el laboratorio.

Cuando terminó la cena, bailó con todos los que se lo pidieron, respondiendo con modestia a las galanterías de que era objeto. Empezaba a desear haber llevado algo menos llamativo; se sentía como un ave del paraíso que de pronto había llegado a alborotar un gallinero.

Experimentó cierto alivio cuando Malory la reclamó.

—Felicidades —le murmuró al oído—. Parece que los tomaste a todos por asalto.

—Oh, no lo digas —dijo angustiada—. Me siento un fiasco.

—Pues no tienes por qué —le dijo—. Les has proporcionado una velada mucho más agradable que las que nunca antes habían tenido... un material interminable para especular.

—¿Y no te importa eso?

—No, porque se trata de mi gente. En ellos hay muy poca malicia.

—Tienes suerte —expresó con amargura—. En mi oficina ha sido un absoluto infierno —trató de sonreír—. Sólo cuando has cometido un error descubres lo que la gente piensa realmente de ti.

—Eso a veces puede resultar de lo más consolador —señaló Malory con sequedad.

Se dio cuenta que podría serlo… para él. Durante el curso de la velada se percató de lo mucho que estimaban y respetaban a Malory todos sus empleados. Pero por otra parte, pensó con amargura, él pagaba sus salarios. Y de inmediato se reprendió en silencio por ser tan malvada.

Notó que Malory era mucho mejor bailarín de lo que creía.

—Debes odiar esta clase de música —le dijo ella con tono desafiante.

—¿Qué te hace decir eso? —preguntó con la ceja arqueada.

—Bueno, es muy diferente de la de Donizetti.

—Hay lugar para las dos —le otorgó una larga mirada—. Uno de estos días te demostraré que no soy tan fanático como tú crees.

—Te creo —se apresuró a responder y experimentó una punzada de alivio al ver que la pieza estaba a punto de terminar. Pero con gran sorpresa de su parte, cuando el ritmo se hizo más lento y la música se volvió más sensual, Malory volvió a tomarla en sus brazos, deslizando su mano hasta su cintura para acercarla más a él.

—No protestes —le indicó casi en voz baja—. Después de todo, es lo que se espera de nosotros. Coloca tus brazos alrededor de mi cuello.

Rígida y con disgusto, hizo lo que le pedía. Le molestaba que se mostrara tan tranquilo e indiferente. Le dirigió una mirada furtiva a su reloj; de pronto, la velada empezaba a parecerle interminable.

Pero una vez que terminó el baile, todavía era necesario cumplir con otros deberes y despedirse de todos. Transcurrieron años antes de encontrarse con Malory en su automóvil, camino a la cabaña.

Suspiró en silencio y él la miró de reojo.

—¿Odiaste tanto todo eso?

—No, no fue así —descubrió con gran sorpresa de su parte—. Todos se mostraron tan amables y me recibieron tan bien —luego añadió con torpeza—: Supongo que los problemas sólo existieron en mi mente.

—Creo que eso se aplica a la mayoría de nosotros.

—También debió de ser difícil para ti —replicó, y pensó en

Clare, a quien quizá Malory había esperado presentar como su futura esposa en esa misma fiesta—. Con seguridad pensaste lo diferente que debió ser todo. Sigo olvidando que no soy la única parte afectada.

—Es inútil seguir pensando en lo que pudo ser —respondió con sequedad—. He aprendido a resignarme y te aconsejo que hagas lo mismo.

—Quizá será más fácil con un cambio de escenario.

—¿Planeas salir de viaje? —le preguntó con interés—. ¿Tienes en mente algún destino en particular?

—Todavía no. En realidad no puedo hacer ningún arreglo definitivo, no antes de que todo esto haya terminado.

—Pues bien, creo que ya no tendrás que soportarlo mucho tiempo.

—Espero que no —y titubeó—. Pensaba en irme al extranjero, si puedo encontrar la misma clase de trabajo.

—Quizá yo pueda ayudarte. Tengo varios contactos en las industrias farmacéuticas, si es que eso te atrae.

—Lo tendré en cuenta —por supuesto no lo haría, lo último que deseaba era sentirse obligada con Malory. Pero al menos no le ponía ningún obstáculo, insistiendo en que siguiera actuando como su prometida durante cierto tiempo. A decir verdad, parecía casi ansioso de deshacerse de ella; pero incluso eso era comprensible después de todos los problemas que Amanda le había causado. El hecho de haber representado bien su papel esa noche quizá lo había compensado un poco, o por lo menos eso esperaba.

Malory estacionó el auto frente a la cabaña y sacó la maleta del portaequipaje mientras Amanda buscaba la llave de la puerta.

—Gracias —tendió la mano para tomar la maleta, pero titubeó —. ¿Te gustaría tomar una copa antes de irte?

—Nada de alcohol —declaró—, pero sí te agradecería una taza de café.

Amanda se desconcertó; esperaba que se disculpara con toda cortesía y se retirara. Pero no podía retractarse de su ofrecimiento, así que en silencio lo guió hacia el interior de la casa.

Esperaba que su madre todavía estuviera en el piso inferior, pero la sala estaba a oscuras, excepto por los troncos que ardían en la chimenea.

Amanda dejó escapar un suspiro. En los viejos tiempos, la señora Conroy la habría esperado levantada para enterarse de todos los detalles de la velada... cómo vestían todos y qué habían comido, dicho y hecho. Haberse retirado a dormir era indicio de que seguía

descontenta.

Amanda encendió las lámparas y echó otro leño al fuego antes de ir a la cocina a preparar el café.

Malory estaba sentado en el sillón, muy relajado, cuando Amanda volvió.

—Muy amable de tu parte —agradeció él.

Ella se preguntó si podía detectar una nota de ironía en su voz, pero apartó la idea de su mente. Le entregó la taza y después se sentó en el sofá en un remolino de sedosos pliegues dorados, bostezando con ostentación mientras tomaba su taza.

—Jamás habrías podido ser actriz si te agotas después de una representación —comentó Malory.

—Es una suerte que no haya tenido esa ambición —replicó Amanda con brusquedad.

—Entonces, ¿qué esperabas de la vida? ¿O tus únicos horizontes eran un puesto de secretaria, seguido de un matrimonio estable?

—Por supuesto que no —lo hacía aparecer como algo tan terriblemente convencional, pensó irritada. Y de cualquier forma, ¿quién era él para hablarle así?—. Y no soy secretaria; soy asistente de personal —añadió a la defensiva.

—Ah —exclamó él con toda gravedad—. Por supuesto, eso es muy diferente.

—Pues bien, lo es para mí —Amanda asentó su taza con un movimiento decisivo—. Para ti está muy bien sentarte allí, actuando como todo un señor, pero no todos tuvimos la suerte de que nos entregaran una importante compañía en bandeja de plata.

—Tampoco yo la tuve. Puedes creerlo o no, Amanda, mas tuve que luchar con dientes y uñas por todo lo que quería. Fue una valiosa lección acerca de la vida.

—Y, claro, tratas de enseñármela. Estoy segura de que tus intenciones son buenas, pero en realidad no ando en busca de consejos paternales —quería parecer como si quisiera abrumarlo y se sintió desconcertada al escuchar el estallido de su risa. Dirigió una mirada nerviosa hacia el techo—. Oh, guarda silencio o despertarás a mi madre y se preguntará por qué estás todavía aquí.

—¿Y qué hará? —Malory seguía sonriendo—. ¿Bajar a toda prisa para proteger tu virtud de mis perversos fines?

—Lo dudo —respondió Amanda malhumorada—. Y de cualquier forma, tú no tienes ningún propósito perverso.

Hubo un extraño silencio y después él dijo muy amable:

—Amanda, no es posible que seas tan ingenua. Eres una joven muy bella y atractiva. Esta noche no hubo un solo hombre en el

salón que no se preguntara cómo sería hacerte el amor.

—Por favor —lo miró con nerviosismo—. No digas esa clase de cosas.

—Entonces, ¿preferirías que fingiera que ese pensamiento jamás ha cruzado por mi mente? —movió la cabeza—. Eso sería deshonesto.

—Toda esta situación es deshonesta —se sorprendió al escuchar una nota casi desesperada en su propia voz—. Tú no estás enamorado de mí... sabes que no lo estás... Y yo tampoco te quiero.

—¿Y qué diferencia hay en eso? —parecía divertido—. No estamos hablando de un compromiso para toda la vida, sino de un breve interludio de lo que antes acostumbraba llamarse coqueteo, según creo. Es algo permisible, incluso entre extraños.

Se puso de pie, dejando la taza de café en una mesita lateral, y antes de que Amanda pudiera oponerse, se sentó a su lado, tomándola en brazos para sentarla en sus piernas, con un solo movimiento suave y rápido que le impidió a ella cualquier acción para evitarlo.

—Suéltame —le pidió casi sin aliento.

—Cuando a mí me parezca —Malory alzó un dedo y apartó de su mejilla un mechón de cabello—. Una vez que me hayas dado las gracias con toda cortesía por esta velada tan agradable.

—No de esta manera —incluso cuando bailaron, no estuvieron tan íntimamente cerca como ahora, se dio cuenta Amanda y el corazón empezó a brincarle en el pecho. Podía sentir lo cálido de su aliento sobre la mejilla... sabía que sólo tendría que voltear la cabeza una fracción para que la boca de Malory cubriera la suya.

—No te asustes, querida —le aconsejó con frialdad—. Nunca he creído que el cuerpo de una mujer es un pago adecuado por una cena y una botella de vino.

—¿No? —jamás en su vida se había sentido tan torpe y tan insegura, sobre todo ahora que el pulgar de Malory seguía el contorno de su mandíbula, haciendo que todo su cuerpo se estremeciera—. Debes... debes ser muy extraño.

—¿Por qué? ¿Porque prefiero la compañía de una mujer... y la posibilidad de un futuro placer... a una satisfacción inmediata? —Malory movió la cabeza—. No soy tan excéntrico. Y tampoco creo en los enamoramientos instantáneos —añadió, seco.

Amanda tragó saliva. Era la última clase de conversación que había esperado tener... o que quería tener... con Malory. Oh, ¿por qué diablos no le había dicho simplemente "buenas noches" frente a la puerta?

—¿Ningún comentario? —le preguntó él al ver que el silencio continuaba.

Ella trató de recuperar sus fuerzas.

—En realidad eso no es asunto mío —declaró, tratando de parecer despreocupada—. Y se está haciendo muy tarde…

—Es verdad —respondió él—. Entonces no perderé más tiempo —sus dedos se cerraron sobre su barbilla, haciéndola volver el rostro hacia él. Sonreía al besarla.

Sus labios eran cálidos y gentiles, mas demandantes al besarla. No podía luchar… la tenía tan apretada dentro del círculo de sus brazos para poder hacerlo… pero protestó en silencio manteniendo los labios muy apretados.

A pesar de su presuntuosa seguridad, su observación acerca de un "futuro placer" la perturbaba y de ninguna manera quería alentarlo a pensar que alguna vez estaría siquiera remotamente dispuesta…

Sin embargo, no podía negar que la íntima proximidad de sus cuerpos, para no mencionar la persistente sensualidad de su beso, empezaba a ejercer un efecto inevitable sobre sus sentidos. El cuerpo le hormigueaba, cobraba vida sin importar toda la resistencia mental que Amanda pudiera oponer y se quedó sorprendida ante su reacción.

En la fiesta, cuando él le pidió que le pasara los brazos alrededor del cuello en la pista de baile, sus dedos habían rozado accidentalmente la nuca de Malory y el contacto con el cabello ondulado la había estremecido. Ahora experimentaba el deseo de volver a acariciarle el cabello, de alzar sus manos hasta la cabeza de él y abrazarlo; la fuerza de su reacción la alarmó.

La mano de Malory descendió por la curva desnuda del hombro, hasta llegar a la cintura. Extendió los dedos, acarició en sensuales círculos la dorada seda que cubría a Amanda.

Alzó la cabeza y la miró a los ojos.

—¿Fue algo tan terrible? —susurró con una ligera burla.

Ella no pudo responder; no se sentía amenazada. Incluso su forma de acariciarla era de lo más circunspecta y su mano permanecía a una distancia discreta, aunque mínima, de sus senos.

Al mismo tiempo, Amanda empezaba a darse cuenta de que esas suaves caricias tenían un erotismo en sí, porque estiraban con suavidad la tela de seda que cubría sus senos, provocando una dulce y sutil fricción contra los sensibles pezones.

Le resultaba cada vez más difícil respirar; sentía los miembros invadidos por una gran languidez y tenía un extraño zumbido en lo

oídos, como si escuchara el palpitar de su propio corazón. Podía sentir los pezones endureciéndose contra la delgada tela.

Quería decir: "No lo hagas", pero no le salían las palabras. Ni siquiera cuando sintió que la otra mano de Malory acariciaba con suavidad una pierna cubierta por la media desde el tobillo hasta la rodilla, haciendo a un lado la miríada de pliegues de la falda.

Cuando inclinó la cabeza hacia la de ella, Amanda cedió y entreabrió los labios con una anticipación y una humillante necesidad. Esta vez, cuando la besara, no habría ninguna barrera para la intimidad que él buscaba.

Pero en vez de ello, Amanda sintió el suave roce de sus labios sobre su frente antes de que la levantará de sus piernas y la depositara sobre los cojines que antes ocupaba.

—Creo que ya es hora de retirarme —dijo con amabilidad y se puso de pie, arreglándose la corbata y pasándose una mano por el cabello.

Amanda se dio cuenta de que estaba recostada allí, mirándolo boquiabierta, y se apresuró a sentarse bien.

—Tienes una forma encantadora de demostrar tu gratitud —añadió él, sardónico.

Antes de que ella pudiera decir o hacer algo, él tomó camino hacia la puerta y salió, cerrándola con cuidado. Un momento después, escuchó cerrarse la puerta del frente.

Permaneció sentada allí, mirando hacia el sitio por donde él había desaparecido y diciéndose que pronto despertaría y se daría cuenta de que los acontecimientos de la última media hora había sido un excitante sueño.

El reloj que había sobre la repisa de la chimenea atrajo su mirada y eso la petrificó. Si su madre despertaba ahora y descubría que Amanda aún estaba allí, bajaría y la joven no se encontraba con ánimos de enfrentarse a una inquisición. Al ponerse de pie notó que las piernas le temblaban.

Movió la protección de la chimenea y al volverse, vio su reflejo en el ornado espejo antiguo que colgaba de la pared, arriba del sofá. A pesar de sí misma, dejó escapar un ligero grito.

Había pensado que el último comentario de Malory se refería al hecho de que disfrutó besándola. Pero ahora comprendía lo que él había visto... el sonrojo de excitación que cubría sus mejillas, los ojos brillantes de deseo, los labios entreabiertos y enrojecidos y la más rotunda de todas las evidencias, los pezones erectos que se marcaban con toda claridad debajo del delgado vestido.

Entonces el comentario de él adquirió un nuevo y humillante

significado.

Amanda alzó las manos y las llevó a su ardiente rostro.

"¿Cómo pude hacerlo?", sollozó en su interior. "Oh, Dios, ¿cómo pude?"

Capítulo 6

A la mañana siguiente, Amanda se quedó en la cama hasta muy tarde y fingió dormir cuando su madre entró con una taza de té.

Aún no podía encontrar una explicación adecuada para su conducta. Ni siquiera deseaba... ¡qué horrible palabra!... a Malory. No era su tipo y además seguía enamorada de Nigel. Suspiró, sepultando el rostro en la almohada; también se despreciaba por eso. Después de todo, no se hacía ninguna ilusión con respecto a él, pues Malory mismo se había encargado de destruirlas todas.

Pero ni el hecho de saberlo, ni el paso del tiempo habían mitigado el dolor interno o esa punzada de emoción que hacía que el corazón le saltara cuando pensaba en él. Y lo recordaba más de lo que quería.

Todo eso no explicaba su comportamiento con Malory; tampoco lo que él había hecho. Lo que la hacía avergonzarse fue el descubrir que había deseado hacer el amor con él. Y la peor humillación era que el mismo Malory puso el alto. Lo que demostraba, además de muchas otras cosas, que él no se había excitado tanto como ella.

Amanda golpeó la almohada con el puño y decidió que lo mejor sería vestirse.

Encontró a su madre sentada en la cocina, escuchando la radio y limpiando la plata... una de las pocas tareas domésticas que no dejaba en manos de la mujer encargada de la limpieza.

—Vaya, querida, ya estás aquí —la voz de su madre parecía forzada y tensa—. ¿Fue una fiesta agradable?

—Mucho —"pero no me preguntes qué sucedió después", pensó frenética.

—¿Piensas salir hoy?

—No, no lo creo.

—Qué bien —expresó la señora Conroy y su rostro se iluminó—. Hace tanto tiempo que no vienes y no hemos tenido oportunidad de charlar... de sostener una verdadera conversación.

Amanda se dolió. Si en ese momento la hubiesen llamado de un convento trapense, habría acudido contenta.

—Tendremos lenguado Véronique para la comida —prosiguió la señora, animada ante la idea de una charla confidencial—. ¿Por qué no lo convertimos en una pequeña celebración y te arreglas un poco? —y dirigió una mirada desaprobadora a los pantalones de mezclilla y el suéter de Amanda—. ¿No crees que sería divertido?

—Quizá me cambie un poco más tarde —respondió Amanda—.

Tal vez vaya a pasar un rato al jardín.

—Oh, no, no el día de hoy; con seguridad lloverá —la señora Conroy le dirigió una mirada suplicante—. ¿Por qué no te pones ese encantador vestido verde que te compré, y usas tus pendientes de perlas? Ya estoy cansada de verte con esos viejos pantalones.

—Y yo de usar ropa elegante en Londres —suspiró Amanda y después preguntó desconsolada—: ¿No podríamos celebrar y estar cómodas al mismo tiempo?

—Amanda, querida... ¿no lo harás por complacerme?

Ella no aceptaba los modales infantiles de su madre, pero eso era preferible a los silencios de mártir de los últimos días, de manera que ahogó un suspiro y se puso de pie.

—De acuerdo —respondió resignada—. Iré a ponerme un vestido.

—¿Y un poco de maquillaje?

—Confórmale con el vestido —replicó Amanda, camino al recibidor.

Vio la puerta de la sala abierta de par en par y la asaltó un pensamiento. ¿No había un Diccionario Oxford en el pequeño librero cerca de la ventana?

Por supuesto allí estaba, pero no le brindó ningún consuelo. Algunos de los significados atribuidos a la palabra "coquetear" era "divertirse", y "flirtear provocando tentación".

"Una definición muy acertada", pensó Amanda rechinando los dientes antes de volver a depositar, furiosa, el libro en el anaquel. Fue en ese momento cuando escuchó que sonaba el teléfono. Se dirigió a la puerta, pero su madre ya se había adelantado y escuchaba con atención lo que la otra persona le decía.

—Sí... más o menos dentro de una hora —la oyó decir Amanda y después—. Por supuesto que no he dicho nada. Adiós, querido.

Estaba parada cerca de la ventana de la sala, contemplando el jardín, cuando la señora Conroy entró a guardar la plata recién pulida.

Su madre dio un pequeño grito.

—¡Santo cielo, muchacha! Creí que habías subido a cambiarte.

—Oh, no hay prisa —Amanda la observó luchando con la puerta del gabinete y después preguntó muy tranquila—. Mamá, ¿quién habló por teléfono?

—Oh —replicó, manipulando con torpeza la pieza de plata que tenía en las manos—. Era sólo un mensaje acerca de la junta del Consejo Parroquial.

—Pero no tendrá lugar sino hasta dentro de quince días, ¿no es

verdad?

—Están… tratando de adelantarla —la señora mentía muy mal y parecía alterada—. Y ahora, debo encargarme de la comida.

—Después de todo, creo que no tengo mucha hambre. Iré a dar un paseo.

—¡No! —fue un gemido de angustia—. No puedes salir; dijiste que no lo harías.

—De pronto sentí el deseo de respirar un poco de aire fresco —Amanda miró fijamente a su madre—. Creo que tú sabes por qué. Dime, ¿quién habló por teléfono? ¿Era Nigel, no es cierto?

—Sí —respondió la madre con tono lastimoso—, era él. Ayer habló por teléfono… se enteró de que vendrías este fin de semana y me suplicó que lo invitara… para darle una oportunidad de recuperarte. Parecía tan infeliz, Amanda, que no pude soportarlo. No importa cuál sea el problema… ni tu tonto comportamiento hacia su hermano, estoy segura de que todo se arreglará si le das a Nigel una oportunidad.

—Y no quieres aceptar que eso es imposible —Amanda soltó una risita desconsolada—. Siento arruinar tus planes, mamá, pero en estas circunstancias no puedo quedarme aquí.

La señora Conroy la siguió hasta el piso superior, lamentándose.

—Pero, ¿qué voy a decirle? ¿Qué puedo argumentar? Espera verte… encontrarte aquí.

—Puedes decirle lo que quieras —Amanda casi no había desempacado nada, era como si lo hubiera presentido. Cerró la maleta y les echó llave a las cerraduras—. Pero no te sorprendas si pierde los estribos.

—¿A dónde irás?

—Regresaré a Londres, supongo —se encogió de hombros—. Y de cualquier forma, ¿qué importa? —al ver que su madre lloraba le dio un rápido beso en la mejilla—. Adiós… estaremos en contacto.

Pero una vez que se encontró en la carretera, de pronto comprendió que sí importaba a dónde se dirigía. Si regresaba al apartamento, a Nigel le sería muy sencillo seguirla hasta allí. Desalentada, comprendió que él tendría a Maggie y a Fiona como sus aliadas.

Casi sin darse cuenta de lo que hacía, se dirigió a Aylesford Green. Ni siquiera sabía si Malory se encontraría allí, pero quizá lograría persuadir a la señora Priddy de que le brindara un refugio temporal mientras meditaba en lo que haría después.

Esta vez, cuando abrió las grandes puertas blancas y caminaba por la vereda, escuchó un ladrido de bienvenida y Harvey corrió a

recibirla, meneando alegre la cola. Un segundo después, lo siguió Malory.

Al verla, se detuvo y alzó las cejas en un gesto de extrañeza.

—¡Amanda! Es un placer inesperado.

—No, no lo es... no realmente —metió las manos en los bolsillos de su abrigo para ocultar su temblor—. No... no tenía a dónde ir, eso es todo.

Hubo un silencio y después, él respondió ecuánime:

—Me parece bien. Me alegro de que hayas venido aquí y no al estanque más cercano.

—Jamás me perdonarás esa locura, ¿verdad?

—Quizá algún día —replicó—. Debes comprenderlo, fue uno de los peores momentos de mi vida, verte inclinada sobre ese parapeto. No pude soportar el pensamiento de que un miembro de mi familia te había llevado a esos extremos —y al tomarla por el brazo, le pidió—: vamos adentro, comienza a llover.

—Mamá dijo que llovería —comentó tontamente y estalló en llanto. Era lo último que quería hacer, pensó desesperada. Había planeado mostrarse muy tranquila, muy indiferente cuando le pidiera asilo.

Se encontró en la sala, sentada al lado de la chimenea, con el pañuelo de Malory enjugándole contra el rostro.

—Le pediré a la señora Priddy que nos sirva un poco de té —dijo él, pero Amanda lo detuvo por la manga.

—No... te lo suplico. No quiero que ella... ni nadie... me vea actuando como una tonta. Estaré bien en un minuto.

El asintió y se sentó a esperar frente a ella. Harvey se acercó a depositar el ansioso hocico sobre sus piernas, gimoteando, y ella le acarició la cabeza, sonriendo a pesar de sí misma.

—Es tan dulce.

—Puedes decirle eso al cartero —respondió Malory lacónico—. Pero primero dime qué fue lo que sucedió.

Amanda concentró su atención en las orejas de Harvey.

—Me enteré de que mamá había invitado a Nigel a una comida especial... una gran reconciliación. No pude enfrentarme á eso, así que huí.

—No habría hecho gran cosa con tu madre cerca —dijo él con lentitud—. No había razón para tener miedo.

—No tenía miedo de él —declaró y al alzar la cabeza, lo miró de frente—. Tenía miedo de mí misma, de ceder... de seguir amándolo.

—¿Crees que eso todavía es una posibilidad?

—Sé que lo es —respondió en voz baja—. Y creo que Nigel lo

sabe. Por eso sigue insistiendo, ¿no lo crees?

—Puede ser eso, o bien ya se cansó de jugar al amante engañado y melancólico y ha decidido volver a tomar la iniciativa.

—Bueno —tragó saliva—, sea lo que sea, comprendí que me seguiría a dondequiera que yo fuera... excepto aquí. Por eso decidí imponerte mi presencia. Yo... te pido disculpas.

—No hay necesidad —declaró él—. Tienes razón, por supuesto. Esto es lo más parecido a un refugio que podrás encontrar.

—No será por mucho tiempo —lo tranquilizó—. Veré a mi jefe y le pediré que me traslade a Bruselas o a Viena.

—O a cualquier parte —dijo Malory con ironía—. ¿Y qué sucederá si Nigel decide que es una victoria que debe obtener y te sigue a donde vayas? ¿Qué harás entonces?

Lo miró, horrorizada.

—No podría... no lo haría... No al extranjero.

—¿No lo crees posible?

—Jamás me pasó por la mente eso —contestó Amanda y agachó la cabeza.

—Entonces considera ahora esa posibilidad —Malory se puso de pie—, y cuando regrese, te sugeriré algo —después de brindarle una breve sonrisa amistosa, salió de la habitación.

Amanda se quedó sentada contemplando las llamas en el hogar. Se sentía como si hubiese llegado al fin de un largo camino, para encontrarse con que no podía avanzar más. Jamás se le había ocurrido que Nigel decidiera perseguirla indefinidamente, pero al pensar en su conducía tan extraña y egocéntrica en el pasado, no le resultaba difícil creer que podría experimentar un perverso placer en seguirle los pasos, incluso en el extranjero. Amanda sabía que no podría soportar esa clase de asedio; sin embargo, el pensamiento de revivir cualquier tipo de relación con Nigel, le era muy desagradable.

Quizá podría evitarlo de alguna manera... solicitar asilo o cambiarse de nombre. Dejó escapar un pequeño grito; era Nigel quien obraba mal y no obstante ella debía convertirse en una fugitiva.

—¿Qué voy a hacer? —pensó y sólo se dio cuenta de que había hablado en voz alta cuando Malory le respondió desde la puerta:

—A decir verdad, hay un camino... es decir si de verdad quieres librarte de Nigel para siempre.

Amanda se sobresaltó.

—Si —respondió en voz ahogada—. Sí quiero.

—Entonces es muy sencillo —dijo él—. Solicitaré una licencia

especial y te casaras conmigo tan pronto como todo esté arreglado.

Hubo un profundo silencio. Amanda sintió que el color huía de su rostro. Miró con asombro a Malory.

—Eso es imposible —respondió al fin.

—Por el contrario —él cruzó la habitación y volvió a ocupar su asiento frente a ella—. Las licencias especiales se pueden obtener con relativa facilidad.

—No... no me refería a eso —y bien lo sabía, pensó al notar que el pulso se le aceleraba—, oh, no debí venir aquí; debo irme —cuando trató de pararse, él la detuvo con un gesto.

—Deja de huir, Amanda, y piensa. ¿Qué tienes en contra de esa idea?

—Bueno, debí pensar que era obvio —extendió las manos, con las palmas hacia arriba—. Un falso compromiso ya es bastante malo, pero el matrimonio ya es otra cosa. Quiero decir, tú no puedes pensar que yo... No has considerado todas las implicaciones.

El rostro de Malory era inexpresivo.

—Bien, por supuesto no tengo ninguna dificultad para considerar la implicación que te ha pasado por la mente —señaló con frialdad—. Deja de andarte con rodeos, Amanda. Lo que tratas de decir es que no quieres acostarte conmigo.

Amanda tenía la mirada fija en sus propias manos, las cuales retorcía sobre sus rodillas, rogando porque no hiciera ningún comentario hiriente acerca de su reacción de la noche anterior.

—Pues bien... sí —convino con voz ahogada.

—Corrígeme sí me equivoco —pidió casi fastidiado—, pero no recuerdo haberte pedido jamás que te acostaras conmigo. A decir verdad —añadió frunciendo los labios—, la única vez que pasamos la noche juntos fue por invitación tuya —se encogió de hombros—, ¿así que cuál es el problema?

Amanda se sonrojó de pies a cabeza. No tenía que parecer tan... tan cruelmente indiferente, pensó enfurecida. A pesar de toda su mortificación, trató de volver a ser dueña de la situación.

—Pero tú debes desear una... una vida normal —protestó, buscando desesperada algo que decir—. Hijos, por ejemplo.

—Tal vez no me siento muy inclinado a la paternidad —refutó Malory—. Y tampoco me paso la vida consumido por una incontrolable lascivia. No tienes de qué preocuparte, Amanda. Jamás he forzado a una mujer —se inclinó hacia adelante, obligándola a mirarlo a los ojos—. Te doy mi palabra de que jamás daré un paso hacia ti sin tu expresa invitación.

—Entonces llevarás una vida de célibe —declaró temblorosa.

—No necesariamente —dijo con toda calma.

—¿Quieres decir que encontrarás a alguien más?

—Eso no es asunto tuyo, Amanda —ella volvió a sonrojarse.

Malory guardó silencio durante un momento y después dijo:

—Pero no puedes casarte conmigo por un acto de filantropía —protestó— Sólo para salvarme de Nigel.

—De ninguna manera —declaró—. Tengo la imperiosa necesidad de encontrar una anfitriona... alguien que me apoye en mis compromisos de negocios, sobre todo. Por desgracia no tengo ninguna mujer conveniente a la que pueda recurrir.

—¿Eso es todo? —preguntó con voz hueca, tragando saliva.

Malory se quedó pensando durante un momento.

—Bueno, si pudieras educar a Harv, te estaría muy agradecido. No siempre se porta bien con la señora Priddy, aun cuando ella hace todo lo que puede por él.

—¿Quieres que renuncie a mi trabajo? —Amanda trataba de pensar.

—Lo preferiría —declaró—, pero no es una condición.

—Es la proposición más extraña que jamás he oído —declaró.

La boca firme se relajó, dejando ver una leve sonrisa.

—Tal vez —hizo una pausa—. Recuerda, Amanda: una vez que seas mi esposa, estarás a salvo de las maniobras de Nigel.

—Sí... al menos, no lo sé —se llevó las manos al rostro—. Pero también podríamos hacernos muy infelices el uno al otro,

—Es posible. Pero si este falso matrimonio nos pesa demasiado, siempre podremos hacer otros arreglos. Después de todo, un divorcio jamás podrá ser más fácil.

—Es verdad —reconoció en voz baja—. Pero ésta no puede ser la clase de relación que tú soñabas... que querías para ti.

—No, mas cuando lo que uno quiere está fuera del alcance, entonces lo más sensato es aceptar lo que se puede obtener.

¿Cómo podía parecer tan indiferente?, se preguntó. Después de todo, estaba cambiando por completo la vida de los dos.

Dio un salto, nerviosa, al abrirse la puerta de la sala; la señora Priddy apareció con la bandeja del le.

—Qué bueno volver a verla, señorita Conroy —comentó dando a sus palabras un ligero tono de reproche—. George y yo nos preguntábamos cuándo nos haría otra visita.

—Esta vez ha venido para quedarse, señora Priddy —le informó Malory antes de que ella pudiera abrir la boca, y le otorgó una rápida sonrisa—. Hemos decidido evitar cualquier publicidad y casarnos sin el menor ruido la próxima semana. La señorita Conroy

vivirá aquí mientras tanto —se volvió hacia Amanda—. Querida, cuando hayas terminado tu té, puedes subir con la señora Priddy para elegir la habitación que más te agrade.

El rostro del ama de llaves había adquirido un aspecto reservado, pero se relajó al escuchar las últimas palabras. Era obvio que la mujer compartía el punto de vista de la señora Conroy acerca de las relaciones premaritales, se dio cuenta Amanda, sin saber si molestarse o reír. Se preguntó qué expresión adoptaría la señora Priddy cuando se diera cuenta de que su patrón y su esposa seguirían usando dormitorios separados después de casados.

—Muy bien, doctor Templeton. Si la señorita Conroy me da sus llaves, le diré a George que baje el equipaje de su coche.

—En realidad sólo es una pequeña maleta —murmuró Amanda y el ama de llaves le dirigió una mirada de indulgencia.

—Bien, así disfrutará eligiendo un nuevo guardarropa, ¿no es verdad, señorita? —les dirigió a los dos un gesto maternal—. Iré a darle a George la buena noticia.

Una vez que salió, Amanda se dirigió enfurecida a Malory:

—¡Vaya manera de tomar las cosas en tus manos.

—Debí hacerlo —le sirvió una taza de té—. Parecías una niña pequeña sufriendo un severo caso de indecisión y eso no está bien. Estás aquí y a salvo, es todo lo que importa.

—Eso supongo —aceptó ella con voz dócil, pero no estaba convencida.

Y se sintió aún menos convencida después del recorrido por la casa, guiada con entusiasmo por la señora Priddy. Nigel la habría apoyado y consolado, pensó, pero Malory jugaba muy diferente y eso la deprimió.

No sólo había encontrado un refugio, sino un lujoso nido. Y no tenía la menor intención de quedarse sentada y dejar que Malory la mantuviera, decidió. Tenía la mejor parte del trato y no estaba dispuesta a depender de Malory en el aspecto económico.

—Y aquí —anunció sonriente la señora Priddy, al abrir de par en par otra puerta—, está el dormitorio del señor.

Amanda se atragantó, al contemplar la amplia cama de cuatro postes que ocupaba el sitio de honor.

—Es... encantadora.

—Tiene un vestuario... y un baño —le enseñó la señora Priddy y después bajó la voz—. Pero es un poco austera para mi gusto, señora. El decorado necesita un toque femenino.

Por el rabillo del ojo, Amanda vio que Malory se había unido a

ellas.

—Yo... yo no cambiaría nada —declaró enfadada, consciente de que había vuelto a sonrojarse por el comentario de la señora Priddy.

—Puedes cambiarlo todo excepto la cama, querida —enojada, se dio cuenta de que Malory la tenía abrazada por los hombros—. Fue hecha en la aldea por el carpintero local... el último trabajo que aceptó antes de jubilarse. El mismo diseñó todos los tallados —prosiguió con una perversa mueca—. Según entiendo, la mayoría son símbolos de fertilidad.

—¡Por supuesto que no! —declaró con severidad la señora Priddy—. Así que por favor deje de embromar a la señorita, señor Malory.

—Ni una palabra más —prometió el doctor y le sonrió a Amanda—. ¿Ya has elegido tu habitación, amor mío?

—Sí —contestó a toda prisa y miró al ama de llaves—. ¿Es la habitación oeste, señora Priddy?

—Muy adecuada —comentó Malory con tal suavidad que ella supuso que él había adivinado que la eligió por ser la más alejada de su habitación.

Pero no era la única razón, pensó con rebeldía. Se había enamorado del papel tapiz de pequeñas flores verdes que cubría las paredes y que hacía juego con la tela de los muebles, claros y elegantes. Era una habitación encantadora y tenía que serlo, ¡considerando todo el tiempo que pasaría en ella!

Se dio cuenta de que la señora Priddy había desaparecido con mucho tacto y se sacudió para desprenderse de su abrazo.

—Por favor, no hagas eso.

—Permíteme un momento —ya no bromeaba, ni parecía nada divertido— Voy a aclararte una cosa. Cualesquiera que sean nuestras diferencias privadas, en público la función debe continuar.

—Lo siento —se mordió un labio—. Supongo que mi reacción es exagerada, pero las circunstancias no son muy... ordinarias.

—Aprenderás a adaptarte a ellas, estoy seguro. Te sugiero que tan pronto como nos casemos, hagamos lo convencional y nos vayamos de luna de miel —su tono era seco—. De cualquier forma tenía planeado tomar unas vacaciones. ¿Tienes alguna preferencia en cuanto a nuestro punto de destino?

—Dejaré en tus manos la elección —se humedeció los resecos labios.

—Por supuesto, deberemos encargarnos de tu pasaporte —asintió él.

—Está en el apartamento —había una sensación de absoluta

irrealidad en toda la conversación, pensó Amanda. No podía soportar la discusión de los preparativos del viaje para su luna de miel con Malory Templeton, ese extraño con quien se iba a casar.

El debió percibir su confusión interna, porque añadió con amabilidad:

—Deja que yo me encargue de todos los detalles. ¿Por qué no desempacas y descansas un poco antes de la cena?

—Gracias —murmuró, mirándolo avergonzada—. Te has tomado demasiadas molestias para conseguir una anfitriona.

—Ah, pero eso no es todo lo que espero encontrar —replicó él.

De pronto se sintió tensa. ¿Era una advertencia de que tenía la intención de romper las reglas de su convento?, se preguntó.

—¿Hay algo más? —preguntó ella con voz ronca.

El colocó un dedo debajo de su barbilla, acercando el rostro de Amanda hacia el suyo y dijo en voz baja:

—Tal y como te lo dije anoche, querida… tu agradable compañía… y la promesa de un futuro placer.

La dejó ir y bajó por las escaleras. Amanda lo miró partir; después se dirigió a su habitación, cerró la puerta y se acostó.

Había venido aquí en busca de un refugio, pensó. Y Malory le había dicho que estaba a salvo. Entonces, ¿por qué se sentía tan insegura?

Capítulo 7

Amanda caminaba a la orilla del mar, y la espuma de las olas acariciaban sus tobillos.

Era su momento favorito del día, pensó, esos minutos antes de la puesta del sol y de la caída de la noche, tan rápida y casi mágica.

Las parpadeantes luces empezaban a aparecer entre la exuberante vegetación de los irregulares jardines del hotel. Cuando llegaron allí, tres semanas antes, estaba agotada tanto por el vuelo cómo por las presiones emocionales de los días anteriores, y pensó, deslumbrada, que había caído en el paraíso.

El complejo hotelero había construido las lujosas casitas en medio de sus jardines, creando así un ambiente de intimidad y aislamiento.

En circunstancias ordinarias, Amanda no habría podido imaginar un lugar más lleno de magia para una luna de miel. Pero las condiciones distaban mucho de ser comunes y la magia se limitaba al ambiente.

Amanda sonrió irónica. El hecho de que Malory hubiese elegido un lugar tan romántico para iniciar su fingido matrimonio, despertó al principio sus peores sospechas. Y se confirmaron al ver la inmensa cama matrimonial que dominaba la habitación. Se quedó mirándola con vaguedad, mientras Malory les daba las gracias a los camareros y les entregaba su propina.

Cuando se quedaron solos, él comentó con sequedad:

—No te asustes, querida. Hay otro dormitorio al extremo del pasillo —y sin más demora se llevó su equipaje.

Tenía que reconocer que fue el único momento difícil y ello se debía en gran parte a la prosaica actitud de Malory ante la situación.

Una vez que logró aceptar el hecho de que él hablaba en serio, que no tendría que luchar con su esposo cada noche, Amanda empezó a relajarse y a disfrutar.

Se lanzó a una serie de paseos y excursiones, mientras él la animaba divertido, pero no la acompañaba. Le comentó, en un tono amable, que no era su primera visita a Bali.

Se sintió un poco desconcertada, sin saber por qué. De pronto, ella le preguntó:

—¿Viniste aquí tú solo?

—No —en su voz había un matiz que no la animó a hacer más preguntas, pero supuso que su acompañante era una mujer. Y eso ya

no le pareció tan extraordinario como le habría parecido al principio.

A pesar de que Malory nunca se había referido a eso, Amanda todavía se sentía avergonzada al recordar su humillante reacción a sus besos. Se le ocurrió, con una creciente molestia, que quizá Malory era un amante más hábil y experto de lo que ella había creído.

Pero lo único cierto era que él no tenía ningún deseo aparente de hacerle el amor. A decir verdad, su actitud era la de un tolerante hermano mayor hacia una hermanita mimada. Por ejemplo, la animó para que gastara una pequeña fortuna en la exquisita plata y la madera tallada por las que era famosa Bali, incluyendo algunos obsequios para los Priddy y para la señora Conroy.

Amanda titubeó con el último obsequio, pues aún estaba fresco en su mente el recuerdo de la histérica reacción de su madre al enterarse de la noticia de su matrimonio. La señora Conroy, en un principio, se había negado a asistir a la ceremonia, y después cambió sospechosamente su actitud, y la llamó para saber todos los detalles acerca de dónde y cuándo se celebraría.

"Para informarle a Nigel", sin duda, pensó Amanda cansada y colgó el auricular después de un tranquilo:

—Buenas noches, mamá.

Sólo esperaba que ahora que era la esposa de Malory, su madre renunciara a ocasionar una reconciliación entre ella y Nigel, y que éste al fin aceptara su derrota. Por muy determinada que estuviera a ocupar sus días, estaban las noches, cuando permanecía acostada con la mente invadida de una extraña inquietud.

Amanda contempló el cielo; el horizonte era un mosaico de tonos púrpura y carmesí, matizado de oro. Los mismos colores del exquisito sarong que llevaba sobre el bikini.

Era lo más exótico que jamás había poseído y jamás soñó en comprar algo así, pero Malory insistió en ello. El mismo lo seleccionó y era lo más parecido a un gesto romántico durante toda su estancia.

Por lo cual debería estar agradecida, pensó resuelta. Porque a pesar de su dominio sobre sí mismo y de su propósito de dejarla sola hasta donde fuera posible, cuando Amanda estaba a su lado era consciente de las punzadas de anhelo que encerraban un peligro propio. Era el ambiente de ese lugar que empezaba a afectarla, pensó. Los días llenos de sol y las noches sofocantes, iluminadas por la luna, ejercían su efecto en ella y quizá valía más que al día siguiente volaran de regreso.

Sintió un leve estremecimiento y al mirar hacía atrás, en dirección a los jardines que bordeaban la playa, vio a Malory parado, bajo un árbol, observándola.

Alzó la mano con un gesto incierto, saludándolo, y él empezó a caminar hacia ella sobre la pálida arena. Nunca antes la había buscado a esa hora tan especial; por lo común, cuando regresaba a la cabaña a cambiarse para la cena, lo encontraba sentado en la terraza, leyendo o tomando una copa. Era la primera vez que salía a buscarla.

—¿Sucede algo malo? —preguntó Amanda.

—No, nada —Malory le sonrió—. Parece que un grupo de danza representará el Ramayana, después de la cena, y me preguntaba si te gustaría verlo. De no ser así, podemos cenar en otra parte.

—Oh, no, me encantaría —a Amanda le habían fascinado el colorido y el aspecto artístico de los mitos y leyendas balineses representados en sus danzas—. ¿Volverán a actuar esos maravillosos jóvenes? —hizo una pausa—. Pero por supuesto, tú ya has visto eso. No tenemos que...

—No me había dado cuenta de que he sido un aguafiestas —Malory la interrumpió con brusquedad.

—No lo has sido —protestó Amanda—. Pero no quisiste visitar los templos, ni las aldeas de artesanías...

—Porque no quería imponerte mi constante compañía todo el día —replicó él sin rencor.

—Oh, santo cielo—tartamudeó Amanda—. Yo... espero que no te hayas aburrido demasiado.

—Por supuesto que no —respondió—. Ha sido un año muy difícil y he aprovechado la oportunidad de descansar —su voz era indiferente.

—Para eso son las vacaciones —declaró tratando de que su encogimiento de hombros estuviera a la altura del tono de Malory. El movimiento hizo que el sarong se deslizara un poco y se apresuró a detenerlo.

—Vine aquí para contemplar mi última puesta de sol —balbuceó Amanda y señaló hacia el punto en donde el cielo empezaba a adquirir un profundo tono índigo—. ¿No es lo más maravilloso que has visto?

—Sí.

Había una nota extraña en su voz serena y lo miró para descubrir, sorprendida, que él no miraba la puesta del sol, sino a ella. Y tampoco sonreía. En su rostro había una especie de contemplativa inmovilidad que hizo que el corazón de la joven

empezara a latir desordenado. Incluso, ya más noche en la cabaña, pensó que nunca habían estado tan... solos como ahora.

Retrocedió, y su voz tembló al decir:

—Lo mejor será que vaya a cambiarme para la cena.

—Quizá —convino inexpresivo—. Te veré después.

Tuvo que vencer el impulso de huir de él. Mientras se calzaba las sandalias en los pies llenos de arena, se dijo que actuaba de una forma ridícula. Malory tenía todo el derecho de contemplarla si así lo quería; después de todo, había pagado por todo lo que Amanda llevaba encima. Y su bikini, aunque breve, era bastante decente. Pero nada de eso explicaba el porqué se sentía tan vulnerable... y desnuda.

Esa noche, por primera vez, corrió el cerrojo de la puerta del baño antes de meterse bajo la ducha.

Había llevado el vestido dorado y tenía la intención de lucirlo esa noche, pero después de un momento de indecisión, volvió a colgarlo en el armario. Tenía demasiadas connotaciones, se dijo, burlona, mientras subía la cremallera de un hermoso vestido verde jade de escote pronunciado y falda envolvente.

El Ramayana resultó tan espectacular como esperaba; su tema era el conflicto entre el bien y el mal, tal y como lo describían muchos bailes balineses. A Amanda le intrigó ver que el papel de los dos príncipes hermanos, enviados al exilio a causa de una intriga, era representado por mujeres: Rama con una corona dorada, y Laksmana con una negra. Se dejó llevar por la historia del rapto, los demonios y el encantamiento que siguieron, mientras Sita, la esposa de Rama, era secuestrada por el malvado tirano Rawana, con su horrenda máscara.

También le fascinaron los animales, figuras importantes del espectáculo... el ciervo dorado que sedujo a Rama para alejarlo de su esposa y la heroica ave Jatayu, quien trató de rescatarla de su secuestrador, para no mencionar a los monos, cuyas cabriolas contribuyeron con un toque de bufonería.

Cuando Hanumen, el dios mono, condujo por fin a Sita para reunirse con su esposo, Amanda aplaudió hasta que le dolieron las manos.

—Nunca lo olvidaré... jamás —le comentó extasiada a Malory—. Oh, es el lugar más maravilloso del mundo. Si sólo... —se interrumpió en seco.

—¿Si? —la instó Malory con afabilidad, pero con una expresión hermética en su rostro.

—Nada —contestó sin aliento.

—Déjame adivinar —continuó con aspereza—. Si sólo pudieras estar aquí con el hombre que amas. ¿No es cierto?

—Supongo que sí —Amanda enrojeció, alzando la barbilla en un gesto de desafío—. ¿Qué otra cosa esperabas?

Hubo un breve silencio opresor y después él se encogió de hombros.

—Nada —su sonrisa no llegó a sus ojos al tenderle la mano con un ademán formal—. ¿Quieres que vayamos a saborear las delicias del Ristafel?

—¿Qué es eso? —Amanda trató de recobrar la relación cordial de las últimas semanas, puesta en peligro por su comentario falto de tacto.

—Una mesa holandesa con arroz —le explicó él—. Un ambigú indonesio con más platillos de los que puedas imaginar —torció la boca en un gesto sardónico—. Otro recuerdo más que guardarás.

Lo siguió, sintiéndose miserable. De pronto todo se había amargado y ella no comprendía por qué. Esas últimas palabras le dieron la impresión de que todo el tiempo había añorado a Nigel y eso no era cierto. Quizá los corazones no se rompían tan fácilmente como ella creía, o tal vez estaba decepcionada debido a la conducta egocéntrica de Malory.

La gente ya empezaba a reunirse alrededor de las largas mesas, y se escuchaban exclamaciones de satisfacción por la comida. Se dio cuenta de que en el hotel se alojaban muy pocas familias. La mayoría de los huéspedes eran parejas y estaba segura de que ella y Malory no eran los únicos que estaban allí de luna de miel. Notó que cada vez era más consciente de las manos entrelazadas, del intercambio de sonrisas y las miradas anhelantes que hablaban de un amor consumado.

La comida parecía deliciosa... Amanda vio su platillo favorito, el nasi goreng y pato asado en hoja de plátano... pero ya no tenía hambre.

Tiró de la manga de Malory.

—Creo... creo que regresaré a mi habitación —vio que él empezaba a fruncir el entrecejo y agregó apresurada—. Mañana nos espera un largo vuelo y estoy muy cansada.

—Como quieras —respondió después de una pausa—. ¿Quieres que te acompañe?

—Oh —trató de sonreír—, ¿crees que podría raptarme Rawana, el rey demonio? No, estaré bien; que disfrutes tu cena.

Se escabulló entre la multitud. Se dedicaría a hacer su equipaje y así ahorraría tiempo para la mañana.

Pero cuando estuvo sola, descubrió que no tenía prisa por regresar a la cabaña. Una tajada de luna había aparecido por encima de los árboles y Amanda se detuvo en uno de los puentes, contemplando su reflejo en el estanque allá abajo.

En alguna parte había leído que si alguien atrapaba a la luna en el agua, se le concedía un deseo y pensó cuál pediría si eso fuera cierto.

Pero sabía lo que quería. Deseaba borrar las semanas pasadas y que Nigel la estuviese esperando en Calthorpe, cariñoso y fiel.

El reflejo de la luna bailó cuando un pez salió a la superficie del estanque y Amanda se alegró porque... sólo por un momento... había visto otra imagen reflejada en el agua.

Y eso no tenía sentido, porque Malory era la última persona en el mundo que quería... ¿o no?

¿No lo era?, le preguntó a la irónica luna y después, se dio media vuelta, agradecida al ver que estaba sola. Porque si Malory hubiese estado a su lado, en esa isla creada para los amantes, sabía que se habría sentido tentada a arrojarse en sus brazos.

Y por supuesto eso era imposible, incluso en el pensamiento.

¿Podía haber un mes más húmedo y sombrío que enero?, se preguntó Amanda mientras cruzaba el empapado campo, siguiendo a Harvey. ¿Y podía haber un día peor que el domingo para pasarlo sola?

Aun cuando no estaba completamente sola, se corrigió. Los Priddy estaban allí y también Harvey, dedicado en ese momento a investigar una zanja con el entusiasmo de un perro que acaba de descubrir algo muy ruidoso y desagradable.

Lo llamó a su lado y llegó con un aspecto tan virtuoso que Amanda se olvidó de regañarlo y empezó a reír.

—Eres un fiasco —le dijo, acariciándole la cabeza—. Tan pronto como regrese tu amo de viaje, sabes muy bien que te olvidarás de mí.

Había pasado una gran parte de las últimas seis semanas esperando que Malory regresara de uno de sus incontables viajes. Se había dicho que eso era de suponerse, pero un día escuchó a la señora Priddy comentarle a George que jamás había visto que el doctor Templeton pasara tanto tiempo lejos de casa.

Amanda se alejó antes de que la buena mujer comenzara a especular sobre la causa. Por supuesto nunca lo mencionaba, pero Amanda sabía que el ama de llaves aún seguía extrañada por el asunto de los dormitorios separados.

Suspiró mientras abría la puerta que conducía a la vereda. La vida no había sido fácil desde que regresaron de su luna de miel. Renunció al trabajo, o quizá sería más exacto decir que la renunciaron, porque al presentarse de nuevo en su oficina se enteró de que estaban entrenando a su sucesora. Jeffrey se mostró franco y brutalmente antifeminista acerca de sus motivos.

—Quiero a una joven que pueda tener la mente en el trabajo, no a una recién casada radiante planeando una cena para dos —le comentó—. Pero hay un puesto en personal y puedes ocuparlo hasta que te embaraces.

Le dio las gracias tranquilamente y le entregó su renuncia. En el pasado se había dado cuenta de que Jeffrey nunca tenía a mujeres casadas en su departamento, pero nunca se le ocurrió que sus prejuicios se aplicarían en el caso de ella. "Uno de estos días", pensó, "acabará en un tribunal laboral".

Y ahora debía adaptarse al ritmo de vida más lento de Aylesford Green. De inmediato descubrió que Malory no mentía cuando dijo que necesitaba una anfitriona. Durante la época de Navidad se celebraron varios cocteles y cenas, y creía haber salido adelante con aplomo, él no objetó nada. "Pues bien, por lo menos puedo representar ese papel", pensó. Y según parecía, era todo lo que quería de ella. Cerró la reja y dejó que Harvey corriera delante de ella en dirección a la casa.

Se estremeció al suponer que quizá Malory trataba de evitarla de forma deliberada. Más de una vez se preguntó si Malory creía que su apresurado matrimonio había sido un fatal error y si sus frecuentes ausencias eran un indicio de que pensaba ponerle fin tan pronto como fuese posible. Pero, ¿cuál era el lapso de tiempo adecuado para terminar un matrimonio que en realidad nunca había empezado?, se preguntaba Amanda.

Con gran sorpresa de su parte, advirtió que la casa parecía sin vida cuando Malory no estaba. No era que buscara particularmente su compañía cuando estaba en casa, meditó con ironía. Y cuando estaban juntos, él era cortés, pero reservado.

También se asombró al notar que cuando lo esperaba, se sentía nerviosa y miraba por las ventanas en espera de oír el motor de su coche. También se aseguraba de que la señora Priddy preparara para cenar algo que a él le agradaba y ella misma tenía más cuidado con su ropa y su maquillaje. No porque él pareciera darse cuenta de nada, pensó. La última vez que se fijó en ella... que de verdad la vio... fue aquella noche en la playa en Bali. Quizá debería encender la calefacción y recibirlo con bikini y sarong, meditó Amanda, al

meter las manos en los bolsillos de su abrigo.

O tal vez debía recordarse por qué se habían casado y no intentar atraer su atención. Después de todo, ¿qué importaba si se daba cuenta de su presencia, o lo que pensaba de ella? Amanda necesitaba un refugio para defenderse de Nigel, y Malory una anfitriona, de manera que los dos debían sentirse satisfechos.

"Pero yo no estoy contenta", reflexionó, adusta; "y tampoco duermo bien. Podría almacenar algunas papas en las bolsas debajo de los ojos. Y siempre es peor cuando él está lejos, porque no puedo dejar de recordar lo que dijo acerca de no permanecer célibe y... empiezo a imaginarme cosas".

Dio vuelta en el último recodo antes de llegar a la casa y se detuvo en seco. Harvey estaba sentado al borde, gimiendo de dolor con una pata al aire.

—¡Oh, Harv! —y se postró a su lado—. ¿Qué te ha sucedido? —tomó la pata y trató de examinarla. En apariencia, no había ninguna herida, pero no sabía qué debía hacer y Harvey, al percibir su inseguridad, empezó a aullar y después gruñó un poco.

—No puedo llevarte en brazos... pesas demasiado —le dijo al ponerse de pie. Caminó y el can empezó a seguirla, cojeando, y así llegaron a la entrada.

Y allí, afuera de la casa, estaba el auto de Malory. Amanda se detuvo y sintió que el corazón le latía desbocado.

"Es la sorpresa", se dijo a la defensiva. Después de todo, no lo esperaba sino hasta el día siguiente.

En ese momento Malory apareció en el vano de la puerta. Todavía vestía su traje formal y pareció cansado. Amanda corrió hacia él.

—Malory —exclamó sin aliento—, ¡me alegro de que hayas regresado!

—Me siento muy halagado —alzando las cejas, dejó ver la sombra de una sonrisa—. ¿Cuál es el motivo de todo esto?

—Es Harvey —declaró ella—. Algo le sucede en una pata. ¿Quieres verlo o llamo al veterinario?

—Yo lo veré —al decirlo, se desvaneció su sonrisa. Malory persuadió al perro, sin ninguna dificultad, a que se echara. Amanda se acercó, arrodillándose sobre la grava húmeda.

Observó los largos dedos hábiles palpando con suavidad en una forma que ella no se habría atrevido a emular. Malory le hablaba a Harvey con voz suave.

"Necesitaba afeitarse", pensó Amanda con la mirada fija, de manera casi obsesiva, en su rostro. Deseó pasar los dedos sobre la

ligera aspereza de su mandíbula y hacer desaparecer las líneas de tensión alrededor de su boca. Había pasado mucho tiempo desde la última vez en que la había besado, pero podía recordar sus labios apoderándose de los de ella y el varonil aroma de su piel. Podía percibirlo ahora, ¿o sólo era su mente jugándole un truco?

—Aquí está —exclamó triunfante y le enseñó la larga espina que acababa de extraer de la pata de Harvey.

—Yo no pude ver nada —y se alegró de que el hecho de estar inclinada le diera una excusa a su tez enrojecida.

—A menudo se clava cosas como ésa —dijo él—. Y es un terrible hipocondríaco; apuesto a que cojeará durante una semana —se puso de pie con un movimiento ágil y añadió—: También parece que se ha estado revolcando en el lodo. Quizá puedas convencer a George de que le dé un baño mientras yo voy a quitarme este maldito traje —y otorgándole una breve sonrisa superficial, entró en la casa.

Amanda lo vio irse y después llevó a Harvey hacia la puerta de atrás, en donde George se hizo cargo de él de muy buen grado.

Se quitó las botas y las dejó al lado de la alacena, en el pasillo de atrás. Empezó a caminar con lentitud, sintiendo que cada latido de su pulso hacía eco en todo su ser. Sólo podía pensar en el cansado rostro de Malory y en la forma como su sonrisa se desvaneció al darse cuenta de que la bienvenida de ella tenía otra causa.

Sus pies, cubiertos por las medias, no hicieron ruido en las escaleras ni a lo largo del pasillo alfombrado.

La puerta del dormitorio de su esposo estaba abierta, pero la habitación parecía desierta. Durante un momento se quedó parada, experimentando una gran decepción, pero entonces él salió del baño, secándose las manos con una toalla. Se había quitado la chaqueta y la corbata, y tenía el cabello alborotado. Se detuvo al verla, sorprendido.

—¿Más problemas? —le preguntó Malory con cierta resignación —. ¿No pueden esperar un poco?

Amanda negó con la cabeza. Suponía que debía decir algo, pero las palabras no salían de su boca.

Se dirigió hacía él, parándose sobre las puntas de los pies para deslizar los brazos alrededor de su cuello, inclinándole la cabeza para besar su boca que no sonreía.

El quedó tan inmóvil, que parecía tallado en roca, y durante un terrible momento ella pensó que iba a rechazarla. Entonces sus brazos la rodearon con firmeza, ciñéndola con tal fuerza que Amanda se estremeció; después empezó a besarla.

Amanda temblaba bajo el violento ataque, pero también estaba excitada. El había bajado la guardia y la abrazaba como si no pudiera tenerla lo bastante cerca, besando con avidez la boca de su esposa. Enredó el cabello castaño de Amanda en su mano, echándole la cabeza hacia atrás para besarla en el cuello. Ella dejó escapar un gemido, sorprendida y excitada a la vez, cuando la otra mano de Malory cubrió su seno encima de la suave lana de su suéter.

Amanda temblaba en sus brazos, sorda a todo lo que no fuera el clamor de la pasión, y lentamente él alzó la cabeza, sin dejarla de abrazar.

La tomó de una mano y acarició la suave palma con la punta de su dedo índice; después depositó un beso en la muñeca antes de caminar con Amanda hacia la puerta.

Se quedó perpleja y después se dio cuenta de que cerraba la puerta con llave. Estaban encerrados y juntos.

La guió hacia la cama y después, casi con reverencia, él empezó a desabrocharle los botones que cerraban el frente de su suéter.

Ella de inmediato levantó las manos para impedírselo. No importaba que lo hubiera incitado a hacerlo, no podía quedarse allí a plena luz y dejar que Malory la desnudara.

—Yo... yo puedo hacerlo —le dijo, tartamudeando un poco.

Los ojos azules la analizaron, burlones, durante un momento y luego Malory se inclinó, dándole un beso rápido en la boca antes de dirigirse al otro lado de la cama. Dándole la espalda, empezó a quitarse la ropa.

Amanda también se volvió hacia el otro lado. Era ridículo, lo sabía, considerando la forma como se arrojó en sus brazos, pero nunca antes había estado desnuda ante un hombre y sentía una gran timidez.

Ella se quitó la ropa, dejándola caer al suelo y se metió en la cama, cubriéndose con las mantas hasta la barbilla. Las sábanas de lino estaban un poco frías y se estremeció.

EI colchón se movió ligeramente cuando él se acostó a su lado y Amanda volvió a estremecerse, acostada de lado y mirando sin ver hacia el extremo opuesto de la habitación; de pronto, fue consciente del desnudo cuerpo tendido a sus espaldas.

Sintió el calor de las manos de Malory sobre sus hombros desnudos cuando la volvió, de modo que quedó frente a él.

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres? —le preguntó sereno.

Ya no estaba segura de nada. La cálida oleada que la había

invadido, arrastrándola hasta sus brazos... a su cama... empezaba a desvanecerse, dejando en su lugar una especie de pánico enfermizo. Pero Amanda ya no podía retroceder, porque sabía que jamás volvería a tener el valor de ofrecérsele. Alzó una mano y le acarició el cabello, acercándolo a ella y dejando que su actitud hablara por sí misma.

La besó lenta y suavemente, explorando con su boca la de ella como si tuviese todo el tiempo del mundo y quisiera aprovechar hasta el último minuto. Después apartó las mantas, dispuesto a verla y acariciarla. Amanda se estremeció ante aquella su mirada y apretó los labios para impedir que los dientes le castañetearan.

Malory le acarició con ternura los senos. Amanda se quedó sin aliento al gozar de una aguda sensación de deleite y noto que él sonreía contra su cuello. Sus manos la acariciaron, provocando reacciones secretas que ella jamás había pensado que existieran. Estaba aturdida, como si se hundiera en un profundo misterio para el cual sólo él tenía la solución. Agradeció que él no le exigiera ninguna caricia a cambio.

Al sentir la mano de Malory deslizándose sobre la curva de su cadera, descendiendo para acariciar los muslos, se tensó, y él murmuró:

—Todo está bien, querida, sólo relájate.

Pero era más fácil decirlo que hacerlo. Todo esto era nuevo para ella; esa ansiosa reacción de su cuerpo a las caricias de él la atemorizaba. No quería sentirse así... como sí no tuviera voluntad propia, ni experimentar esa sensación de impotencia, como si se viera arrastrada por una corriente demasiado poderosa para combatirla.

Quería que el misterio se resolviera. Con sus manos ingenuas trató de saber, por las reacciones de él, lo que quería de ella; y al mismo tiempo, retroceder ante la fuerza y el poder de su masculinidad y de todo lo que implicaba.

—Oh, Dios —exclamó él y las palabras apenas le salían de la garganta—, Amanda... no... no puedo...

Su cuerpo cubrió el de ella con una súbita urgencia que trascendía más allá de todo. Su rostro era el de un extraño, despojado de pronto de toda emoción, excepto el deseo que le brillaba en los ojos. Como hielo, pensó ella, un hielo que quemaba... Amanda lanzó un grito, primero de temor y luego de dolor.

—¡Detente! ¡Déjame en paz!

—No puedo —clamó él, y fue como un grito de desesperación.

Amanda permaneció inmóvil debajo de él, sintiéndose

destrozada y ultrajada, con el cuerpo rígido de resentimiento. Ni siquiera importaba que el dolor hubiese desaparecido. Se había entregado a él, le demostró su confianza y él la traicionó. Se sentía tan lastimada y no sólo por la posesión física, sino por su propia cólera y decepción. Se quedó callada hasta que al fin él se apartó de ella y quedó con el rostro sepultado en la almohada, con la respiración agitada.

Amanda respiró y en voz baja y glacial, declaró con aversión:

—¿Y por esto… hacen tantas alharacas?

Malory se irguió, apoyándose en un codo y la miró a la defensiva:

—No, no exactamente.

—Qué alegría saberlo —declaró ella—. De otra manera, la raza humana habría desaparecido hace siglos.

Hubo una pausa y después él respondió con toda calma:

—Sé que no hay excusa, pero cuando me acariciaste así, simplemente… perdí el control.

—Oh, ya veo —replicó—. Entonces yo tengo la culpa.

—No se trata de culpa… aunque por tu reacción debí darme cuenta de lo inocente que eras —le acarició suavemente el rostro con una mano—. Querida, traté de advertirte que no era nada parecido a un arrobamiento instantáneo.

—Lo lograste —respondió sarcástica—. Qué tonta fui al no seguir tus consejos —y volvió a un lado el rostro, rechazando su contacto.

La boca de Malory se endureció y habló con mucha suavidad.

—Lamento mucho que no hayas sentido que la tierra se estremecía, amor mío. Quizá la próxima vez tendrás más suerte.

El apartó las mantas y saltó de la cama; se inclinó para recoger su ropa dispersa en el suelo.

—No habrá una próxima vez —respondió ella en voz baja y temblorosa.

Durante un momento, él guardó silencio y después le arrebató de las manos las sábanas que Amanda sostenía a la defensiva. Lanzó un grito, avergonzada y encolerizada, tratando de cubrirse con las manos mientras la mirada de Malory recorría implacable su cuerpo desnudo.

—Oh, sí, claro que la habrá —exclamó con voz amenazadora. Volvió a echarle las mantas encima, se alejó hacia el cuarto de baño y azotó la puerta.

Amanda se quedó allí, contemplando la puerta con una especie de incrédula sorpresa y después su adolorido cuerpo empezó a

temblar.

Capítulo 8

La lluvia azotaba contra la ventana, como si quisiera entrar en la casa y Amanda se estremeció, tratando de darles una forma más cómoda a los cojines del sofá.

"Debí estar loca", pensó con amargura; "total y absolutamente loca. Y ahora lo he arruinado todo".

Había llegado al santuario de su propia habitación, encerrándose allí por si acaso Malory intentaba justificar su amenaza siguiéndola hasta ahí y volviendo a someterla. Pero ni siquiera la molestó y Amanda se acurrucó, hecha un ovillo, llorando hasta qué ya no le quedaron más lágrimas. Y una vez que pasó la tempestad de llanto y se hubo calmado, descubrió que podía pensar con más claridad en lo que había sucedido.

No cabía duda de que todo el episodio fue un absoluto desastre desde cualquier punto de vista, pero ya no se sentía tentada e echarte toda la culpa a Malory.

Jamás había tomado parte en las charlas confidenciales sobre sexo con sus compañeras de apartamento, en parte porqué sentía que su amor por Nigel era demasiado valioso y sacrosanto, pero primordialmente porque no tenía nada con que contribuir, como no fuera con su propia ignorancia. Sin embargo, no había podido evitar escucharlas y recordaba los comentarios de Maggie o Fiona narrando alguna historia de horror acerca de "la primera vez" y de "lo mucho que dolía".

Amanda recordó que había pensado que las cosas serían diferentes con Nigel y ella. Y así habría sido, se dijo puesto que el amor lo suavizaría todo.

Pero Amanda no amaba a Malory ni él a ella, a pesar de que suponía que para su esposo, o para cualquier hombre, bastaba con una atracción física pasajera, y sabía que él la encontraba bella porque se lo había dicho.

Amanda gimió. Fue una absoluta insensatez arrojarse así en sus brazos y aún no podía comprender cómo o por qué sucedió todo. "Supongo que en ese momento me pareció una buena idea", pensó sintiéndose de lo mas infeliz.

Pero ése no era un motivo suficiente para alterar los términos de su matrimonio. De manera paradójica, era probable que la fría aceptación de Malory de esos términos y su determinación de mantenerse alejado, fue lo que despertó esa poderosa e inexplicable atracción que se desarrolló en ella durante las últimas semanas.

"Dicen que la ausencia aumenta el cariño", meditó; pero su corazón no estaba en eso... sólo su cuerpo. Descubrió, demasiado tarde, que eso no era suficiente y que jamás podría serlo. Y ésa era la razón por la cual debía hacerle entender a Malory que lo sucedido esa tarde fue una aberración y que no debería repetirse.

El era un hombre civilizado, y ella creía en lo que le había dicho, que jamás sometería a ninguna mujer; pero quizá ninguna otra lo encolerizó a tal grado como ella.

Se dio un baño y después se puso un sencillo vestido de crepé negro antes de bajar. El espejo le dijo que aun pálida, tenía el mismo aspecto de siempre. No había señas externas del trauma por el cual acababa de pasar.

"Excepto que ya no tengo una mirada virginal", pensó irónica.

Pero la confrontación tranquila y racional que esperaba, no tendría lugar. Una alterada señora Priddy le informó que el doctor Templeton había salido sin decir cuándo regresaría.

Amanda cenó sola y después se retiró a la sala a tomar el café.

Le dirigió una mirada al reloj y vio que ya era muy tarde. La señora Priddy entró a recoger la charola del café y a darle las buenas noches. Suponía que debería irse a la cama, pero antes quería ver a Malory y hacer las paces con él. Ahora empezaba a pensar que quizá no regresaría a casa esa noche.

Mientras su mente rechazaba esa idea, la puerta se abrió y él entró en la sala.

—Hola —lo saludó con la boca seca—. ¿No... no has cenado?

—Ya lo hice, gracias —y se sentó en el sofá frente a ella.

—Oh, entiendo. Bien, ¿quieres una taza de café... o una copa? —parecía como una anfitriona ante un invitado difícil.

El le respondió con toda cortesía, después de una pausa:

—Quizá un whisky.

Se lo sirvió, con la mano un poco temblorosa. Deseaba haberse enfrentado a él muchas horas antes. Pero tal y como sucedieron las cosas, había tenido toda la noche para que su nerviosismo y su turbación fueran en aumento.

Le entregó su bebida y volvió a sentarse. De pronto le dijo:

—Malory, acerca de lo sucedido esta tarde... lo siento mucho.

—También yo —replicó con frialdad—. Vamos a dar por terminado este asunto, ¿te parece?

—Pero no podemos —protestó Amanda—. Te dije algunas cosas muy desagradables.

—Sobreviviré a ello.

—Sí, pero... no debí criticarte... de esa forma.

Malory sonrió de mal talante.

—¿Consejos para las jóvenes esposas? —indagó irónico—. ¿Alabar siempre la actuación del esposo en la cama, por muy inepto que sea? ¿De qué columna salió esa joya?

Ella enrojeció. Nada acerca de esa conversación resultaba como ella pretendía.

—No, no es eso. Pero quiero que sepas que me siento muy avergonzada por… todo. Jamás debió suceder.

—Por simple curiosidad, ¿por qué sucedió? —preguntó después de beber unos sorbos de whisky.

—No… no lo entiendo.

—Si, Amanda, sí lo entiendes —dejó escapar un breve suspiró—. ¿Por qué te acercaste a mí como lo hiciste… ofreciéndote a mí?

—No lo sé —reconoció en voz ahogada y bajando la vista—. Supongo que sólo quería saber…

—¿Cómo era el sexo? —su voz tenía un dejo divertido—. Pues bien, me alegro de haber podido satisfacer tu curiosidad, aun cuando no haya sido nada más que eso.

—No hables así —movió los hombros incómoda—. No… fue culpa tuya.

—No tengo la menor intención de evadir mi parte de culpa —su voz parecía casi fastidiada—. Sé muy bien que no estabas lo bastante excitada —se encogió de hombros—. Fui un idiota impaciente —y después de una pausa, continuó—. Por supuesto, si hubiera sospechado que pensabas seducirme, me habría esforzado para regresar de la conferencia un poco menos cansado y nervioso.

—¿Por qué regresaste tan temprano? —preguntó.

—El último orador se enfermó y cancelo su presentación.

—Oh, ya veo —trató de asimilar su respuesta, preguntándose qué esperaba que dijera. ¿Que la echaba tanto de menos que no había podido permanecer lejos de ella un momento más? Ni en sueños en esas circunstancias, pensó irónica—. ¿Estuvo… interesante la conferencia?

—No —bebió el resto del whisky y dejó el vaso. En ese movimiento Amanda percibió una determinación que la alarmó.

—Bien —declaró a toda prisa—, si no quieres que te sirva la cena, creo que me retiraré…

—Todavía no —dijo él muy tranquilo—. Ven aquí, Amanda, —le pidió dando un ligero golpecito en el cojín al lado suyo.

Ella sintió que un músculo saltaba en su cuello.

—Yo… yo no quiero…

—Pero yo sí —los ojos de Malory se encontraron con la mirada

suplicante, de Amanda—. No me obligues a ir por ti.

Habló con bastante amabilidad, pero ella ya no discutió. En silencio, cruzó el espacio que los separaba y tomó asiento al lado de su esposo.

Hubo un silencio y después él empezó a hablar.

—Cuando te dije que nos olvidáramos de lo sucedido esta tarde, fue algo absurdo. Por supuesto no podemos hacerlo —estiró una mano y le echó atrás de la oreja un mechón de cabello. Sus dedos acariciaron el lóbulo, a pesar de sí misma, se dio cuenta de que arqueaba el cuello en una reacción de sorpresa.

Pero si había temido que él viera eso como una señal para arrojarla en la alfombra y saltar sobre ella, no podía haber estado más equivocada. La mano que la acariciaba avanzó hasta la nuca, haciéndola sentir deliciosos estremecimientos. Casi ronroneaba cuando los dedos de Malory encontraron la cremallera en la espalda del vestido y empezó a bajarlo.

El roce perezoso de sus dedos a lo largo de la columna fue otro deleite inesperado. Amanda movió los hombros con voluptuosidad, gozando cada mínima sensación, a pesar de que una voz consternada en su cerebro le gritaba que no debía permitir eso... que no podía...

Le había desabrochado el sostén y al bajarle el vestido de los hombros le quitó al mismo tiempo el sostén, desnudándola hasta la cintura. Sus dedos siguieron el contorno de los suaves y perfumados montículos, hasta que ella dejó escapar un pequeño gemido.

Entonces la tomó en brazos de manera que quedó sentada sobre sus muslos, con la mejilla apoyada sobre la suave tela de la chaqueta de Malory. Su mano se deslizó desde su cuello y siguió el contorno de su mandíbula antes de abarcar su rostro, alzándolo hacia él para besarla. Sus labios apenas rozaron los de ella, excitándola con un contacto casi tan leve como el aliento. Amanda jadeó, echando hacia atrás la cabeza, apoyándola en su hombro, en una silenciosa súplica.

Sintió sus cálidos dedos sobre la rodilla, debajo de la recatada falda negra, y ella tembló al sentir que se deslizaban hacia arriba.

Entonces, mientras su mano la acariciaba, Malory inclinó la cabeza y su boca se apoderó otra vez de la de ella.

Amanda se tensó porque en ese punto era en donde todo había empezado a salir mal antes, y sin embargo, sabía que esta vez todo sería diferente. Bajo las sensuales caricias de su esposo, ella sentía que se derretía, presa de ciertas necesidades que ni siquiera sabía que existían hasta ese momento.

Sus sentidos parecían tener una existencia separada. Bajo el mandato de Malory alcanzaron un crescendo de sensaciones y después se aquietaban una y otra vez, y cada vez la llevaba más cerca de alguna misteriosa cima de sensaciones.

En lo más profundo de su ser, Amanda sentía que algo se desdoblaba, como una flor que abre sus pétalos a la luz del sol... algo tan tenue al principio que apenas se atrevía a reconocer su existencia, por temor a que huyera de ella.

Como si lo hubiera adivinado, las caricias de Malory se intensificaron, adoptando una intensidad más demandante y apasionada.

Amanda escuchó una voz que apenas reconoció como su propio sollozo.

—Oh, Dios... por favor... te lo suplico... —el deseo se convertía en un frenesí para luego caer en una deliciosa languidez.

Todo lo que quería en este mundo era que Malory la tomara en sus brazos y la llevara arriba, a la cama. Esa profunda palpitación primitiva parecía hacer eco en su sangre y en sus huesos, sugiriendo un futuro placer mayor. Cuando al fin él se movió, le clavó las uñas en los hombros, como un gato.

La sorpresa de sentir que volvía a depositarla en el sofá, la despertó bruscamente de su sueño. Las manos de Malory eran ágiles, casi sistemáticas, mientras le arreglaba sus desordenadas ropas, volviendo a subirle el vestido y cerrando la cremallera.

Entonces se puso de pie. En voz baja y con toda calma, le dijo:

—Y bien, por esto... hacen las mujeres tanta alharaca. Buenas noches, Amanda.

Le dirigió una breve sonrisa, camino a la puerta y salió; Amanda se quedó viéndolo desaparecer con una angustiante incredulidad.

—En los últimos días te comportas como una extraña —la voz de la señora Conroy era quejosa, y Amanda sofocó un suspiro.

—Sabes que estás invitada a ir a Aylesford Green en cualquier momento —le dijo, tratando de hablar con amabilidad—. Bien sabes que te hemos invitado una y otra vez.

—A veces puedes ser muy insensible, mi querida Amanda —la señora Conroy le dirigió una sonrisa triste—. Algo que heredaste de tu padre, no hay duda. ¿No te das cuenta de lo doloroso que me resulta verte viviendo en esa casa y con ese hombre?

Amanda apretó las manos sobre los pliegues de la falda y con un esfuerzo se aferró a su paciencia.

—Mamá, te lo suplico, no vuelvas a empezar.

—No estoy empezando nada —replicó su madre—. Pero tengo derecho a expresar mi opinión y me parece terrible que una hija mía haya podido... venderse por dinero —movió la cabeza—. Un matrimonio que se inicia por motivos erróneos, jamás prosperará.

Amanda reprimió una sonrisa irónica. Pensó que esta vez su madre se había acercado peligrosamente al blanco.

—Leíste en los periódicos el buen papel que hizo Nigel en ese rally en Suecia? —prosiguió ansiosa la señora Conroy.

—No pude evitarlo —contestó la hija en un tono neutral.

Amanda experimentó cierto miedo de que el éxito de Nigel pudiera revivir las historias acerca de su compromiso roto y su matrimonio posterior, pero no tenía por qué preocuparse. Los periódicos tenían otros escándalos más recientes y más prometedores en que ocupar su atención, tal y como lo había profetizado Malory. A decir verdad, si no se hubiese dejado invadir por el pánico a causa del insidioso intento de Nigel de volver a entrar en su vida, no habría habido necesidad de este matrimonio.

—Estás muy pálida —la señora Conroy la analizó con una mirada crítica— Y también creo que has bajado de peso —añadió despreciativa—. Supongo que es la vida de casada; algunos hombres no tienen la menor consideración.

—Algunos hombres —convino Amanda, ecuánime—, pero no todos —bajó la mirada para no ver el rostro reprobador de su madre. Nunca antes le había molestado la actitud tan particular de la señora hacia el sexo, pero ahora deseaba que su madre fuera diferente... la clase de persona en la que se podía confiar.

¿Pero qué podía decirle?

"Mi vida de casada no es como tú piensas. Malory sólo me ha hecho el amor en una ocasión, hace como un mes, pero en unos cuantos minutos me enseñó más acerca del placer de lo que muchas mujeres experimentan en toda su vida".

Torció la boca en un gesto irónico. No, no podía decir eso. La señora Conroy sin lugar a duda le diría lo afortunada que era al no ser "molestada" de esa manera.

Amanda tomó su bolso y se puso de pie.

—¿Ya te marchas? —su madre hizo una mueca de disgusto.

—Mucho me temo que debo irme. Esta noche ofrecemos una recepción para unos clientes extranjeros y debo regresar para vigilar todos los arreglos.

—Yo diría que tu esposo es lo bastante rico para emplear a alguien que se ocupe de esas cosas —dijo con tono agrio la señora Conroy.

—Oh, lo es —convino Amanda con una semblanza de jovialidad —. Pero a él le agrada que yo me encargue de eso.

Y puesto que era el único cometido que ella tenía en la vida de él, estaba determinada a cumplir hasta el máximo, pensó mientras conducía su coche de regreso a casa.

Su mente volvía de una manera casi obsesiva a esa noche, hacía ya cuatro semanas. Cuando Malory la dejó, al fin logró recobrarse y subió a su habitación. Se desnudó, se puso un camisón de encaje y se acurrucó en el asiento en la ventana. Sabía que en cualquier momento la puerta se abriría y él se acercaría a ella... para consumar lo que había empezado allá abajo... para hacerla otra vez suya.

Despertó helada y entumecida, poco antes del amanecer, para darse cuenta de que seguía sola. Se arrastró hasta la cama y permaneció acostada allí, temblando. Se había sentido tan segura de que pasaría la noche en sus brazos. Tan segura y tan equivocada.

Cuando amaneció, se quedó en su habitación hasta estar segura de que él había salido de la casa, diciéndose que no podría enfrentarse... jamás. Pero eso había sido una tontería. Se vio obligada a hacerlo esa noche, a la hora de la cena... y él se comportó como si nada hubiese sucedido. No surgió ningún momento difícil ni recriminaciones, y tampoco una apasionada secuela. Como si se hubiesen borrado las veinticuatro horas anteriores, y ellos siguieran siendo... poco menos que extraños.

A medida que transcurrían los días. Amanda comprendió con cierta sorpresa que así era como Malory pretendía que siguiera su relación. En un principio no logró entender la razón, pero al fin empezó a comprenderlo todo. Su iniciación sexual de ninguna manera había sido lo que ella esperaba y estuvo obsesionada con su propia decepción para pensar en las reacciones de Malory. Ahora, por primera vez, pensaba que quizá él se había sentido igualmente decepcionado al darse cuenta de la inexperiencia de ella como amante.

Y no había manera de debatir eso, reconoció Amanda con un pequeño suspiro de amargura, al estacionar el auto a un costado de la casa. Ahora su única opción era cumplir con el papel que él le había asignado en su matrimonio, de una forma tan eficiente como le fuera posible, y no esperar nada más. Porque, por muy vergonzoso que fuera, se dio cuenta de que Malory había despertado en ella ciertos anhelos y necesidades que sólo él podía satisfacer.

Había recorrido un largo camino desde aquellos primeros días

en que lo catalogó como una especie de ser frío, comprendió apesadumbrada, al entrar en la casa por la puerta lateral. Y el hecho de vivir allí con él, compartiendo un techo pero nada más, era algo que le resultaba cada vez más doloroso.

Y no era porque no fuese amable con ella o la ignorara. Era simplemente cortés, evidenciando con su actitud que ella no le provocaba el menor interés físico.

Y eso era algo que de alguna manera tendría que aprender a soportar.

La señora Priddy salió al pasillo de la cocina para recibirla, llena de nefastos augurios acerca del servicio de banquetes contratado para esa noche. Amanda la tranquilizó y si dirigió al cuarto de al lado, en donde la esperaban las flores para esa noche. No se consideraba una artista pero el arreglo de las flores era uno de sus mayores placeres.

Pasó un par de felices horas experimentando con varios floreros y después empezó a llevar el resultado de su trabajo a la sala y el comedor.

Le estaba dando un toque final a uno de los arreglos, cuando escuchó la voz de Nigel a sus espaldas.

—Qué encantador. Posees toda clase de talentos ocultos, queridita.

Amanda lanzó un grito, volviéndose mientras se llevaba una mano al corazón, que latía apresurado. El estaba parado allí, sonriendo y contemplándola con esa mirada lenta y atractiva que siempre tenía el poder de acelerarle el pulso.

—¿Cómo... cómo llegaste hasta aquí? —preguntó.

—No es una bienvenida muy amable, mi querida cuñada —bromeó—. No me has desterrado de esta casa, ¿o si? ¿Acaso el viejo Mal ha dado una orden que me prohíba cruzar este sagrado umbral?

—Me sorprendiste —replicó, ignorando su comentario—. No escuché el timbre de la puerta.

—No llamé —Nigel hizo un ademán hacia las ventanas—. Crucé los jardines y entré por allí. Después de todo, soy un miembro de la familia —hizo una pausa—. ¿No te alegras de verme?

Muchas veces se había preguntado cuál sería su reacción cuando volviera a ver a Nigel y ahora ya lo sabía. Se sentía aturdida.

—¿Para qué has venido? —preguntó.

—Para felicitar a los recién casados —y le sonrió—. Supongo que difícilmente podía esperar que me invitaran a la boda. Pero estoy dispuesto a olvidar lo pasado y a ofrecerles un regalo de boda. Aun cuando no estoy muy seguro de qué puedo darle a un hombre

que lo tiene todo —añadió al mirar a su alrededor con una mirada apreciativa antes de volver hacia Amanda—. Incluyendo, por supuesto, a la mujer que era mía.

—Creo que será mejor que te vayas —Amanda se mordió un labio.

Nigel lanzó una exclamación.

—Toda esta hospitalidad —comentó al mirar los arreglos florales —. Y nada para mí. ¿Qué sucede, querida? ¿Estás sufriendo un ligero ataque de añoranza, pensando en lo que pudo ser?

—No —refutó ella—. Es sólo que estoy muy ocupada.

—¿Has encontrado tu oficio —rió él—, sentada a la mesa de Malory y gastando su dinero? ¿No es verdad que eso te compensa por permitir que de vez en cuando te ponga la mano encima?

—Te lo repito... vete de aquí —Amanda curvo sus dedos como garras—. Si quieres venir de visita, te suplico que lo hagas cuando Malory esté en casa.

—Hablas como una esposa virtuosa —se burló él—. Querida, la monotonía debe ser contagiosa. No habrías dicho eso antes de que Mal te pusiera su sello de tedio.

El rostro de Amanda enrojeció de cólera.

—Creo que ya lo has insultado bastante —declaró—. Ahora, ¿saldrás de aquí o deberé llamar a George?

El alzó los brazos en un burlón gesto de rendición.

—De acuerdo, me iré —retrocedió hacia la ventana—. ¿Quieres cerciorarte de que abandoné el terreno... o buscar en mis bolsillos la plata de la familia?

Lo siguió de mala gana. "A partir de ahora", pensó, "mantendré cerradas las ventanas".

Nigel salió al jardín y después se volvió a mirarla.

—Has cambiado —dijo suavemente— pero todo es superficial, ¿no es cierto, Manda? Bajo esa magnífica apariencia de la esposa rica, sigues siendo la chica que amo —su mano se cerró con sorprendente rapidez sobre su muñeca, atrayéndola hacia él y apretándola contra su cuerpo—. Piensa en esto, querida, la próxima vez que estés acostada con el viejo Mal, preguntándote si se habrá dado cuenta de que te quedaste dormida —oprimió sus labios sobre los de ella, ardiente y codicioso.

Durante un momento, Amanda pensó en luchar, en rechazarlo. Pero si lo hacía, sería como concederle alguna clase de victoria, dedujo y haría que la agresión a sus labios pareciera más importante de lo que era. Y no quería darle ni siquiera esa satisfacción.

Al fin él alzó la cabeza.

—Fue como besar a una estatua —declaró insolente—. Pero supongo que eso es lo que le hace a una mujer el matrimonio con mi hermano. Te veré después, querida —le dio una palmada en la mejilla y se alejó.

Amanda se quedó parada allí, viéndolo irse.

De manera que al fin ha sucedido, pensó. El momento que tanto temió, el que esperó. Había vuelto a ver a Nigel, sentido su contacto y su beso. Y a pesar de las desafiantes palabras que se había dirigido a sí misma, esperaba que su cuerpo ardiera en llamas.

Sólo que... eso no sucedió. Sólo fue consciente de su falta de reacción y de un definitivo desagrado al sentir los labios de él sobre los suyos.

"Todo el tiempo he tenido miedo", pensó con curiosidad, "pero ¿de qué? En mí ya no queda ningún sentimiento hacia Nigel... nada. Y sin embargo, era toda mi vida".

Cerró las ventanas y corrió el pestillo, con manos temblorosas. Tenía que haber alguna razón para que hubiera dejado de amar tan completamente a Nigel. Y de pronto, estremecida, supo cuál era esa razón.

Examinó casi perpleja la tranquila habitación. Había llegado allí huyendo en busca de un refugio, o por lo menos eso había creído. Pero la casa, por muy encantadora que fuera, sólo era un cascarón.

"No lo sabía", pensó, "pero la verdad es que vine aquí por Malory. Incluso entonces debía amarlo, mucho antes de saber que lo deseaba. Aun antes de saber lo que es desear a alguien".

Bien, ahora lo sabía y era como una herida abierta en su alma, porque no era amada ni deseada. Y tendría que vivir con eso durante el resto de su vida.

Capítulo 9

La recepción estaba en su apogeo. Amanda se movía entre los grupos de personas que charlaban y reían, ocultando con su sonriente serenidad aparente el torrente de emociones en su interior. Su vida podría estar hecha añicos, pero la velada era un éxito y tenía que contentarse con eso, como lo hacía Malory.

Era consciente de su presencia en todo momento... de cada uno de sus movimientos. La innata elegancia de su esposo con el traje de etiqueta y la corbata negra, la hacían sentir un nudo en la garganta. Se preguntó, casi histérica, cómo pudo pensar alguna vez que era ordinario. ¿O acaso, incluso entonces, luchaba contra una atracción que ni siquiera comprendía del todo?

—Hola, señora Templeton —una voz familiar se materializó a su lado, sonriéndole—. Soy Peter Wilton. Nos conocimos en la cena de la compañía.

—Sí, lo recuerdo —respondió al instante—. Me habló del Cinopal. ¿Cómo van las cosas?

—¿Acaso el doctor Templeton no se lo ha comentado? —parecía sorprendido—. Las pruebas sujetas a verificación van por buen camino. No han surgido efectos secundarios inesperados ni ningún desastre; toco madera.

—Es una reacción muy poco científica —rió Amanda en broma.

—Oh, soy un poco supersticioso —declaró él, devolviéndole la sonrisa—. Después de todo, en la medicina hay cierto elemento de magia. A veces necesitamos toda la ayuda que podamos obtener, y también una pequeña dosis de suerte —hizo una pausa—. Hay tantos medicamentos que se han ensalzado como grandes descubrimientos... milagros un día y condenados al siguiente, a menudo con tremendas demandas legales. Es de esperar que no suceda lo mismo con el Cinopal.

Intercambiaron algunas palabras más y después Amanda se alejó, para encontrar en su camino a Malory, que se encontraba a unos cuantos pasos de distancia.

Esa noche había regresado tarde de los laboratorios y apenas si bajó a tiempo para recibir a los primeros invitados, de manera que casi no tuvieron oportunidad de hablar. Y él no pudo expresarle el amable y distante cumplido por su aspecto, lo que por lo común hacía en estas ocasiones.

Ahora, de pronto, estaban frente a frente. Malory entrecerró los ojos mientras la examinaba, ataviada con un vestido azul de escote

cuadrado que le daba la apariencia de una princesa medieval, ajustándose a su esbelto talle, y que caía en una falda larga acampanada. La sonrisa de Amanda, insegura y tímida, se desvaneció en sus labios, mientras su sorprendida mente registraba la rápida mancha de color que apareció en las mejillas de su esposo y el ardiente y franco anhelo que apareció momentáneamente en el rostro de Malory.

Cuando él se volvió para alejarse, Amanda se quedó boquiabierta. "No le soy indiferente", pensó temblorosa. Ese breve momento de descuido había sido demasiado revelador. Todavía la deseaba. Después de todo... y a pesar de todo... sí la deseaba. Tomó una copa de la bandeja que llevaba un camarero y dio un rápido sorbo de champaña.

Entonces, ¿por qué, por qué, sollozó en su interior, la había mantenido a distancia todas esas interminables semanas? ¿Y qué garantía existía de que no seguiría haciéndolo? Sólo porque la máscara se le deslizó un poco, eso no quería decir que él dejaría que su cuerpo gobernara su mente. Sabía que era demasiado quisquilloso para hacerlo.

Y además, Malory no tenía manera de saber acerca de su propio momento de revelación. Ninguna, a menos de que ella se lo hiciera saber... de alguna forma.

—Es una fiesta encantadora —comentó una voz con acento norteamericano.

En cierta forma, deseaba que la recepción resultara un absoluto fracaso. Así todos se irían y ella podría estar a solas con su esposo.

"No", se corrigió, simplemente estaría sola. Cuando la casa quedara vacía, Malory se disculparía con toda cortesía, como siempre lo hacía, y la dejaría sola. Y si se arrojaba a sus brazos, como lo había hecho esa última vez tan desastrosa, quizá la rechazaría.

"No puedo arriesgarme a eso", pensó, intercambiando algunas banalidades con una pareja de japoneses. "Pero, ¿qué otra elección tengo?"

No le importaba si actuaba como una pésima anfitriona. Tenía que encontrarlo. Al fin lo localizó en su estudio, sentado con un grupo alrededor del fuego.

Armándose de valor, Amanda se sentó en el brazo del sillón, deslizando el brazo con un gesto íntimo por la espalda de su esposo, inclinándose hacia él a manera de que fuera consciente de su calor, de su aroma. Para un observador casual, se comportaba como una esposa afectuosa. Sólo Malory sabía que no era así, y ella pudo

percibir en su repentina tensión que él notaba su presencia a pesar de que Malory siguió hablando con sus invitados en aparente calma.

El sólo tenía que volver un poco la cabeza para que la mejilla rozara la curva de su seno... mover un poco la mano para apoyarla sobre el muslo de su esposa.

Amanda se quedó allí el tiempo suficiente para que él sintiera su aceptación, su disposición, y después volvió a alejarse.

Y esta vez, él la siguió. Mientras ella charlaba y reía, asegurándose de que los platos y las copas estuvieran llenos, Malory permanecía allí al alcance de su vista, observándola cómo si no pudiera apartar la mirada de ella. Y Amanda aprovechaba sus miradas con todo atrevimiento, haciendo que cada giro y movimiento de su cuerpo estuviesen destinados a encender la pasión de su esposo más allá de lo soportable.

Lo que no podía calcular era hasta qué punto lo estaba logrando. No se atrevía a mirarlo directamente, porque sabía que si lo hacía, su propia mirada podría ser suplicante y no era eso lo que pretendía. Esta noche se encontrarían, si es que lo hacían, en iguales condiciones. Ya no era una chica inocente. Se le había permitido una vislumbre del grado de su propia sensualidad. Ahora, su cuerpo estaba despierto, anhelante.

Las únicas miradas que le dirigió fueron breves y llenas de significado, bajo las pestañas bajadas en un gesto de recato.

La velada le pareció interminable. Ya había pasado la medianoche cuando los invitados empezaron a despedirse, reacios. Estrechó manos y sonrió, fingiendo un pesar que no sentía. Los ejecutivos de Templeton que habían asistido a la recepción se quedaron allí un poco más, en un estado de ánimo eufórico. A ella le resultaba difícil disimular su impaciencia por verlos desaparecer.

"Tendré que concentrarme en algo más", pensó. Entonces, empezó a contemplar de manera abierta a su esposo, dejando que sus ojos se deslizaran por el varonil cuerpo como si quisiera recordar cómo era sin ropa. Por supuesto, actuaba de forma discreta. Sólo Malory sabía lo que ella se traía entre manos y las tensas líneas en el rostro de su esposo revelaban el efecto que su actitud empezaba a ejercer en él.

Peter Wilton fue de los últimos en despedirse. Amanda había dado instrucciones de que dejaran toda la limpieza para la mañana siguiente. Ahora, mientras Malory estaba afuera despidiendo a los últimos invitados y viendo los últimos coches desaparecer, Amanda se dirigió a la habitación de Malory y encendió una de las grandes lámparas que estaban a los lados de la cama. Después se quitó las

sandalias y se deslizó las medias, antes de empezar a quitarse el vestido sin ninguna prisa.

No oyó a Malory subir por la escalera y no miró hacia la puerta; sin embargo, su instinto le dijo que allí estaba él, contemplándola con embeleso.

Dejó que el vestido de noche se deslizara hasta sus pies y se quedó inmóvil, cubierta sólo por el diminuto corpiño de seda que era todo lo que llevaba debajo de él, antes de alzar las manos para soltarse el cabello sobre los hombros.

Después, y sólo entonces, lo miró con desafío.

¡Parecía tallado en roca!, sólo el azul de sus ojos despedía una helada llama. Cuando al fin se movió, fue un breve gesto imperativo que le dijo, sin palabras, que aun la delgada cubierta de la combinación era una barrera excesiva para sus ojos.

Lo obedeció al instante, soltando los broches y deslizando los tirantes de listón que sujetaban la prenda, de manera que fue a reunirse con el resto de su ropa en el suelo.

Malory se acercó a ella y la tomó en sus brazos; Amanda oprimió sus labios contra el cuello de él con un pequeño suspiro de entrega.

La depositó en la cama y se arrodilló sobre ella, desabotonándose la ropa. La besó una vez, separándole los labios con una exigente destreza y después sus cuerpos se unieron en medio de un silencio tenso.

Amanda estaba preparada para experimentar más dolor, pero no hubo nada de eso... sólo una sensación total, casi abrumadora, de consumación.

Casi antes de lo que creía posible, se sintió poseída, inundada por un placer tan intenso rayano en la agonía. Exclamó su incoherente deleite contra los labios de él, mientras los espasmos la estremecían y después menguaban, dejándola a la deriva en algún mar sin olas de lánguida satisfacción.

Durante unos cuantos momentos, Malory la sostuvo entre sus brazos y después se movió, apartándose de ella y Amanda abrió los ojos llena de pánico. El puso un dedo sobre sus labios, silenciando su protesta, antes de terminar de desnudarse con movimientos rápidos y urgentes, sin que sus ojos se apartaran del rostro de Amanda.

Cuando volvió a sus brazos, empezó a besarla con mucha suavidad, delineando con sus labios un rastro de magia en su rostro, su cuello y sus senos.

Amanda exhaló un suspiro y sintió que poco a poco volvía a intensificarse en ella la ardiente pasión. Esta vez, las cosas serían

diferentes. Esta vez, Malory la estaba seduciendo.

Los labios de Malory recorrían sin prisa todo su cuerpo, con una sensualidad cálida y tierna que la dejaba sin aliento. Y lo más sorprendente de todo era que él aún no había buscado ninguna satisfacción para sí mismo.

Amanda trató de hablar, pero una vez más la obligó a guardar silencio, esta vez con sus labios. Sus manos se movían ahora por todo el cuerpo de su esposa, acariciando y excitando, y Amanda se agitó, inquieta, exigiendo en silencio que aquietara su anhelo.

Cuando al fin él explotó de amor, Amanda sintió como si le hubiesen concedido el premio más deslumbrante de todos.

Esta vez Malory no trató de separarse de ella. Se quedaron acostados, abrazados e intercambiando besos lentos y delicados; las manos de Amanda se volvían cada vez más osadas y comenzó a explorar el cuerpo de él.

"No existe el arrobamiento instantáneo", pensó con languidez. ¿Cómo había podido Malory negarlo cuando la había hecho sentir todo eso... cuando podría volver a desearla, de una manera clara y tan pronto?

Horas después, Amanda despertó en los brazos de su esposo, bajo la grisácea luz del amanecer que centelleaba por la ventana. Se quedo allí un buen rato, disfrutando del acompasado y vigoroso ritmo del corazón de Malory bajo la mejilla de ella. Soñolienta, recordó que aún no le había dicho que lo amaba y era una seria omisión. Pero por otra parte, ninguno de los dos pronunció una sola palabra en todo el tiempo que duró ese intenso y apasionado acto de amor.

Por supuesto, podría despertarlo, quizá mordiéndole suave y delicadamente el hombro. Y entonces, tal vez...

Sonrió.

"No seas ansiosa", se ordenó con una ligera burla. "El merece dormir y después podré hablarle de mis sentimientos. Después de todo, éste es el verdadero comienzo de nuestro matrimonio... de nuestra vida juntos.

Dejó escapar un suspiro de felicidad y volvió a quedarse dormida.

La siguiente vez que despertó, la habitación estaba inundada por la dorada luz del sol. Amanda estiró un brazo, soñolienta, buscando a Malory y abrió los ojos por completo en una reacción de sorpresa al darse cuenta de que estaba sola en la inmensa cama.

Se sentó y consultó el reloj. Ya era tarde, pero era sábado y

Malory no tenía que ir a los Laboratorios Templeton ese día; pero, ¿en dónde estaba?

Se había quedado dormida con el cuerpo moldeado al de su esposo. Le habría gustado despertar en sus brazos ese día en especial y sintió una punzada de decepción al ver que en apariencia a él le había resultado muy fácil abandonarla.

Quizá la noche que acababan de pasar no fue tan importante para Malory como lo era para ella, le sugirió una solapada vocecita interna, y trató de apartar de su mente ese pensamiento.

Al mismo tiempo, debía reconocer que Malory no podía haber adquirido su indudable experiencia sexual en los libros. Otras mujeres, antes que ella, debieron estremecerse de deleite en sus brazos. De manera que quizá podía permitirse el lujo de demostrar cierta indiferencia ante su reacción tan gozosa y desenfrenada cuando le hizo el amor.

"Oh, ya basta", se dijo con impaciencia mientras hacía a un lado las mantas y ponía los pies en el suelo. "Me dejó dormir tarde y eso es todo".

Recogió sus ropas y se retiró a su propia habitación. Media hora después, bañada y vestida con unos ajustados pantalones de pana y un suéter color crema de cuello de tortuga, corrió escaleras abajo, esperando encontrar a Malory. Pero no estaba en el estudio ni en la sala y la esperanza de que simplemente hubiese salido a pasear al perro se desvaneció cuando entró en la cocina y descubrió a Harvey durmiendo en su cesta.

La señora Priddy, que preparaba unos pasteles, la recibió con la noticia de que los empleados del servicio de banquetes ya habían recogido todo el equipo y la casa había vuelto a la normalidad.

—No era necesario que se levantara tan temprano, señora —le dijo a Amanda con severidad—. El doctor Templeton comentó que se había desvelado y que necesitaba descansar.

Amanda reprimió una risita.

—¿Ha salido? —preguntó.

—Hace dos horas, señora —asintió el ama de llaves.

—¿Fue a los laboratorios?

—No dijo nada, señora Templeton —y la mujer le dirigió una sonrisa tranquilizadora—. Y ahora, ¿quiere que le prepare algo para desayunar?

Amanda sofocó un suspiro.

—Yo... no lo creo, gracias. Sólo quisiera un poco de café —de pronto ya no tenía ganas de reír. Se sentía privada de toda felicidad.

El teléfono sonó varias veces durante la siguiente hora. Amanda

contestó todas las llamadas, con el corazón lleno de excitación, pero cada una era una llamada de agradecimiento de alguien que había asistido a la fiesta.

Por último decidió que ya estaba harta de vagar por toda la casa como un animal enjaulado, esperando con ansiedad el regreso de su esposo. Emplearía bien su rebosante energía y llevaría a Harvey a dar un largo paseo por el campo. Si Malory regresaba mientras ella estaba fuera, entonces para variar las cosas, él tendría que esperarla.

Era obvio que Harvey estaba fascinado ante el proyecto, aun cuando la señora Priddy expresó algunos reproches cuando Amanda le anunció que prescindiría de la comida y que a su regreso tomaría algún bocadillo.

Cuando regresó, dos horas después, vio el coche de Malory estacionado en la entrada y su ánimo mejoró como por arte de magia mientras corría hacia la casa.

El iba bajando por las escaleras y Amanda se detuvo al ver que llevaba una maleta y un pequeño maletín de vuelo colgado del hombro. Se quedó inmóvil, sintiendo que el color huía de su rostro al ver la mirada fría y severa de su esposo.

Amanda tragó saliva.

—¿Vas... vas a alguna parte? —se aventuró a preguntar tontamente.

—Por desgracia así es —ese extraño tan formal no podía ser el mismo hombre que la noche anterior había escalado con ella hasta la cima del placer, pensó con absoluta incredulidad—. Acabo de enterarme de que debo viajar a Estados Unidos.

—Pero no dijiste nada de eso... —se detuvo a punto de decir "anoche", pero se interrumpió y terminó—, ayer.

—Un cambio de planes de último momento y del todo inevitable —parecía casi fastidiado y sin la menor intención de disculparse.

—¿Cuánto... cuánto tiempo estarás fuera? —con gran horror de su parte, Amanda descubrió que le costaba un gran esfuerzo mantener la voz firme.

—Es difícil decirlo —era obvio que Malory no tenía el mismo problema—. Será cuestión de varias semanas, más que de días, me imagino —declaró al consultar su reloj—. Y debo apresurarme si quiero tomar el próximo vuelo. Tendrás que disculparme.

No podía creer que todo eso estuviera sucediendo. Una parte de sí, estremecida y sintiéndose miserable, la exhortaba a arrojarse a sus pies y suplicarle que la dejara acompañarlo... en otro vuelo si era necesario. Pero los últimos vestigios de su orgullo y un temor a

su rechazo, la obligaron a guardar silencio.

De alguna manera hizo acopio de fuerzas para sonreír.

—Bien, como dicen, que tengas un buen día —y alzando la barbilla, se dirigió a la sala.

Se quedó parada mirando por la ventana, contemplando los verdes tallos de los bulbos brotando de la tierra... una prueba, si es que la necesitaba, de que la vida seguía adelante. Deseó que Malory dejara caer al suelo esas malditas maletas y corriera a su lado, que la tomara en sus brazos y le dijera, con amor y ansiedad, por qué estaba obligado a dejarla en el momento emocional más importante de sus vidas.

"Una sola palabra", oró en silencio. Una palabra que le dijera que la necesitaba y que lo lamentaba, era todo lo que ella pedía.

El ruido de la puerta al cerrarse fue como un latigazo sobre sus adoloridos sentidos. Y después, el ruido del motor del coche al alejarse le advirtió, que ya no podía esperar nada de él.

Fue el día más miserable que Amanda había pasado jamás. Vagó de una habitación a otra, mientras Harvey la seguía, sintiéndose más perdida, confundida y sola de lo que jamás creyó posible.

De no ser por las pequeñas marcas íntimas que Malory había dejado en partes muy significativas de su cuerpo cuando le hizo el amor, habría pensado que la noche anterior fue sólo un sueño. Y al mirar hacia atrás, todo el optimismo que experimentara acerca de su futura relación, le parecía absurdo hasta el punto de la tragedia.

Incluso empezaba a preguntarse si había transgredido algún código desconocido, si se había comportado más como una amante que como una esposa, avergonzándolo y sorprendiéndolo con su desenfrenado y desinhibido abandono; pero pronto rechazó esa idea. Si se mostró como una alumna demasiado ansiosa, entonces Malory había sido su maestro algo más que bien dispuesto. Sería una actitud muy hipócrita la de él, si se alejaba disgustado por el recuerdo de la reacción de Amanda. Podría ser un hombre complejo, pero Amanda no creía ni por un minuto que fuera un hipócrita.

Todo lo que podía suponer, y eso era aún más deprimente, era que la noche que pasaron juntos no fue lo bastante memorable para él, no al grado de que él deseara convertirla en su esposa, en el estricto sentido de la palabra. La poseyó y eso fue todo; los dos deberían volver a los términos de su convenio original.

"Pero no puedo hacerlo", pensó desolada. "Ya no puedo seguir viviendo con él como si fuésemos extraños. Lo quiero, lo necesito

demasiado".

Lo que anhelaba de él no era sólo la pasión. Era todo lo que constituía un matrimonio... las risas, la ternura, la comunicación y una disposición de compartirlo todo. Todas las cosas que, ingenuamente, había pensado que vendrían después de su noche de amor, de la misma forma como la primavera sigue al invierno.

Sentía en la garganta el nudo de las lágrimas no derramadas. Había creído que la felicidad estaba al alcance de su mano, pero tenía las manos vacías, y también su vida.

Su meditación se vio interrumpida por la indignada llegada de la señora Priddy.

—Esos floristas —comentó despreciativa, irrumpiendo en la habitación—, en estos tiempos no se puede confiar en nadie. Mire lo que George encontró en uno de los cestos de la basura, señora.

Le mostró un magnífico ramo de rosas rojas que llevaba oculto a sus espaldas, con unos botones que parecían hechos de terciopelo.

—Son encantadoras —Amanda rozó la envoltura de celofán—. Y todavía están muy frescas. Pero yo no las ordené; es obvio que ha habido algún error. Quizá debería llamar a la florería y pedir que vengan a recogerlas.

—Pues fue un error muy costoso, si me lo pregunta. Y llamé tan pronto como George las trajo, señora Templeton, pero la encargada dice que no sabe nada de ellas —soltó una risita despreciativa—. Qué bien. Quizá desee verificar la cuenta cuando llegue, en caso de que de pronto recuerden el ramo y se lo cobren —le dirigió a Amanda una mirada sagaz—. De cualquier manera, ya están aquí, señora, así que ¿por qué no las pone en agua? Tal vez la animen un poco.

El ama de llaves dejó el ramo sobre la mesa y regresó a la cocina.

Se necesitaría algo más que unas rosas, pensó Amanda con apatía. Pero las flores, para quienquiera que fuesen, eran exquisitas y sería una lástima dejar que se marchitaran.

Quitó la envoltura y aspiró el tenue aroma que flotaba en el aire. Rosas rojas, pensó. Un símbolo de amor que jamás llegaría a su destino. De alguna manera eso fue la gota que derramó el vaso; inclinando la cabeza, empezó a llorar en silencio.

Capítulo 10

El teléfono estaba sonando cuando Amanda entró en la casa. Mientras se quitaba los guantes, le dijo a la señora Priddy:

—Yo contestaré.

No tenía la menor idea de cuál era la diferencia de horarios entre Inglaterra y Estados Unidos, pero desde hacía días había renunciado a la esperanza de que Malory la llamara. Hacía casi dos semanas que se había ido y en todo ese lapso no supo nada de él.

—¿Señora Templeton? —Peter Wilson preguntó en un tono incierto—. Lamento mucho molestarla, pero me preguntaba si usted tiene alguna idea de dónde podríamos localizar a su esposo.

—Pero, ¿acaso su secretaria no tiene su itinerario? —preguntó con timidez.

—No... se trata de un viaje privado —dejó escuchar una risita embarazosa—. De hecho, yo habría jurado que el doctor Templeton dijo que usted lo acompañaría. Le fascina Estados Unidos y habló de mostrarle los lugares que más le agradan —añadió y luego hizo una pausa—. Pero es obvio que entendí mal; sin embargo, si tiene alguna dirección en donde pudiésemos localizarlo, le estaría muy agradecido. Se trata de algo urgente.

—Me temo que no tengo ni la menor idea de dónde se hospeda —Amanda se mordió un labio—. Cuando se fue... tenía mucha prisa... —titubeó—. Pero podría echarle un vistazo a su agenda en el estudio, si eso puede ayudarlo.

—Eso sería maravilloso —su voz parecía demasiado cordial y Amanda se sobresaltó al depositar el auricular.

El estudio se encontraba en su acostumbrado estado de inmaculado orden y sólo necesitó unos segundos para localizar la agenda y cerciorarse de que estaba en blanco, en lo concerniente al paradero de Malory.

Amanda miró a su alrededor con un suspiro. Debía haber algo que le ofreciera un indicio. Quizás el sobre de una línea aérea o un folleto de hotel. Trató de abrir los cajones del escritorio, pero estaban cerrados con llave y con un encogimiento de hombros regresó al teléfono, reconociendo su derrota.

—Bueno, todo resultará bien. Lo averiguaremos nosotros mismos. Es probable que se haya comunicado con alguno de nuestros contactos en Estados Unidos —acotó Peter Wilson.

—Sí —respondió, y pensó, pero no con su propia esposa. Se aclaró la garganta—. ¿Puedo saber para qué lo necesitan? Usted

dijo que era algo urgente.

—Así es, mucho me temo —la voz era más serena—. ¿Recuerda que le comenté que las pruebas con el Cinopal iban muy bien? Según parece, hablé demasiado pronto. Acaban de notificarnos que una paciente, a la que se le ha estado administrando el medicamento, ha sufrido una reacción adversa muy severa.

—¿Qué tan seria es? —preguntó Amanda casi sin aliento.

—Mucho —declaró él, sombrío—. Ha tenido convulsiones y no creen poder salvarle la vida. Y por supuesto, el doctor Templeton debe enterarse de esto.

—Por supuesto —hizo eco ella, sintiéndose infeliz—. Quisiera... haberle sido más útil.

—No importa —y volvió a hacer una pausa—. Señora Templeton... trate de no preocuparse demasiado.

Pero era más sencillo decirlo que hacerlo. Amanda colgó y se dirigió a la sala, donde se desplomó en un sofá. Según parecía, la estaban bombardeando con una sorpresa después de otra.

Pero quizá la noticia que le diera su médico en la mañana, mitigaría parte de la angustia de Malory por la crisis del Cinopal, pensó colocando su mano sobre el abdomen en un gesto protector.

En un principio, había achacado la ligera sensación de náusea y el malestar general al hecho de sentirse tan sola y tan desdichada, pero al darse cuenta de que su ciclo menstrual se había interrumpido, se apresuró a hacer una cita con el ginecólogo local. Y ese mismo día recibió los resultados positivos de las pruebas de embarazo que le había hecho.

Al principio se sintió llena de alegría al enterarse de que estaba embarazada. Después, mientras conducía de regreso a casa, cruzaron por su mente otros pensamientos más desconsoladores. La llegada de un hijo haría que fuese menos fácil romper ese "matrimonio inexistente", como lo había llamado Malory. Tragó saliva. Para él no fue difícil distanciarse de todo.

Y le había comentado, de forma contundente, que no se sentía muy paternal. ¿No podría considerar al nene simplemente como un inconveniente que lo mantendría atado a una relación vacía y carente de significado?

Debió concebirlo la primera vez que se arrojó en sus brazos, pensó y se preguntó cuáles eran las probabilidades para que eso no sucediera. Si alguno de ellos hubiera pensado con claridad ese día, se habrían dado cuenta de que era necesario tomar ciertas precauciones.

Suspiró, diciéndose que ya era demasiado tarde para pensar en

eso. El nene existía y ella lo quería... sobre todo porque quizá sería lo único que tendría de Malory. Sintió que un gran dolor la desgarraba ante el solo pensamiento, pero era algo a lo que debía enfrentarse. Sus frecuentes ausencias se lo demostraban de forma inequívoca.

Pero ahora, si de los Laboratorios Templeton lograban comunicarse con él, regresaría a casa y sería necesario establecer alguna base para su futura relación.

Dejó que transcurrieran veinticuatro horas antes de llamar por teléfono a los laboratorios para ver si tenían noticias de Malory. Habló con Deirdre, su secretaria, quien hizo todo lo posible para disimular su sorpresa al enterarse de que la esposa de su jefe se encontraba en plena ignorancia acerca de sus movimientos, pero no lo logró por completo.

El doctor Templeton llegaría esa tarde al aeropuerto de Heathrow, le informó a Amanda y le dio el número de vuelo y la hora de llegada.

—Enviaremos un coche a recogerlo, señora Templeton —prosiguió Deirdre—. A menos que usted haya hecho planes para ir a recibirlo.

—No, no lo creo... —titubeó Amanda—, haga los arreglos que le parezcan mejor.

"Cobarde", se reprendió al colgar el auricular. "Deberías hacer un esfuerzo... e ir a recibirlo. Por lo menos así le recordarías tu existencia".

No quería llamar a los laboratorios y decir con toda humildad que había cambiado de opinión. Tal vez ya había muchas especulaciones entre el personal. Pero podría tomar el tren a Londres y después un taxi hasta Heathrow. Si se presentaba allí, Malory difícilmente podría rehusarse a llevarla de regreso y podrían hablar.

"No puedo quedarme aquí", pensó, "como si tuviese un hacha pendiendo sobre mi cabeza".

Se vistió con mucho esmero para ir a reunirse con él, y eligió un elegante traje color crema de chaqueta largo, combinándolo con una blusa turquesa de cuello alto. Se esforzó para que su macilento rostro pareciera mejor con ayuda del rubor y las sombras para los párpados, pero se vio obligada a reconocer que el resultado final ni siquiera se aproximaba al aspecto radiante que quería fingir.

El tren llegó con demora y el tránsito era intenso, de manera que llegó sin aliento al aeropuerto. Acababan de anunciar la llegada del vuelo de Malory y comenzaban a descender del avión los primeros

pasajeros.

Amanda se apostó cerca de un pilar muy consciente de que tenía la boca seca y las palmas de las manos sudorosas. ¿Y qué le diría cuando apareciera? "Hola" sería demasiado prosaico y "Sorpresa, sorpresa" parecería demasiado frívolo.

En un mundo ideal, pensó, él le tendería los brazos y ella correría a refugiarse en ellos y todas las dificultades y desavenencias se desvanecerían como el rocío de la mañana, sin necesidad de palabras. Sólo rogaba que, cuando llegara el momento, encontrara las palabras adecuadas.

Entonces lo vio, y a pesar de su nerviosismo, sintió que el corazón le latía de intensa y dulce emoción.

Malory sonreía, y durante un feliz y absurdo momento, Amanda creyó que la había visto entre la multitud y se sintió complacida. Después vio que él bajaba la vista, moviendo los labios, y entonces se dio cuenta de que no estaba solo.

Sintió que le faltaba la respiración. La gente seguía avanzando, lo que le permitió verlo bien a medida que se acercaba; y también a la joven que caminaba a su lado.

La última vez que Amanda había visto a la chica, ésta estaba desnuda, pero ahora vestía de negro, muy elegante, con un abrigo de piel echado sobre los hombros y el bellísimo rostro, enmarcado por el cabello rubio, parecía lleno de animación cuando alzó la vista para mirarlo.

De pronto, Amanda sintió que una terrible náusea le subía hasta la garganta. Todo lo que podía pensar era, "no deben verme... no deben"...

Ya era suficiente con la agonía de ver a Clare al lado de Malory; no podría soportar otra humillación. Se volvió con torpeza, chocando con alguien.

—Vaya, vea por dónde camina, preciosa —la reprendió una voz irritada y ella murmuró una disculpa y siguió huyendo.

Pronto se encontró al aire libre y aspiró grandes bocanadas, luchando contra la debilidad que amenazaba con vencerla.

"Alguien en quien había llegado a pensar como en algo mío". Las palabras de Malory resonaban en su cerebro. Y ahora Clare había vuelto a ser suya, dejando a Amanda herida y atemorizada, afuera en el frío.

—Si lo quieres —declaró Jane con suavidad—, entonces lucha por él. Amanda la observó con una mirada vacía.

—¿Luchar? —repitió como un eco, amargamente—. ¿Con qué?

—Oh, vamos —la voz de la amiga era alentadora—. No empecemos ahora con una falsa modestia. Eres muy bella. Además, eres su esposa, según la ley, y esperas a su hijo. La ventaja es a favor tuyo.

—Pero él la prefiere a ella —apenas podía escuchar su voz. Se sentía casi insensible al darse cuenta de que Malory, después de esa noche dulce, ardiente y apasionada al lado de ella, se había ido directamente a los brazos de Clare. No lo creyó capaz de un cinismo así. Pero, ¿qué tan bien lo conocía en realidad?, pensó con un cansancio desesperado.

—Eso tú no puedes saberlo —declaró Jane—. Podría haber una explicación del todo inocente para el hecho de que hayan estado juntos.

—¿Puedes pensar en alguna? —preguntó Amanda desolada.

—No —reconoció Jane y después hubo un deprimente silencio. Al fin prosiguió—: ¿Estás segura de que quieres regresar esta noche? ¿No preferirías quedarte aquí… recuperarte un poco antes de enfrentarte a él?

Amanda negó con la cabeza.

—Lo único que lograría sería embarcarme en largas explicaciones con Maggie y Fiona, y no creo poder hacerlo. Será mejor que me vaya —le dirigió a Jane una débil sonrisa—. Gracias por portarte como un ángel y por dejarme llorar en tu hombro.

—El hombro siempre estará aquí —el rostro de la amiga tenía un aspecto solemne—. Tú lo sabes, no creo haberme sentido jamás tan decepcionada de alguien. Sólo he visto a Malory un par de veces, lo sé, pero habría jurado que no es esa clase de hombre.

"También yo", pensó Amanda con tristeza. "También yo lo habría jurado".

El viaje de regreso a Aylesford le pareció interminable. Era un tren lento y se detenía en todas partes. Cuando el taxi local la dejó en la casa, se enteró por la señora Priddy de que Malory había llamado para informar que no estaría en casa esa noche.

Gracias a alguna reserva interior que no sabía que poseía, logró darle las gracias con tranquilidad y subir a su habitación sin derrumbarse.

Había llorado por Nigel, pero la traición de Malory le parecía demasiado grande y muy dolorosa para llorar.

Se desnudó y se fue a la cama y allí permaneció acostada durante horas, contemplando la oscuridad. Debía tratar de hacer algunos planes, decidir si podría soportar la vida bajo el mismo techo que Malory, sabiendo que no le sería fiel, o si era mejor irse

con cualquier vestigio de orgullo que pudiera rescatar.

¿Pero a dónde iría?, se preguntó, inquieta. Su ánimo se acobardaba ante el prospecto de regresar a la cabaña y enfrentarse a las recriminaciones de su madre. No había llegado a ninguna decisión concreta para el momento en que al fin se quedó dormida, poco antes del amanecer.

A la mañana siguiente, la señora Priddy, la despertó al entrar con la bandeja del desayuno.

—Porque últimamente no ha estado comiendo bien —declaró la formidable mujer—. Ahora debe terminar hasta la última migaja.

Amanda miró el jugo de naranja y el huevo tibio con el consabido pan tostado, y no supo si reír o llorar.

—El doctor Templeton ya regresó —añadió la señora Priddy, anticipándose a la pregunta que Amanda temía hacerle—. Llegó hace una media hora —y salió después de dirigirle a Amanda un gesto de aliento. Comió lo que pudo y después hizo a un lado la bandeja. Cuanto más pronto viera a Malory... y se enfrentara a él... mejor, pensó sin ninguna convicción.

La puerta de su estudio estaba cerrada y durante un momento Amanda se sintió tentada a llamar. Después reconsideró, era su esposa, no una empleada.

El estaba sentado en su escritorio, examinando sus papeles y parecía muy cansado, pensó compadecida; de pronto recordó la probable causa de las pronunciadas sombras bajo los ojos de su esposo.

—Buenos días —su saludo fue cortés y sin cordialidad—. ¿Hay algo que pueda hacer por ti, Amanda?

Las cosas parecían todavía peores de lo que ella esperaba. Respiró profundo, deseando no temblar tanto en su interior.

—Yo... necesito hablarte. Hay algo que debes saber.

—Ah —exclamó con suavidad—. Me pregunto, ¿no será que vas a tener un niño?

—¿Cómo... lo supiste? —preguntó Amanda boquiabierta.

La mirada de los ojos azules era glacial.

—Porque es la única explicación que encierra un cierto sentido obsceno —hizo una pausa, dándole vueltas a un lápiz con los dedos —. Así que dime el resto, Amanda. ¿Quién es el orgulloso padre?

La pregunta fue tan inesperada que durante un momento su mente se rehusó a funcionar. Después dijo, perturbada:

—No... no entiendo lo que quieres decir.

—En realidad no es tan difícil. Esperas un hijo, cuya crianza y

educación serán mi responsabilidad. Por curiosidad, me gustaría saber si fui yo quien le dio vida o si fue Nigel.

—Pero es tuyo... tú sabes que lo es —sentía los labios adormecidos—. Yo era virgen cuando nosotros... cuando tú...

—No es probable que olvide ese momento —dijo brevemente—. Pero desde entonces has tenido mucho tiempo para saborear tu emancipación sexual. Y no digas que Njgel no ha venido aquí a visitarte.

A Amanda le daba vueltas todo; sin embargo, comenzó a surgir en su interior una inmensa cólera.

—¿Y qué si lo hizo? —tronó con la voz estremecida—. No estás en posición de arrojar la primera piedra.

—¿A qué te refieres?

—A que ayer estuve en Heathrow. Yo... reconocí a tu acompañante —y echó la cabeza hacia atrás—. ¿Disfrutaste enseñándole tus lugares favoritos en Estados Unidos? —el recordarlo, intensificó su cólera—. ¿Y cómo te enteraste de las andanzas de Nigel?

Durante un largo momento, Malory la miró y Amanda vio que le temblaba un músculo al lado de la boca. Después habló muy sereno:

—Puedes juzgarlo por ti misma.

Abrió el cajón a su lado y sacó un sobre de papel, el cual arrojó sobre el escritorio. Amanda vio que era la clase de sobre que normalmente contiene fotografías, y así era.

La primera era de lo más explícita. Mostraba a Nigel y a ella misma besándose. Las dos siguientes eran variaciones sobre el mismo tema. La última mostraba a Amanda sola, con una expresión tierna, anhelante y luminosa. El rostro de una joven que soñaba con su amante.

De cierta forma, era la más nociva de todas.

—¿De dónde salieron estas fotografías? —preguntó.

—Las trajo el cartero... la mañana misma en que me condujiste hasta el paraíso y después me expulsaste de él —en su voz había una despreciativa amargura—. Debí recordar que todo edén tiene una serpiente... debí preguntarme por qué estabas tan ansiosa de irte a la cama conmigo —dejó ver una sonrisa nada divertida—. Pero tu amigo con la cámara indiscreta me hizo ver con toda claridad por qué podrías necesitar alguna... coartada física. Por supuesto, comprendiste que tu romántico interludio podría tener consecuencias —y añadió con toda cortesía—. Espero que haya estado a la altura de todo lo que esperabas de él como amante.

Amanda recordó, con una sensación de náusea, los labios de

Nigel lacerando los de ella y se estremeció.

—Si, lo hizo... en todos los aspectos —respondió tranquila. Volvió a guardar las fotografías en el sobre y lo dejó sobre el escritorio—. Creo... que ya no queda mucho por decir, ¿verdad?

Sin esperar respuesta, salió a toda prisa de la habitación y cerró la puerta. Abandonó la casa y empezó a caminar sin rumbo por la vereda, tratando de encontrarle algún sentido a lo que acababa de suceder.

Nigel le había puesto una trampa... eso era obvio. El beso fue planeado de una manera deliberada en beneficio del fotógrafo... sin duda, alguno de sus amigos de la calle Fleet... oculto entre las ramas en el lado más alejado del césped. No habría necesitado mucho tiempo para revelar la película y las fotografías salieron en el último correo sin ninguna dificultad... para llegar a manos de Malory precisamente esa mañana entre todas, envenenando el recuerdo de la noche que pasaron juntos.

Sofocó el gemido que subió hasta su garganta. Eso le ofrecía una explicación plausible de por qué Malory reanudó su relación con Clare. Después de todo, si ella tenía un amante, no había razón alguna por la cual él no pudiera tener otra mujer. Amanda entendería la cínica lógica que inspiró la decisión de su esposo. Incluso podía perdonarlo... excepto que él no le había pedido perdón.

Se estremeció, y se abrazó.

Pero, ¿qué quería Malory? Dijo que el niño sería su responsabilidad, pero no podía suponer que ella siguiera viviendo con él en un terrible ambiente de amargura y desconfianza.

Sintió que se le cerraba la garganta. Cuando pudiera volver a enfrentarse a su esposo, le diría que quería una separación legal. Y al mismo tiempo le manifestaría que no quería ningún apoyo económico de él, ni ahora ni en el futuro. Había miles de madres solas que de alguna manera lograban salir adelante, y ella sería una más.

Escuchó un ladrido de advertencia y Harvey se unió a ella, jadeando y lleno de ánimo. Con el corazón angustiado, Amanda se dio cuenta de que no había cerrado bien la puerta del frente.

—Eres un mal muchacho —le dijo, tratando de detenerlo del collar—. Regresa a casa; ya sabes que no puedes salir sin tu correa.

Pero aun cuando Harvey lo sabía, acababa de olfatear la libertad y no estaba dispuesto a renunciar a ella. Se dirigió hacia la reja, que también estaba abierta, y Amanda lo persiguió; los ladridos del animal se volvieron casi histéricos cuando vio a un gato agazapado

en la verja de enfrente.

Al llegar a la carretera, Amanda se apoderó de él, mas sus pies resbalaron en la húmeda superficie.

—Harvey, eres un horror…

Escuchó el motor de la camioneta que daba vuelta a la esquina a toda velocidad, el sonido de la bocina y alcanzó a ver el rostro horrorizado del conductor que hizo un brusco viraje, tratando de evitarlos.

Con todas sus fuerzas, tiró de Harvey tratando de llevarlo hacia la reja y el aullido de dolor fue lo último que escuchó cuando fue atropellada. El mundo empezó a girar y después, Amanda se hundió en la oscuridad.

Capítulo 11

—¿Cómo se siente, señora Templeton? —la tranquila voz atravesó la niebla que parecía rodearla.

—Me duele —murmuró.

—Eso no me sorprende —Amanda abrió los ojos y vio a un hombre de barba con una bata blanca inclinado sobre ella mirándola—. Sufrió una severa caída. Tiene un considerable número de heridas, magulladuras y una posible conmoción ligera. Esa es la razón por la cual pensamos que sería mejor vigilarla aquí durante uno o dos días... tomando en cuenta su condición.

—Perdí... al niño, ¿no es así? —preguntó con los labios temblorosos.

—Santo Dios, no —replicó él animoso—. Los abortos no son inevitables después de los accidentes. Usted es una mujer fuerte y saludable, y ese nene está bien protegido.

Amanda volvió a cerrar los ojos. Por su mente cruzó un pensamiento espontáneo. Tal vez habría sido mejor si... y se detuvo, rechazándolo con fiereza.

—¿En dónde estoy? —preguntó.

El mencionó el nombre de un famoso hospital de Londres.

—El hospital de su zona la transfirió aquí.

—¿He estado inconsciente?

—Bueno, no todo el tiempo —rió él—. Pero si me promete quedarse despierta unos cuantos minutos, iré en busca de su esposo. Ha sido muy paciente, pero creo que su acto de la Bella Durmiente ha empezado a afectarlo.

Amanda abrió los labios para protestar, pero el médico ya se dirigía hacia la puerta. Cuando regresó, iba acompañado de Malory.

Estaba muy pálido y en su rostro había líneas de tensión. Se inclinó a besarla en la frente.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó, preocupado.

—Estoy bien —y vio que el doctor se retiraba con discreción.

Malory acercó una silla y tomó asiento.

—Has recibido muy mal trato de los Templeton —le dirigió una sonrisita amarga—. Nigel casi te incitó a arrojarte desde un puente y yo te arrojé debajo de las ruedas de una camioneta.

—No fue así —movió la cabeza en un gesto negativo, sobresaltándose—. ¿Está... está bien Harvey?

Si, excepto que ha caído de mi gracia, pero por lo demás está bien.

Pobre Harvey.

—¡Maldito Harvey! —exclamó él con repentina violencia—. Pudiste matarte.

Ojalá así hubiera sucedido. No lo dijo, pero Malory debió leerlo en su rostro, porque le tomó una mano entre las de él.

—Te recuperarás —dijo con amabilidad—. Y el nene también está bien. Eso es lo único que importa.

Importaban muchas cosas, pensó sintiéndose muy desdichada.

—Cuando me permitan salir de aquí, me gustaría hacerlo sola. No tienes que volver a verme.

A Malory le llegó el turno de asombrarse.

—Hablaremos de eso cuando estés mejor —declaró al soltarle la mano—. Tu madre está en la ciudad y se aloja con una amiga. ¿Puedo decirle que venga a visitarte esta noche?

—Si, me gustaría verla —eso le quitaría a él la carga de visitarla, pensó. "No tendrá que estar aquí, fingiendo preocupación".

Pero Amanda se había olvidado de la habilidad de Malory para leerle la mente.

—A decir verdad, casi estoy acampando aquí por el momento —le dijo—. La señora Markham se encuentra en la unidad de cuidados intensivos en este mismo piso.

Amanda se estremeció y después recordó.

—Oh, si, la paciente del problema con el Cinopai. ¿Cómo sigue?

—No muy bien —respondió con tristeza—. Y su esposo, que no dejaba de alabarnos cuando se inició el tratamiento, ahora nos amenaza con una mayor acción legal y con el poder de la prensa —declaró frunciendo los labios—. Algo por el estilo de: "Usaron a mi esposa como conejillo de Indias", o algún otro ángulo igualmente desagradable.

¿Por qué crees que las cosas salieron mal?

Sólo Dios lo sabe —y se encogió de hombros—. Hemos vigilado su tratamiento de una manera estricta. Sabíamos que podría haber una reacción si tomaba el Cinopal con otros medicamentos y por eso la hemos tenido aquí, para que no pudiera tomar ni siquiera una aspirina que no le recetaran —suspiró—. Sin embargo, incluso así, parece que nos olvidamos de algo.

—Lo siento —respondió—. Sé que tenías muchas esperanzas en el medicamento; supongo que ahora deberán interrumpir todas las pruebas.

—Por supuesto; no podemos arriesgarnos a que le suceda lo mismo a algún otro paciente —se puso de pie—. Será mejor que me vaya; me advirtieron que no debería fatigarte —le dirigió otra breve

sonrisa—. Te veré mañana.

Quiso decirle: "No tienes qué hacerlo", pero no logró pronunciar una sola palabra. Verlo irse era como desangrarse.

La visita de su madre fue una prueba difícil. El hecho de enterarse de que iba a ser abuela, cambió la actitud de la señora Conroy hacia Malory. Hizo toda clase de planes para el futuro nieto, y le dio a Amanda toda clase de consejos maternales. Incluso le llevó algunas muestras de papel tapiz para el cuarto del pequeño y era obvio que ansiaba ir a Aylesford Green a elegir una habitación digna del futuro ocupante.

Si Amanda no se hubiese sentido tan desdichada, habría reído con todas sus ganas cuando la señora Conroy se retiró triunfante. Tal y como estaban las cosas, lloró un poco y como resultado de ello recibió una severa reprimenda de la religiosa que la cuidaba.

—Su esposo me pidió que le informara que el estado de la señora Markham ha mejorado —añadió al salir.

Empezaron a llegar flores y tarjetas, y Amanda se sintió como una impostora. Estaba adolorida, pero perfectamente bien y el doctor Redmond le prometió que podría salir del hospital pasado mañana. También recibió algunas visitas: Jane y Peter Wilson, y la señora Priddy acompañada de un sumiso George. Le conmovió la preocupación de todos, pero se preguntaba qué pensarían al saber que ella y Malory se habían separado.

El era muy puntilloso en sus visitas, pero eran momentos difíciles y su conversación era titubeante.

Ella no quería guardar un recuerdo así de su matrimonio, decidía Amanda cada vez que él se iba. Quería atesorar en su corazón el recuerdo de la bondad de Malory hacia ella y otras imágenes íntimas que la atormentaban más a medida que transcurría cada hora.

Estaba sentada al lado de la ventana, hojeando distraída un catálogo de ropa para bebé que le había llevado su madre, cuando se abrió la puerta y al alzar la mirada vio a Clare, parada allí.

La sorpresa la hizo guardar silencio un momento y después dijo:

—No sé lo que está haciendo aquí, pero, ¿quiere irse?

—Cuando haya dicho lo que tengo que decir —la voz de Clare era atractiva, cálida y de tono grave.

—Nada que yo quiera escuchar.

—Yo no estaría muy segura —replicó Clare y prosiguió apresurada—. Oh, diablos, esto no es lo que yo quería. Aun cuando no puedo culparla por querer echarme de aquí —se mordió un labio —. Yo también he albergado pensamientos venenosos acerca de

usted.

—Qué fascinante —señaló Amanda con ironía—. Seduce a mi novio, sostiene una relación ilícita con mi esposo y todo es culpa mía.

—Qué mal enterada está —suspiró Clare, sentándose y cruzando las bien formadas piernas—. Lo primero es lo primero, señora Templeton. No estoy sosteniendo y nunca he sostenido una relación con Malory y no porque yo no quisiera. Ese fue el problema. Estaba tan desesperada por tener a Malory, pero él no se relaciona con cualquiera. Y yo sabía que sólo me invitaba a salir porque la mujer a la que realmente quería no estaba disponible. Fue algo muy doloroso para mi "ego".

Titubeó.

—De manera que cuando Nigel se acercó a mí, pensó que yo era una presa fácil —le dirigió a Amanda una mirada de frente—. ¿Crees que yo seduje a Nigel, que lo arrastré a la cama? —movió la cabeza—. Pues fue lo contrario; él me asediaba. Flores, pequeños obsequios, llamadas telefónicas, comidas, todo lo que usted piense, él me lo ofrecía. Y yo me sentía halagada, ¿quién no? —le dirigió una sonrisa a medias—. La expresión de su rostro me dice que eso le parece familiar.

—Así es —era humillante reconocerlo, pero Nigel la cortejó de la misma forma.

—El debería patentar su papel —declaró Clare con desprecio—, porque eso es todo lo que hay... una actuación. Un medio para llegar a un fin. Una manera de vengarse de Malory, de quien siempre ha tenido celos enfermizos.

Echó la cabeza hacia atrás, agitando el cabello rubio.

—El me lo contó todo... después de que usted nos sorprendió, mientras se vestía para seguirla. Declaró que sabía cómo atraer a las mujeres y que sedujo a la primera novia que tuvo Malory. Eso se convirtió en un juego, me dijo. Ver a una mujer que Malory quería y abordarla... humillarlo. Me dijo que quizá Malory era el favorito de su padre, pero que él se encargaría de que fuera el segundo en lo concerniente a las mujeres. Yo fui una más en su larga lista de éxitos, y al decirlo, reía. Y después añadió. "No puedo esperar a que se case; entonces, entraré en acción".

—No... oh, Dios, ¡no lo diga! —exclamó Amanda—. Nadie podría ser así.

—Yo tampoco lo creía —respondió Clare categórica—, hasta que un par de días después vi a Malory y comprendí que él sabía exactamente lo que había estado sucediendo y que yo no tenía

ninguna esperanza en lo que a él se refería —se estremeció—. Eso fue lo que me dolió, no lo de Nigel… pues la única culpable era yo. Pero el hecho es que perdí a Malory a causa de mi ceguera y mi estupidez. Si hubiese rechazado a Nigel… si usted se hubiera casado con él… entonces quizá Malory algún día habría llegado a amarme. Y yo lo habría hecho feliz, que es más de lo que usted ha hecho.

—¿Cómo se atreve? —exclamó Amanda.

—Oh, claro que me atrevo —la mirada de Clare era acerada—. Me lo encontré en el avión cuando regresaba de Nueva York… a donde yo había ido para un trabajo como modelo. El tenía un aspecto terrible. Le hice algunas preguntas al azar acerca de Nigel y observé su reacción —respiró profundo—. ¡Oh, Dios, como la odié! La vi en el aeropuerto, pero Malory no, volví a verla cuando huía y me alegré. Pensé que se lo merecía; usted tenía al hombre que yo quería y seguía deseando a su despreciable hermano.

—Entonces, ¿por qué ha venido aquí a decirme todo eso?

Clare contemplaba sus uñas.

—Porque he visto a Nigel y he hablado con él. Fui a un bar y allí lo encontré. El estaba ebrio y le pregunté qué tramaba. Parecía muy complacido y declaró que había arreglado las cosas de manera que Malory jamás volviera a confiar en usted. Siguió divagando acerca de una representación de Otelo que vio hace algunos años y del valor de la evidencia circunstancial —miró a Amanda con los ojos entrecerrados—. No sé de qué diablos hablaba, pero es obvio que usted sí.

—Así es —Amanda se sonrojó.

—Entonces, supongo que también sabrá cómo arreglar eso. Por supuesto, a menos que siga enamorada de ese cerdo.

—¡Oh, Dios, no! —Amanda se estremeció, contemplando sus manos entrelazadas—. Pero ya es demasiado tarde para salvar mi matrimonio.

—Entonces, ¿qué piensa hacer… huir por tercera vez? —el tono de Clare era despreciativo y su sonrisa era semejante a la de un gato —. Eso sería magnífico para mí. Con usted fuera del camino, quizá Malory volvería a mi lado.

Amanda alzó de pronto la cabeza y miró a su oponente.

—Yo no contaría con eso —declaró resuelta.

—Así que lo ama —Clare hizo un gesto de asentimiento—. Debo reconocer que eso me temía —su sonrisa se desvaneció—. Y él también la ama, aun cuando en este momento se está desangrando a muerte. Me trajo desde el aeropuerto… fue idea mía, no de él… y en el coche le di a entender que yo sería suya si él me lo pedía, que

lo consolaría de la forma como quisiera —suspiró—. Siguió siendo cortés y encantador, pero físicamente no movió un solo músculo. De pronto se encontraba a miles de kilómetros de distancia —hizo una pausa, y después se recobró—. Bien, señora Malory, adiós y buena suerte.

Amanda vio cerrarse la puerta y pensó, "voy a necesitarla".

Cuando el doctor Redmond hizo su ronda, Amanda le informó tranquilamente y con firmeza que deseaba que la diera de alta para regresar a casa. Era consciente de que Malory lo había seguido a la habitación y evitó su mirada mientras el doctor Redmond pensaba en su propuesta.

—Y bien, ¿por qué no? —respondió al fin—. Pero debe prometerme que tomará las cosas con calma durante los próximos días y que pasará en cama el mayor tiempo que le sea posible.

—No hay problema —replicó Malory con la sombra de una sonrisa y Amanda miró sus manos, tratando de no sonrojarse.

Pero, se preguntó confusa mientras un automóvil alquilado la llevaba a Aylesford Green, ¿hablaba en serio o simplemente estaba presentando la fachada de un matrimonio feliz ante el mundo? A decir verdad, el comentario era el más humano que le había hecho en días.

La señora Priddy esperaba ansiosa en la puerta, sonriendo mientras ayudaban a Amanda a bajar del coche.

—El señor llamó por teléfono para dar sus órdenes —le indico a Amanda con firmeza—. Un buen baño tibio para usted y después una cena en la cama, y nada de discusiones.

Cuando Amanda llegó a lo alto de la escalera, se dirigió automáticamente hacia la habitación del ala oeste, pero la señora Priddy la detuvo, un poco sonrojada.

—El señor Malory también dio instrucciones para que mudaran sus cosas al dormitorio de él, señora —le indicó—. Espero que le parezca bien.

—Oh, si —aceptó Amanda con voz débil—. Está... muy bien.

Bañada y vestida con su mejor camisón, se sentó recostada sobre varios cojines y cenó obediente, esperando con ansia el regreso de él.

Ya era tarde cuando al fin oyó el ruido del coche, y le pareció que transcurría una eternidad antes de que se abriera la puerta y entrara él.

La miró durante un largo momento y después dijo:

—Bienvenida a casa.

—Gracias —y le dirigió una sonrisa incierta. Aún parecía pálido, pero más relajado. De pronto le preguntó con repentina perspicacia:

—¿La señora Markham?...

—Saldrá adelante —asintió él—. Y ya descubrimos la causa de la reacción adversa.

—¿Es algo que puede curarse? —preguntó.

—Lo dudo —señaló un poco divertido—. Ese "algo" resultó ser una mujer de cincuenta y siete años, totalmente inconsciente de que hizo una cosa mala. Se trata de Winnie, la hermana de la señora Markham —le explicó al ver que Amanda parecía confundida—. Le dio tanta lástima que la pobre de Dorothy no pudiera dormir en ese ruidoso hospital, que le dio una pastilla para dormir que llevaba en el bolso.

—¿Tan sencillo como eso? —preguntó Amanda sin aliento.

—A menudo las cosas son así —asintió Malory.

—Me alegro —declaró muy formal—. Eso debió quitarte un peso de encima —hubo un silencio y después dijo apresurada—, Malory, ¿qué estoy haciendo aquí?

Se acercó a ella con lentitud, quitándose la chaqueta y después se aflojó la corbata.

—Ahora empezarás a ser mi esposa... en todos los sentidos posibles.

—Yo... no puedo —movió la cabeza—. No mientras creas que te he sido infiel... que nuestro nene... —las lágrimas ahogaron su voz y ya no pudo seguir.

El se sentó al borde de la cama, sin tocarla.

—Cuando ese día te vi desmayada en la carretera, de pronto se aclararon muchas cosas. Hace años juré que Nigel jamás volvería a molestarme. Pensé que si comprendía que sus sórdidos juegos no me importaban, entonces se detendría. En general, lo logré. Pero todo cambió cuando te vi; fuiste mi talón de Aquiles y Nigel lo sabía. Incluso antes de que ustedes se comprometieran, le producía un sádico placer el decirme lo que sentía al besarte... al acariciarte. Nunca sabré cómo logré contenerme para no matarlo.

—Pero tú no me conocías —lo miró extrañada.

—Nunca nos habían presentado —respondió él—, pero yo te había visto en una comida durante un rally en los lagos. Nigel me llevó y estaba aburrido a morir. Entonces te vi al otro lado del salón... una joven con el cabello del color de las hojas de otoño y mirada cándida —dejó escuchar una risa desigual—. Te dije que no creía en el amor a primera vista y sin embargo, allí estaba, desesperadamente perdido para toda la eternidad. Me dirigía hacia

a ti cuando vi a Nigel, mirándome, y después volver la vista hacia ti. Noté su sonrisa, como la del gato que se comió la crema, y me quedé parado, viéndolo interponerse en mi camino y alejarte de mí, sin que yo pudiera hacer nada para impedirlo.

—¿Estabas allí... ese día? —sus labios se entreabrieron sin que de ellos saliera un sonido—. Pero yo no me di cuenta...

Le sonrió, alzando la mano para acariciarle la mejilla.

—Lo sé, querida mía.

—Pero... si todo ese tiempo me has amado, ¿por qué no lo dijiste?

—Porque tenía miedo de que te alejaras —replicó con sencillez —. Tú querías mi protección, no mi pasión. Pensé que si me refrenaba y te daba algún tiempo, quizá llegarías a amarme... a darme lo que deseaba de ti —suspiró brevemente—. Cuando esa tarde fuiste a buscarme y te arrojaste en mis brazos, sabía que era demasiado pronto... pero te vi tan encantadora, tan deseable, que no pude resistirme. Y perdí la cabeza como un adolescente... te asusté... y te herí.

—Pero después me compensaste por eso —dijo en voz baja recobrando el color—. ¿Por qué te alejaste entonces?

—Por mi orgullo herido, en parte —reconoció haciendo una mueca—. Y la convicción de que aún no estabas preparada para la absoluta entrega que yo quería de ti. Verás, no podía alejar de mi mente la idea de que en el fondo de tu corazón, a pesar de todo, seguías amando a Nigel.

—¡Oh, te equivocas! —se le quebró la voz—. Malory, no sé cómo podré lograr que me creas, pero empecé a amarte hace mucho tiempo, sólo que no me daba cuenta. Entonces, ese día que Nigel estuvo aquí y me besó... eso me hizo darme cuenta de cuáles eran mis verdaderos sentimientos —dijo estremeciéndose—. Cuando me acarició, me sentí asqueada y sucia, pero no luché contra él para no empeorar las cosas.

—Amanda, ¿por qué no me dijiste que había estado aquí? —preguntó al tomar las manos de ella entre las suyas.

—Me olvidé de ello —suspiró—. No era lo bastante importante para recordarlo. Todo lo que importaba eras tú... y hacerte saber lo que yo sentía por ti.

—Tienes un extraño sentido de las prioridades, querida mía —declaró con ternura—, pero si me hubieses mencionado la visita de Nigel, aun cuando él sólo fuera de paso, me habría puesto en guardia. Tal y como sucedieron las cosas, cuando abrí el sobre sentí como si me hubieran dado un hachazo... mis peores pesadillas se

convirtieron en una realidad —gimió—. Toda mi vida me he dedicado a analizar situaciones y a llegar a conclusiones lógicas, pero no puedo ser racional en lo que se refiere a ti. Me sentía demasiado herido y celoso para considerar siquiera la posibilidad de que Nigel hubiese vuelto a sus viejos trucos. Todo lo que podía recordar era que en una ocasión me dijiste que no estabas segura en lo referente a Nigel. Empecé a pensar que te habías entregado a mí por un sentimiento de culpa... y eso casi me enloqueció.

Malory movió la cabeza.

—Esa mañana había salido para hacer los arreglos para una luna de miel adecuada. De regreso, te compré unas flores; estaban sobre el escritorio cuando abrí el sobre de las fotografías. Parecían mofarse de mí... diciéndome que había sido un tonto.

—Y las tiraste, ¿verdad? —le preguntó ella con suavidad—. La señora Priddy las encontró y me las trajo. Me hicieron sentir una gran tristeza, sin saber por qué.

—No debí alejarme como lo hice —declaró él—, pero no confiaba en mí. Creí que debía alejarme, curar mis heridas a solas, pero sólo empeoré las cosas. Seguía atormentándome, viéndote al lado de Nigel... imaginando que hacías con él lo mismo que habías hecho conmigo. Estaba tan herido que creí volverme loco. Quería herirte también y lo logré... ¿no es verdad?

—Sí —contestó ella estremeciéndose.

El prosiguió:

—Veía que te alejabas de mí y pensé, ¿qué importa? La amo y siempre la amaré, incluso si no es mi hijo es parte de ella y sólo por eso yo también lo querré y cuidaré de él.

—¿De verdad crees... piensas que podría soportar el hecho de llevar en mi seno al hijo de otro hombre? —declaró apasionada—. ¡Oh, Dios, te amo tanto! —y haciendo a un lado las mantas, se arrodilló pasando los brazos por su cuello y buscando su boca con frenético ardor.

Los brazos de él la rodearon con fuerza y se besaron una y otra vez, desesperados y anhelantes.

Al fin Malory se apartó, con la respiración agitada, y dijo:

—Querida, debemos detenernos. Tú necesitas descansar...

—Te necesito a ti —sus manos empezaron a desabrocharle los botones de la camisa.

—Al diablo con mis buenas intenciones —murmuró Malory. Tomándola en brazos, volvió a depositarla sobre los cojines antes de empezar a quitarse la ropa. Ella lo observaba, saboreando la urgencia de su respiración y el clamor de su sangre.

Se acostó a su lado besándola en los labios y después le quitó el camisón, dejándolo caer al suelo a un lado de la cama.

—No más barreras de ninguna clase —murmuró. Frunció las cejas al verla, y dijo—: Mi pobre amor, estás tan lastimada. Apenas me atrevo a tocarte.

Amanda se arqueó contra él, disfrutando del roce de su piel contra la de ella, y acercando las manos de él a sus senos.

—No soy tan frágil.

La acarició con hábil ternura, y se mostró gentil y cariñoso al poseerla. El placer, cuando llegó, también fue suave… como la brisa que se desliza sobre un sembradío de trigo… algo tan bello que conmovió a Amanda.

—Querida, estás llorando —exclamó con remordimiento—. Te lastimé.

—¡No, oh no! —empezó a besarlo en el rostro y el cuello—. Creí que esto jamás volvería a sucederme.

—Ni lo pienses —Malory la envolvió en sus brazos, enjugando las lágrimas con sus besos—. Jamás te habría dejado ir. Si me hubieses abandonado, te habría seguido hasta el fin del mundo.

—Tú eres mi mundo —lo miró con el corazón en los ojos y vio su amor reflejado en los de él.

—Y ahora, mi ángel embarazado, ya es hora de que duermas un poco, como lo aconsejó el médico —le indicó con firmeza.

—Con una condición —y apoyó su mejilla contra el hombro desnudo de Malory—. Cuando despierte por la mañana, quiero estar en tus brazos.

—Allí estarás —prometió él—. En mis brazos y en mi corazón todos los días de nuestras vidas.

Y con un suspiro de absoluta satisfacción, Amanda cerró los ojos.